

1975

Tomás  
Pellicer

Tiempo de Cerezas. Ediciones



Tomás  
Pellicer

1975



Primera edición: marzo de 2013

Todos los derechos reservados

© Tomás Pellicer

© Tiempo de Cerezas. Ediciones  
ediciones@tiempodecerezas.com  
tel. 675 723 276

© Ilustración de la portada: J. Kalvellido

ISBN: 978-84-938098

Depósito legal: TO-

Maquetación: S.O. Arnau

Impresión: Reprografía Cima S.L.

*Som somiadors i, malgrat l'evident,  
hem de continuar amb els nostres  
somniais.<sup>1</sup>*

Tomás Pellicer.

---

<sup>1</sup> Somos soñadores y, a pesar de lo evidente, debemos continuar con nuestros sueños.



## Presentación

Este es un libro que a mí me hubiera gustado escribir, pero siempre decimos lo mismo cuando alguien nos ha tomado la delantera. En este caso, Tomás, nuestro antiguo correligionario Tomás Pellicer, nos ha escrito unos textos, mitad ficción, mitad crónica, de unos años y una época (enero del 72-septiembre del 75) que aquellos que los vivimos (o los "sufrimos") no olvidaremos nunca. El poso de la memoria no es plano y resalta, como no podía ser de otra manera, meses, años, épocas, días y hasta segundos, si se me permite la expresión, dejando el resto para mejor ocasión.

Si yo hubiese escrito el libro (respetando la corrección del título actual, "1975", con su correspondiente y magnífico contenido) lo hubiera titulado "3,4,14,18" que son los tres años, cuatro meses, 14 días y 18 horas que pasé en el "hotel" de la cárcel provincial de Valencia y que me convirtió en el estudiante que más tiempo estuvo detenido. Pero el resultado no hubiese sido el mismo.

Tomás ha escrito –siendo su segundo libro, no lo olvidemos– una obra antitabú, con una sencillez, no exenta de calidad y maestría en la narración, que más parece la obra de un escritor ya avezado en estas lides de la escritura.

Este es un libro abierto, que aunque él lo ha escrito, muchos de nosotros (que conocimos y vivimos el contexto en que se desarrolla) añadiríamos capítulos de nuestra propia experiencia, enriqueciendo, a nuestra

manera, lo dicho y narrado en el libro. El capítulo que yo añadiría es el de nuestras madres y familiares que hicieron y pelearon, por una parte para hacernos una estancia más agradable y por otra la lucha por la libertad de los presos políticos. La madre de Tomás fue una líder en ese sentido, mi madre, las de los “4 de Faura” y otras muchas fueron un ejemplo de entereza y valentía ante aquella situación, y siempre estaremos endeudados con ellas y ellos.

Por eso el libro de Tomás será en cierta forma polémico, clarificador y no exento de un halo de misterio de lo que cada uno de nosotros podría haber contado, y que en unos casos por miedo, en otros por pereza, o no saber hacerlo, como decimos los valencianos “se nos pasó el arroz”.

Como editor de *Tiempo de Cerezas* (no olvido la frase de Juan Kalvellido, artista-dibujante de la portada “la editorial más pequeñita pero más cariñosa del mundo”) es una satisfacción presentar el libro de Tomás.

En primer lugar, como amigo y antiguo correligionario; y en segundo lugar por la satisfacción de una obra que nos gusta, que pondremos toda la carne en el asador para darla a conocer, y que formará parte, con seguridad, del acerbo histórico de nuestra memoria, la memoria histórica democrática de la sociedad valenciana.

Un abrazo, Tomás. ¿Para cuándo la próxima?

*Santiago Oset, editor.*

## ÍNDICE

Presentación.....	7
1.– Enero de 1972. <i>El Cineclub de Farmacia</i> .....	11
2.– Febrero de 1972. <i>La batalla de las coca-colas</i> .....	15
3.– Abril de 1972. <i>L' Aplec</i> .....	42
4.– Mayo de 1972. <i>El comisario Minuesa</i> .....	53
5.– Septiembre de 1972. <i>Mateu</i> .....	62
6.– Enero de 1973. <i>Lina</i> .....	90
7.– Mayo de 1973. <i>La caída</i> .....	109
8.– Agosto de 1973. <i>París</i> .....	131
9.– Septiembre de 1973. <i>Universidad de Valencia</i> .....	149
10.– Diciembre de 1973. <i>París</i> .....	156
11.– 20 de Diciembre de 1973. <i>Rue de Saint-Jacques</i> .....	167
12.– 24 de Diciembre de 1973. <i>Portillón de Benasque</i> .....	170
13.– Mayo de 1975. <i>Grupo de combate</i> .....	181
14.– Julio de 1975. <i>París</i> .....	212
15.– Agosto de 1975. <i>Valencia</i> .....	218
16.– Septiembre de 1975. <i>Guerra al FRAP</i> .....	225
17.– Septiembre de 1975. <i>27 de Septiembre</i> .....	251
18.– Septiembre de 1975. <i>Eusebio</i> .....	253



Enero de 1972

### *El Cineclub de Farmacia*

—Ved, es la auténtica concepción de la cinematografía, no como un negocio capitalista, sino como una obra de cultura por el pueblo y para el pueblo. A los actores los escogió de la vida misma, sin ser remunerados...

—¡Chisst! —protestó alguno desde atrás.

El joven se arrellanó en su asiento perdiendo un poco de altura y protagonismo; las chicas que lo acompañaban, una a cada lado, eludieron la carcajada comprimiendo sus labios con la mano, pero no pudieron evitar sonreírse cómplices encogidas en sus asientos.

La pequeña sala donde proyectaban “El Acorazado Potemkin” de S.M. Einsestein, el cineclub de Farmacia, estaba atestada. Todas sus precarias butacas de madera estaban ocupadas y un buen número de jóvenes se extendían por el local, sentados en el suelo del pasillo central y de pie, apoyados sobre la pared trasera.

—Ahora viene una escena crucial, ved: la carne agusanada es la representación del régimen —volvió a intervenir el joven.

Y un poco más tarde:

–Esta es la escena crucial, la de la escalera...

–Oye, ¿te puedes callar? No es que no oiga: es que molestas –le dijo, quedo en su oído, el que se sentaba en la fila de detrás, un chico con gafas de pasta.

–Tiene razón. Cállate un rato nano –le dijo Lina, la más joven de la pareja de chicas que le acompañaban.

Unos murmullos, roces de cuerpos al moverse, ruidos de gente que se levantaba hicieron que Lina volviera la cabeza. Un joven caminaba agazapado por el pasillo, lo que obligaba a levantarse a los que estaban sentados en él. Cuando llegó a su altura comprendió el motivo. Oyó que decía en voz baja pero audible: ¡compañeros y compañeras, ayuda para los presos políticos! Al tiempo que hacía pasar por las filas una bolsa con monedas. Lina dio todo lo que tenía en su bolso: un billete de cien y todo el suelto.

Apenas el joven acabó la recaudación se encendió la luz de la sala e irrumpieron en ella dos policías de paisano, escoltados por varios grises.

–¡Hagan el favor de ir saliendo con su documento preparado para identificarse!

Los estudiantes que llenaban el cineclub se arremolinaron en la salida, con algunas protestas, acalladas por voces policiales como ¡callarse! o ¡a ver si acabas en el furgón!

Lina no llevaba su documento de identidad y tras reconocer que era menor de edad, no tuvo más remedio que dejarse llevar por un gris que la condujo al furgón.

–Deberá pasarse tu padre por la Jefatura Superior, para identificarte –le había dicho uno de los policías de paisano, seguramente de la político-social.

El furgón gris ocupaba la estrecha calle del Conde Montornés interrumpiendo el tráfico y, como en ocasiones anteriores, los estudiantes una vez desalojados, se agruparon en la cercana plaza de los Patos. No tardaron en producirse los gritos: ¡Abajo la dictadura! o ¡dictadura asesina! Gritos que pronto fueron generales, coreados con palmas.

En el interior del furgón, tras disiparse la penumbra que lo envolvía, Lina reconoció al que postulaba para los presos políticos. Sentado en su fondo, espasado, no aparentaba un buen aspecto. Inclineda frente a él, observó que sangraba su nariz. Era mayor que ella, de unos veintidós o veintitrés, de tez morena y cabello lacio azabache con ligeras entradas en la frente. La sangre que manaba de su nariz se agolpaba sobre su bigote negro, espeso y picudo.

–¡Estos cabrones! –dijo Lina mientras limpiaba su nariz con la manga del tabardo.

–Al camarada que me acompañaba, ¿lo han detenido?

–No sé. No he visto a nadie –contestó Lina.

–Eso es que no. Al menos ha escapado él con el dinero.

La marcha del furgón se vio interrumpida por un grupo que al final de la calle intentaba cruzar un coche aparcado. El ulular de nuevas sirenas dispersó a los es-

tudiantes, y el furgón, escoltado por un zeta de la policía, continuó hasta su final de trayecto en el patio trasero de la Jefatura Superior de la Gran Vía.

Al grupo de indocumentados lo pasaron al vestíbulo de la planta baja, pero al joven recaudador de ayuda lo mantuvieron en el furgón hasta que un par de policías de paisano, seguramente de la político-social, lo condujo a los pisos superiores.

Lina pudo observar cómo lo sacaban desde el banco donde estaba sentada en el vestíbulo y no pudo por menos que sentir pena y rabia, al ver cómo lo llevaban.

Febrero de 1972

### *La batalla de las coca-colas*

La Facultad de Filosofía y Letras bullía aquella mañana de lunes.

El moderno vestíbulo acristalado, que a primeras horas era transparente al exterior, al mediodía había dejado de serlo, empapelado de arriba abajo por toda clase de carteles rotulados, con predominio del papel continuo, basto y marrón, de embalar, firmados y sin firmar. Hoces y martillos, simples o con el cuatro superpuesto, LC, LCR, Bandera Roja, Plataformas Anticapitalistas, OPI, PCI, FUDE-FRAP... Todos ellos denunciando el brutal desalojo de las facultades de la Complutense de Madrid el pasado viernes, especialmente la de Matemáticas y Física, donde dos profesores habían sido brutalmente agredidos por los antidisturbios, y la de Filosofía en la que se habían hecho fuertes los estudiantes, con graves enfrentamientos con policías y Guerrilleros de Cristo Rey.

La cafetería de la facultad, normalmente centro de los estudiantes de izquierdas que de forma pausada charlaban o tomaban contacto, aquella mañana había

sido de un ir y venir de macutos con octavillas, confección de carteles y reuniones de grupos.

Un joven, sentado sobre una mesa, bailando las piernas, leía un panfleto, escuchado con relativo silencio por el grupo de estudiantes que le rodeaba entre el bullicio general.

Lina, sentada en el suelo con la espalda apoyada en las piernas de su amiga, trataba de entender lo que su compañero leía sin gran resultado: las palabras quedaban dispersas entre el ruido y su propio desconocimiento del significado. Sin que hubiera advertido su llegada, un chico rozaba su hombro frente a ella. Sonriente, reconoció en él al compañero que compartió su detención.

–¿Me recuerdas? –preguntó el joven.

–Claro –le respondió Lina–. Eres el del furgón, el que estaba esposado y sangrando.

–Sí, soy ése. Tú me limpiaste la nariz. Me llamo Botí –le dijo saludándola con un par de besos.

–Yo me llamo Lina y esta es Esther –dijo señalando a su amiga y bajando la voz, cerca de su oído–. ¿Qué te pasó al final, en comisaría?

–No gran cosa. Me dieron una paliza, pero no me sacaron nada. Tampoco encontraron nada en mi habitación cuando la registraron. Los compañeros la limpiaron bien antes de que llegaran los sociales. Había un facha en el cine, que llamó a la policía, pero no pudo identificarme. Me han pasado al TOP por propaganda y asociación ilegal y he salido con fianza. Me van a pedir dos años pero, según el abogado lo más

probable es que todo quede en un año. En todo caso, están metiendo sólo uno por asociación, y lo de la propaganda es falso: ¡no me encontraron nada!

–¡Joder nano, es un año!

–No, antes me iré. No pienso cumplirlo. ¿Conoces a la FUDE? –le dijo Botí, de forma confidencial.

–El FRAP vamos. Conozco a alguien que lo es, un compañero de mi Facultad, de Económicas. Os he visto intervenir en alguna asamblea, pero en realidad no conozco vuestra política –le contestó Lina.

–Pues ahora es el momento. Veniros a una reunión que tendremos el jueves, antes de la asamblea de distrito.

Botí no había dejado de sonreír, con una mirada que a Lina le pareció franca y le contestó afirmativamente.

–Estaros el jueves, a las once, en la escalera de la puerta de Medicina –concluyó Botí de manera muy confidencial.

Más tarde, Lina pensó en él y en su aspecto, tan diferente a lo habitual entre los estudiantes de su entorno. Vestía con un tres cuartos marrón a cuadros, un jersey y un pantalón de tergal, de lo más clásico, y llevaba el pelo corto con flequillo al lado. Y se descubrió expectante ante la reunión propuesta, no sintió ninguna clase de preocupación o inseguridad.

Sentadas las dos en la escalera de la Facultad de Medicina vieron acercarse un grupo de estudiantes, unos cinco o seis, chicos y chicas. Lina reconoció a una

de ellas. La conocía como “la Puig” y sabía que era del FRAP, de la Facultad de Ciencias. Al acercarse, Puig les hizo una señal de reconocimiento con la cabeza, al tiempo que un gesto con la mano para que esperasen. Tras varios minutos de espera, se les acercó un compañero conocido de Económicas, que las saludó y les pidió que le siguieran. Rodearon la Facultad de Ciencias y entraron en el patio trasero de ésta por la cancela abierta, atravesándolo hasta una pequeña edificación en su fondo, donde tras descender una escalera se acomodaron en el sótano, la sala de máquinas. Allí se encontraban una veintena de estudiantes, sentados en el suelo unos, otros recostados sobre la multitud de tuberías que circundaban las paredes, en un ambiente oscuro y húmedo, cargado por el humo de los cigarrillos. La reunión ya había comenzado cuando ellas entraron y Puig tenía la palabra.

–No se trata de priorizar –decía Puig– las propuestas de los popes del pecé y contrarrestarlas. Nosotros tenemos unos planteamientos propios que debemos exponer a las masas, independientemente de los argumentos reformistas de los revisionistas.

–¡Ya sabemos lo que van a decir ellos: recoger firmas y después cada uno a su casa! En plan reformista y conciliador –intervino, reforzando a Puig, uno de los asistentes, un estudiante muy joven, barbilampiño de lacias melenas y gafas de pasta.

–¡Ya lo sabemos, pero en cuanto intervengamos nosotros, empezaran ellos a llamarnos “los de las metralletas” para desacreditar y que nos vayamos “a la China” a hacer la guerra popular!

–¡Vale! ¡Vale! Lo que no debemos es caer en la provocación. ¡Haced oídos sordos y seguid con lo vuestro! –dijo Puig con contundencia–. Nuestro objetivo son los argumentos políticos: la denuncia de la dictadura fascista y la imposibilidad de reformas mientras ella continúe viva. Nuestra alternativa es la continuidad de la huelga y debemos rehuir entrar en sus discusiones de aspectos superficiales y reformistas. Nuestro objetivo es que se vote en asamblea la continuidad de la huelga y tratar de arrancar una manifestación hasta el centro. ¡Ahí es donde ellos mismos entran en contradicción! Porque van a proponer la vuelta a clase para no perder el curso, lo que significará el fin de la lucha y la implantación de la Ley de Educación del Villar Palasí.

–Es lo que no puedo entender, que estemos todos contra la dictadura y no seamos capaces de hacer un frente común –dijo una de las chicas, sentada al lado de Lina.

–No es exactamente así, compañera –dijo Puig–. Debemos diferenciar entre la base y los dirigentes. Sus bases, seguro que estarán mañana con nosotros dando la espalda a sus popes. Y si lo organizamos bien, seguro que arrancan con nosotros.

Botí había entrado con bastante retraso, con la discusión avanzada y ocupó un lugar discreto y algo más oscuro junto a la escalera de salida. Consideró que era el momento adecuado para intervenir.

–Comaradas –dijo Botí, elevando su tono de voz– considerad nuestras alternativas y olvidaros del pecé, como si no existieran, que por otra parte no es tan descabellado. Si los revis están mañana en la asamblea,

cosa que dudo, no intervendrán con fuerza porque no la tienen. Nuestra alternativa es la acción y ahí coincidimos con las masas que están deseando hacer frente a la dictadura. Nuestro objetivo para mañana es sacar a la gente de la asamblea en manifestación hasta el centro. La Liga está de acuerdo con nosotros y hemos acordado montar piquetes conjuntos que abran paso a la mani como sea. Debemos dar una respuesta revolucionaria a la represión fascista.

–Sí, pero ¿cómo? –preguntó la misma chica.

–Para eso estamos aquí –continuó Puig–. Este es el motivo de la reunión: organizarnos. Primero, tener claros nuestros objetivos, en los que creo que todos estamos de acuerdo: denunciar la Ley de Educación en el contexto de la dictadura; una ley que consagra las diferencias de clase y continuará impidiendo el acceso de los hijos de la clase obrera a la universidad. Y segundo, proponer la continuidad de la huelga y la votación de esta propuesta en asamblea.

Puig hizo una pausa, confirmando con una rápida mirada a los asistentes su acuerdo con las propuestas enunciadas.

–Ahora hay que organizar las intervenciones, el lugar de cada uno en la asamblea y el piquete que va a tirar de la gente para salir a la calle.

–Puig, tú debes ser la primera en intervenir –dijo Botí. Te situarás...

–¿Sabemos dónde va a ser? –preguntó un joven barbudo.

–Sí, está confirmada el Aula Magna –contestó

Botí-. Pero si la cerraran y la asamblea se hiciera en el hall, igualmente la camarada estará situada o en la mesa de la tribuna o junto al busto de Averroes.

-¿Averroes? -preguntó Lina.

-Ramón y Cajal -contestaron varios.

La chica que estaba a su lado le confió en voz baja que Averroes era el simbólico de Don Santiago, notorio masón y cómo, contradictoriamente con la doctrina franquista de la conspiración masónica, presidía la Facultad de Medicina.

-Luego, -continuó Botí- hay que contrarrestar cada intervención de los revisionistas desde la asamblea, debemos preparar una argumentación que responda desde la tribuna y otra desde las gradas, a voz en grito. Yo me reservo para la intervención final, que haré, en cualquier caso, para reforzar nuestras posiciones.

-Si os parece, Eli que hable desde la grada que tiene buena voz -intervino Puig señalando a una chica un poco más mayor que el resto, corpulenta- y Miquel que hable desde las primeras filas, vuelto a la asamblea.

-Yo estaré en la grada, cerca de Eli -dijo Botí-. Falta los piquetes y decidir lo que van a llevar.

Lina, a pesar de haber puesto toda su atención en los discursos se perdía en las calificaciones de las referencias ideológicas y sin saber muy bien el porqué, levantó la mano. Al verla, su amiga Esther levantó también la suya.

-Yo quiero ir en el piquete -se escuchó decir a sí misma.

El resto levantó la mano, acompañando su gesto.

A Lina y su amiga las integraron en el grupo de Económicas, con tres compañeros más, casi de su misma edad o muy poco mayores, de primero o segundo de carrera. Los cinco guardaban un aspecto parecido y, salvo Lina, que tenía una gran mata de pelo negro, espeso e indomable, el resto llevaba el pelo largo y lacio, y prácticamente todos vestían el mismo atuendo: un tabardo, trenca o tres cuartos militar, unos pantalones gastados, vaqueros o de pana, un jersey de cuello desbocado y los chicos un esbozo de barba lampiña. Dos de los del grupo tenían que encargarse de conseguir gasolina, cargando el depósito de su vespino y trasvasándola después a cinco botellas de cerveza de litro, llenándolas hasta los dos tercios de su capacidad. Otro de ellos debería proveerse de ácido sulfúrico en la droguería de la plaza de Vannes, litro y medio en dos botellas opacas. Lina tendría que adquirir varias cajas de pastillas de clorato potásico en distintas farmacias, dando como excusa para justificar la compra que tenía llagas en la boca y su amiga Esther compraría esparadrapo del tamaño más ancho. Tendrían que montar los cócteles molotov en los lavabos de Económicas antes de la asamblea, llevarlos en los macutos y apostarse en el hall de medicina para dar impulso a la gente cuando saliera de la asamblea. Los cócteles deberían reservarlos para lanzarlos en el centro de la ciudad, a ser posible contra las centrales bancarias de la calle de las Barcas.

El resto de los piquetes se distribuyeron con tareas similares, incluyendo las pintadas de esa noche, la con-

fección de octavillas para lanzarlas antes de la asamblea por los rosetones del hall de medicina y el escondite de pilas de piedras entre los setos del Paseo al Mar y sus aledaños.

Lina y su grupo llegaron con retraso a la asamblea de distrito que tenía lugar en el Aula Magna de la Facultad de Medicina. Su cita en los lavabos de la Facultad de Económicas había sido un desastre, confundidos en su destino hasta que pudieron encontrarse. Apilados los cinco en el estrecho retrete, los nervios desataron las risas y los desatinos. No tenían embudo y no era fácil rellenar las botellas de gasolina con el ácido que, al caer al suelo levantaba vapores sulfurosos que los hacían salir del retrete y descojonarse. Con el tiempo cumplido y ellos más serios, consiguieron dividir el trabajo: Lina y Esther machacaban las pastillas de clorato sobre la encimera de los lavabos y los demás iban sellando las botellas y adhiriendo sobre su parte central las tiras de esparadrapo con el clorato espolvoreado. Esther no llevaba macuto y el quinto cóctel, tras amplia discusión, se quedó en la cisterna del váter.

Cuando llegaron a la asamblea, la escalera del hall se encontraba repleta de estudiantes que no habían podido entrar en el Aula. Lina, entusiasmada por el gentío, se abrió paso a empujones hasta el final del túnel que abría el gran espacio del Aula Magna. No quiso perderse ese momento, olvidando su cometido en el piquete de la puerta exterior. Enardecida por el ambiente combativo observaba boquiabierta el espacio que no conocía. La gente aparentaba estar colgada en

racimos que surgían de los grandes ventanales de cristal que circundaban su fondo, a la altura del final de los asientos de las gradas y sobrepasaban estos superponiéndose a las cristaleras. Un enjambre de cuerpos que ocultaban los asientos y que sobresalían incluso de las líneas de su trazado. Apretujada entre la masa, con su pequeña estatura no llegaba a observar la tribuna y las intervenciones que de allí llegaban apenas eran audibles, perdidas en el murmullo general. Escuchó, sin llegar a ver al ponente situado sobre ella en la grada, una incomprensible perorata sobre Mao Tse-tung, la revolución cultural, la dictadura del proletariado, la unión del campo y la ciudad y la guerra popular, con vivas al ejército rojo y a los combatientes antiimperialistas del Vietnam y Kampuchea.

Un pequeño tumulto a su espalda, en el hall, la hizo volver la cabeza:

—¡Los Guerrilleros de Cristo Rey están en los rose-tones con pistolas!

Como en una ola, la gente pugnaba por entrar, para unos instantes después volver a salir en tromba, escaleras abajo ante las voces:

—¡Son los grises, están subiendo las escaleras de la calle!

Un landrover de la policía armada se encontraba estacionado en el Paseo, frente a la puerta, y su dotación, seis grises corrientes, sin casco, con su gorra de plato y su tabardo gris, subía sin prisas por las escaleras exteriores.

–¡A por ellos! –gritaban desaforadamente dos estudiantes en el dintel de las puertas del hall.

–¡Compañeros, vamos a por ellos! –gritaban con insistencia, gesticulando con los brazos.

La masa salió en tromba, escaleras abajo persiguiendo a los grises, que corrían hacia la puerta del paseo de coches de los Jardines de Viveros.

Lina, enardecida como el resto, sujetando con fuerza su macuto, alcanzó en una loca carrera a los dos desconocidos que encabezaban la estampida.

–¡Parad, parad! –se escuchaba por detrás, sin que nadie hiciera el menor caso.

–¡Es una trampa! ¡Es una trampa!

Demasiado tarde. Por la puerta de coches de los jardines salía un tropel de jinetes que pronto, al galope, alcanzaron a la vanguardia de los estudiantes abalanzándose con sus caballos sobre ellos y repartiendo vergajazos.

El entusiasmo de Lina se transformó en terror. Un caballo desbocado se le echaba encima y ella paralizada por el pánico permanecía inmóvil, aferrada al cóctel que llevaba en el macuto. Un brazo le empujó con fuerza, apartándola del camino del equino. Se dejó llevar por el compañero que a su lado había encabezado la loca carrera en pos de los grises. El joven, a pesar de su aspecto enclenque, estiraba de su brazo con fuerza y gritaba: ¡A la facultad, a la facultad, volved a la facultad!

Transportada en volandas, Lina reculó hasta la Facultad de Medicina. En su puerta, un numeroso grupo

acarreaba ladrillos escaleras arriba, pertrechando de esa munición la terraza de la puerta de entrada. Ladrillos procedentes de las obras de la Facultad y que se encontraban al pie de la escalera, junto a la calzada. Un grupo comenzó a tirar cascotes a los grises en cuanto estos se acercaron, haciéndolos retroceder. Lina y su acompañante ayudaron a subir ladrillos, que pronto se terminaron.

Entraron en la Facultad, siguiendo a los que habían resistido en la terraza y se toparon con la gente que salía huyendo despavorida:

–¡Los grises están dentro, repartiendo a base de bien!

–Han entrado por la morgue tío, esto es una encerrona –le dijo uno a su desconocido acompañante.

–¡Vámonos al Clínico! –le respondió éste.

El desconcierto era absoluto. Los estudiantes, dispersos por el Paseo, no atinaban a encontrar una escapatória. Un grupo tiraba piedras a los caballos desde el seto central, frenando su galope.

Lina se dejaba llevar por su reciente acompañante. Recuperó el aliento y trató de encontrar con la mirada a sus compañeros de piquete, a alguien conocido. No vio a nadie. Rodearon la Facultad y entraron en el callejón que separa ésta del Hospital Clínico, un pasillo de unos diez metros de anchura al aire libre. Había estacionados en él dos camiones de reparto de bebidas junto al bar, al final del callejón. Un camión de la distribución de Coca-Cola y otro de gaseosas.

Un grupo de estudiantes tiraba de las cajas de botellas, arrastrándolas por el suelo:

¡Hostia, hostia, vamos, vamos!

Una lluvia de botellas salió del callejón hacia el Paseo, donde los grises, sin paraguas, alcanzados por la lluvia de botellas la mayoría de las veces, tuvieron que retirarse de nuevo.

Lina, recuperado de nuevo su entusiasmo, con su acompañante pegado a ella, vació toda una caja.

—¿Qué llevas ahí? —le preguntó éste al notar en un roce la solidez de su macuto.

—Es un cóctel.

—¡Hostia, un cóctel! ¡Dámelo, dámelo!

El salió al Paseo corriendo con la botella en la mano hasta el medio de la calzada y lo estampó contra un landrover estacionado en el cruce entre dos setos.

Lina admiró, paralizada, su acción y su efecto: las llamas, en principio centradas en el morro de la camioneta, pronto se extendieron por todo el vehículo, hasta estallar éste con gran estrépito, extendiendo el fuego a la vegetación del seto. La columna de humo negro, visible desde todo el paseo, paralizó un instante la acción. Un segundo de quietud.

Las botellas arrojadas se terminaron. Su acompañante había desaparecido y ella siguió a la masa en su huida, entrando en tromba en el Hospital Clínico, alterado por los sucesos del momento. Siguió a un grupito que subía las escaleras que conducen a las plantas.

Corrió por un pasillo, por otro, por un laberinto sin salida.

Una monja les llamó: ¡Aquí, venid aquí!

Entraron en una habitación que albergaba cuatro enfermos en sendas camas. La monja les pidió silencio con un gesto de su índice y los hizo pasar al pequeño servicio, reiterando su gesto con el dedo. Un joven barbudo, desmelenado, se sentó en el retrete, sobre su tapa. Lina, con otros dos chicos permaneció en pie. Sus gestos silenciosos daban a entender la tensión del momento, su angustia. Escuchaban las carreras y alguna que otra voz altisonante proveniente del corredor contiguo, hasta que la evidencia les dio a entender que los grises habían entrado en la habitación.

–¡Ustedes qué se han creído! –Escucharon decir a la monja– ¡Salgan inmediatamente! ¡Aquí no hay más que pobres enfermos!

Un portazo posterior les dio a pensar que la policía se había marchado.

Esperaron toda la mañana escondidos en el pequeño servicio hasta que la monja les dio el aviso de que podían salir.

Se encaminó inquieta hacia la casa de su amiga Esther. No sabía lo que le podía haber pasado. No había hablado con nadie, no había visto a nadie. En su huida había evitado el Paseo al Mar, donde se ubicaban todas las facultades, previendo que estarían tomadas por la policía.

Esther compartía un piso con otros estudiantes,

“un piso de estudiantes”, cercano, en una travesía sin salida de la calle Alboraya, con vistas a las vías del trenet.

No había nadie en la casa, lo cual aumentó su inquietud. Anduvo yendo y viniendo, hasta que pensó que debería volver a su casa. Sus padres estarían preocupados por su tardanza en la hora de comer y, a estas alturas ya deberían saber lo de los disturbios en la universidad.

Un compañero había pasado por su casa preguntando por ella, lo que había alarmado a sus padres. Estos preguntaron y el compañero les contó los enfrentamientos. Habían sido más graves de lo que ella había experimentado, o al menos eso se desprendía de lo que dijo él. Habían detenido a cientos y había varios policías heridos muy graves. La Junta de Gobierno había cerrado la universidad por tiempo indefinido.

Tranquilizó a sus padres. Ella había estado en la biblioteca y no se enteró de nada.

Volvió en cuanto pudo a casa de su amiga, para continuar sin encontrar a nadie. Hasta la noche no oyó la voz de Esther por el telefonillo.

En el piso había una docena de estudiantes, bastante excitados por los sucesos y las cañas que debían llevar. Volvían de las tascas del barrio de San Bult.

Un jesusristo en gayumbos tostados sentado sobre el suelo perdía la vista sobre el techo con movimientos leves de cabeza, sin abandonar su mirada perdida en el espacio al tiempo que parecía querer llevar el compás del Bike de Syd Barret. El resto se repartía entre el

sofá de tres plazas de escay granate, alguna silla también tapizada de escay y una colchoneta de espuma recostada contra la pared. Algunas chicas se pasaban un porro de hachís. Los chicos bebían coñac y alguno que otro daba una calada al porro.

–¡Hostia, macho, qué de leches! Al Mingo le arreó un caballo un latigazo en la espalda y tiene un moretón así –dijo un patilludo con pelo largo rizado, agrandando sus manos.

–A mí, macho, lo tuve encima. No me dio porque no quiso.

–No me seas fantasma. Si estabas a mil kilómetros de distancia de lo que corriste.

–La que sí que estaba y en primera fila era tu amiga Lina. ¡Eh Esther! ¿La viste?

–Cuenta, cuenta, Lina.

–¡Y haciendo colla con los SS del FRAP!

Lina había permanecido retraída junto a su amiga, que se reía sin parar con cada frase que escuchaba. Ella había bebido un algo del coñac y al oír su nombre se sobresaltó. Prefería pasar desapercibida.

–No, no... me parece bien lo que has dicho –dijo con titubeos Lina–. Lo de los SS. No me parece adecuado.

–No te mosquees Lina. Es por sus nombres: el Sevilla y el Sosta. Eran los que estaban contigo, ¿no?

–No sé. No los conozco de nada –respondió Lina.

–Ye nana, que no somos la pasma –insistió el que

aparentaba ser el más mayor por su barba espesa y cuidada.

–Esos dos nos dinamitaron la asamblea –continuó el barbudo guapo–. Provocaron a los grises y sacaron a la gente contra ellos. Así se terminó todo, en el momento crucial de la asamblea.

–¡No fue así! Yo estaba en la puerta del hall y vi cómo los grises llegaron y aparcaron en la acera. Luego, estaban subiendo las escaleras cuando la gente se les tiró encima. No hizo falta... –dijo un compañero de los de económicas, el más joven del piquete de Lina, antes de que el barbudo le interrumpiese.

–No macho, no. Hay gente que los vio salir en cabeza, dando órdenes. Eso estaba preparado. Nos jodieron la asamblea. Y ahora con la facu cerrada se va a echar a perder el movimiento. Habrá redadas y volverán a descabezar las comisiones.

–Lo que estaba preparado, y yo te lo aseguro, era la intervención de la policía –dijo Lina con tono seguro, perdiendo su timidez–. Yo iba delante: los grises corrieron hacia Viveros y los caballos estaban dentro, preparados para cargar. ¿Qué casualidad, no? Y cuando volvimos a medicina, los grises ya estaban dentro, disolviendo lo que quedó de la asamblea. Un compañero nos dijo que habían entrado por la morgue, por detrás de la facultad. Casualidad también, ¿no?

–Eso es normal –dijo el barbudo. Siempre que ha habido movida han estado en Viveros. Pero si no les hubiérais provocado, no hubiesen intervenido...

–La gente está harta de represión –le cortó el joven

de económicas– y la asamblea se os habría ido de las manos de todas maneras. El problema es vuestro reformismo. Vuestro planteamiento de votar contra la subida de las matrículas, dejando de lado la Ley de Educación y el combate contra la dictadura. Eso es reformismo, igual que hacéis en las fábricas...

–¡Y vosotros qué! ¿Qué ibais a hacer? ¿Repartir kalashnikovas y comenzar la guerra popu...

–Durbán, vas de profeta y se te terminó la figuración...

El tono discordante había creado una situación violenta y salvo Esther ya nadie reía. El elepé de Pink Floyd rayaba la aguja en su final y nadie corrió a cambiarlo. Durbán, el barbudo bien parecido, se levantó sin decir una palabra y se marchó dando un portazo. Esther se arrimó a Ferrán, el estudiante de económicas, y metió la lengua en su boca. Este se recostó en la colchoneta y ella se acopló encima...

El jesusristo de los gayumbos tostados continuó en el espacio sideral.

Lina, a su pesar, se tuvo que marchar. Sus viejos se encontrarían inquietos por su tardanza.

Vivía con sus padres en un modesto piso del ensanche. Compartía una pequeña alcoba con su hermana mayor, a las sombras de un minúsculo patio interior. Ella envidiaba las vivencias de sus compañeros de “los pisos de estudiantes”, libres y desenfadados, sin tener que dar justificaciones. Pensaba que vivían en “zona liberada”, ajenos a la moral pacata y

las costumbres reaccionarias impuestas por el franquismo. Ellos no tenían a nadie que de manera constante les censurase su ir y venir, su forma de vestir, sus pelos, su música, sus costumbres libres.

Había nacido en La Cueva, en la casa del maestro, su padre, represaliado republicano fundador de la FUE. De Guadalquivir, en la Sierra de Alarcón, en los años cuarenta a la aldea de La Cueva en los cincuenta. El exilio interior de los no adictos al franquismo. Y ya próximo a la jubilación, extinguidos sus anhelos democráticos, habían vuelto a Valencia, alojados en casa de los abuelos. El oscuro destino de los perdedores.

No podía por menos que sentirse de su lado, aunque él jamás había hablado con crudeza de los sucesos de la guerra, pero sí de sus consecuencias posteriores. El padre trataba de desdramatizar, trataba de evitar el contagio. Pero en su interior, en la mirada de su padre, ella leía como en un libro abierto. Y sentía la rabia y maduraba la decisión de sumarse a la lucha contra la dictadura, lucha que palpó en cuanto se incorporó a la facultad, sin saber siquiera quién era cada cual en el complejo laberinto de las políticas y las ideologías.

Los sucesos del día, su propio protagonismo, que repasaba con detalle y la discusión posterior, le hicieron inclinarse por el lado de la acción. Hubiera querido ser como el Sevilla o el Sosta, no sabía bien quién, y haber sido ella la que lanzara el cóctel, la que encabezara el movimiento. Estaba decidida a nutrir ese valor.

Los enfrentamientos del 4 de Febrero en la Facultad de Medicina habían tenido inmensas repercusiones en la cómoda sociedad pequeño burguesa del “Cap y Casal” del principio de los años setenta. La Junta de Gobierno de la Universidad, ese mismo día, a la una y media, aún sin disiparse los gases lacrimógenos, cerró la Universidad por tiempo indefinido. La escueta nota del Gobierno Civil, de obligada reproducción en los medios, decía:

**VALENCIA: SIETE POLICÍAS HERIDOS Y 67 ESTUDIANTES DETENIDOS EN INCIDENTES UNIVERSITARIOS**

La junta de gobierno ha cerrado indefinidamente todas las Facultades.

Valencia, 4. -- Siete policías heridos y 67 estudiantes detenidos es el balance de los incidentes registrados esta mañana en la Facultad de Medicina y sus alrededores, según fuentes autorizadas.

Los incidentes comenzaron tras la celebración de una asamblea de distrito en dicha Facultad. Varios centenares de estudiantes se manifestaron después en el Paseo al Mar, donde están ubicadas varias Facultades, y se enfrentaron a la fuerza pública, que cargó para dispersarlos y empleó gases lacrimógenos.

La Policía entró en la Facultad para evitar que los estudiantes arrojaran desde allí piedras y otros objetos. Un teniente y cuatro agentes resultaron con heridas leves y otros dos sufren heridas de consideración.

A la una y media de la tarde se reunió la Junta

de Gobierno de la Universidad, que ordenó el cierre de todas las Facultades hasta nueva orden.

Cuatro estudiantes, Víctor Javier Daras, Víctor Manuel Tomás Llorens, Feliciano Albadalejo y Juan Miguel Company, detenidos en el Clínico, fueron encausados por lo militar en Consejo de Guerra Ordinario, acusados de “Insulto a Fuerza Armada”. Algunos de ellos, como Tomás Llorens, estaban acusados, además de lanzar “una botella de coca-cola contra la Policía Armada”.

La gente organizada corrió a esconderse para evitar la represión, desapareciendo por un tiempo de la escena universitaria.

La Junta de Gobierno, ante la inminencia de los exámenes de Febrero, ordenó la apertura de las Facultades una semana después.

Las Facultades del Paseo al Mar: Derecho, Agrónomos, Filosofía y Letras, Ciencias y Medicina, minutos después de su apertura se encontraban empapeladas con toda suerte de precarios carteles en demanda de la libertad de los detenidos y la anulación de los Consejos de Guerra.

La cafetería de Filosofía y Letras bullía de nuevo de macutos y panfletos. Los mismos grupos ocupaban los mismos lugares, pero esta vez un criterio común los unificaba: era prioritario la libertad de todos los detenidos y la anulación de los expedientes académicos.

Lina, Esther y los tres compañeros que formaban

la FUDE de la Facultad de Económicas, en un lugar del porche de la cafetería, al aire libre, sentados en el suelo, discutían con vehemencia:

–La asamblea está convocada esta vez en Económicas. Allí somos fuertes –dijo Ferrán, el más joven, que parecía ser el más politizado.

–No, no... se trata de ser nosotros –comenzó Lina con titubeos, remarcando el “nosotros”–, se trata de que todos –y remarcó el “todos” ya con fuerte tono– seamos fuertes. Es una asamblea de todos. Me niego a montar una asamblea de profetas. Tú lo dijiste claro el otro día: los profetas han perdido figuración. Aprovechemos la circunstancia.

–Ya, pero alguien tendrá que conducir la asamblea, marcar objetivos, dar alternativas... –contestó Ferrán, el joven politizado.

–¿Qué alternativas? –apuntó otro estudiante.

–No cabe más que el boicot a los exámenes de Febrero –respondió Lina.

–¿Estás loca? ¿Sabes lo que estás diciendo? –dijo su amiga Esther. Nadie va a querer perder los exámenes. Significa mucho: perder un curso.

Un minuto de silencio dio tiempo a Lina para articular lo que venía barruntando.

–Sí, es una dificultad, pero más penuria están pasando los compañeros y compañeras que han sido detenidos en nuestro nombre. En la acción del 4 de Febrero participamos la inmensa mayoría. Debemos actuar por solidaridad, aunque perdamos nosotros también una parte.

–Es verdad, Lina. Estoy contigo. Sería una respuesta contundente que mostraría nuestra unidad. ¡Basta de represión!

El joven estudiante estaba enardecido. Imaginaba una masa, las masas de libros, contestando al unísono a la maldad del dictador.

–Tienes razón –intervino otro del grupo–. La gente que fue detenida lo fue por su mala suerte, por estar en el sitio equivocado, por pura casualidad. Son gente normal. Los grises pillaron a los que pudieron, fueran o no activistas. Todos estamos en deuda con ellos.

–Lina te toca a ti. Tú eres quien debe dar la cara. Tienes que hablar para dar la consigna.

–¿Yo? No, no...puedo. No sé hablar, me muero de vergüenza.

–Todos te vieron en primera línea, persiguiendo a los grises. Todos lo comentan. Y hasta se ha extendido que fuiste tú la que tiró el cóctel.

–Pero, eso ¡es mentira! Yo corrí como todo el mundo y luego, sí, estuve en el Clínico, pero no fui yo quien tiró el cóctel.

–Pero era tu cóctel –dijo el más joven, remarcando el “tu”.

–Era mi cóctel, es verdad. Pero no fui yo quien lo tiró –respondió Lina.

–¿Y entonces, quién fue?

–Un compañero. Punto –contestó Lina.

–Bueno yo sigo pensando que debes ser tú quien planteé la acción del boicot a los exámenes. Ahora. Tie-

nes que decirlo ahora, en el bar. Haremos panfletos y pegaremos carteles. Después habrá que ponerse de acuerdo con los demás partidos, hasta con los del pecé y los profesores PNN. Como tú has dicho, esto debe ser una acción unitaria. Si queréis votamos para que sea Lina quien hable.

No hizo falta. Todos asintieron.

Lina se subió a una mesa, acalorada, con el rostro salpicado de ronchas rojas, pero lo hizo. Con titubeos al comienzo de su alocución, mas conforme ganaba confianza mostró su convicción. El murmullo del bar se convirtió en una improvisada asamblea, con varias intervenciones que siguieron a la de Lina y que vinieron a decir lo mismo, con mayor o menor retórica y con más o menos altisonancias políticas.

Destacó un estudiante de edad, de cuarto o quinto de carrera, que utilizó el valenciano para expresarse. Un lenguaje cultivado que no era corriente escuchar, y menos en la ciudad de Valencia. Le aplaudieron masivamente.

Lina, como otros, no entendió con claridad lo que dijo:

–¿Qué ha dicho?

–Lo que tú, pero en político –le contestó un compañero–. Habrás entendido al menos: solidaritat amb els companys detinguts i n'hi ha prou de dictadura feixista. Ha parlat molt bé.

---

<sup>2</sup> Solidaridad con los compañeros detenidos y basta de dictadura fascista. Ha hablado muy bien.

–¿Y, quién es? No lo había visto nunca –preguntó Lina.

–Es uno de agrónomos. Lo he visto a veces en el Colegio Mayor.

No acababa la frase cuando se les acercó el que había hablado en valenciano.

–Vosaltres sou de la FUDE, ¿no?<sup>3</sup>

Ellos asintieron con un gesto.

–Nosaltres som de la Nova Germanía –les dijo, extendiendo la asociación con su gesto a un par de estudiantes que le acompañaban–. També som de la coordinadora del FRAP.<sup>4</sup>

Los reconocieron con desconfianza. La mayoría no habían oído hablar de ese grupo. Los tres de la Germanía tenían el aspecto de ser estudiantes de pueblo, venidos a Valencia para cursar estudios. Los tres llevaban el pelo corto y vestían de forma tradicional: pantalón de tergal, camisa y jersey de lana. El que se dirigía a ellos llevaba gafas de metal, era de media estatura y parecía mayor de lo que en realidad era y su rostro era agradable, sin ningún rasgo sobresaliente. Había otro más bajo que llevaba gafas de pasta negra y el otro era muy moreno, con los rasgos faciales muy acusados, como magrebí, y la barba cerrada, aunque bien afeitado.

–La teua intervenció ha estat moltbé –dijo dirigién-

---

<sup>3</sup> ¿Vosotros sois de la FUDE, no?

<sup>4</sup> Nosotros somos de la Nova Germanía. También somos de la coordinadora del FRAP.

dose a Lina el que parecía el líder—. Molt autèntica. Vos sembla que tinguem una reunió conjunta per a preparar l'assemblea?<sup>5</sup>

—Estamos indecisos en ese punto —le respondió Lina—. Pensamos que la asamblea debe seguir su camino, sin que se manipule con las habituales intervenciones de unos y otros. Mi opinión es que debemos plantear una alternativa conjunta, acordada de antemano con el mayor número de grupos posibles y someterla a votación. El boicot a los exámenes como forma de presión para que liberen a los detenidos es, según parece, la alternativa más unánime y se debería presentar como una propuesta de bloque.

—És cert, però la preparació porta un treball i no és precisament la recollida de signatures. Hi ha una labor de propaganda que fer i en qualsevol cas, es vote o no, hem de muntar piquets que bloquegen les facultats per a impedir els exàmens.<sup>6</sup>

—Podemos dividirnos la faena —dijo Ferrán, cuyo entusiasmo había crecido al tiempo que crecía el número de los afines. Yo propongo que Lina y...

—Mateu —dijo el de la Germania al ser señalado.

---

<sup>5</sup> Tu intervención ha estado muy bien. Muy auténtica. ¿Os parece que tengamos una reunión conjunta para preparar la asamblea?

<sup>6</sup> Es cierto, pero la preparación lleva un trabajo y no es precisamente la recogida de firmas. Hay un trabajo de propaganda que hacer y, en cualquier caso, se vote o no, hemos de montar piquetes que bloqueen las facultades para impedir los exámenes.

–Pues, que Lina y Mateu contacten con las otras fuerzas y nosotros podemos ir adelantando. Podemos quedar esta noche para hacer pintadas y carteles.

–Jo soc Seguí –se presentó el más moreno, de la Germania–. Nosaltres ens encarregarem de muntar un bon piquet en Agrònoms.<sup>7</sup>

–Y nosotros en Económicas. Faltan las otras facultades. Habrá que ver cómo ha quedado la demás gente, con la dispersión y las detenciones.

El salón de actos de Económicas no era el Aula Magna de Medicina. A pesar de estar abarrotado, no llegaron a setecientas personas. Pesaba el temor.

Cuatro furgones de antidisturbios murcianos ocupaban la calle de la Nave, frente a la Universidad.

Las intervenciones fueron contadas. Todos sabían que en la sala habría varios sociales fichando a los que se destacaran. Pero solo había una propuesta unánime: el boicot a los exámenes de Febrero.

La votación fue ajustada, ganando la propuesta del boicot por escaso margen.

Los piquetes no actuaron. La asistencia a las facultades fue nula. El boicot fue seguido masivamente: ese curso universitario no hubo exámenes de Febrero.

---

<sup>7</sup> Yo soy Seguí. Nosotros nos encargaremos de montar un buen piquete en Agrónomos.

Abril de 1972

### *L'Aplec*

Lina frecuentaba de forma asidua el piso de estudiantes de su amiga Esther. Con la excusa de sus estudios encontraba los momentos incluso para pasar alguna noche. La universidad, desde los sucesos de Febrero bullía constantemente de rebelión y por el piso de Esther pasaban gran parte de los activistas universitarios. Lina se comprometía más cada día que pasaba y sentía que eso era lo suyo.

Habían formado un grupo numeroso junto con los estudiantes de agrónomos de la Nova Germanía y a pesar de las diferencias culturales que los separaban, Lina les tenía consideración precisamente por esas diferencias. Los consideraba serios y sabía apreciar su formalidad en el compromiso, ajeno a las poses de moda que observaba en otros estudiantes de apariencia radical, pero menos comprometidos en el fondo.

–Vindràs al salt del 25 d'Abril?<sup>8</sup> –le preguntó un día Mateu.

–¿Qué es el 25 de Abril? –preguntó a su vez Lina.

---

<sup>8</sup> ¿Vendrás al salto del 25 de Abril?

–És la commemoració de la batalla d'Almansa, on vam perdre els furs del País Valencià. Com amb la dictadura, vam perdre fins a la nostra pròpia llengua.<sup>9</sup>

–Nunca he estado en un salto. No sé. Sé que es peligroso, que hay muchas detenciones.

–És perillós, com el de cada dia. Però si estem en la lluita és perquè assumim el risc. Què dius?<sup>10</sup>

–¿Cómo es el salto? ¿Qué hay que hacer?

–És en la plaça dels Furs, en les Torres de Serrans. Cal estar, sense formar grups, com si ningú coneguera a ningú, als voltants i esperar el salt. El salt ho donaran alguns responsables de les organitzacions i de forma ràpida cal acudir a ell. Si hi ha molta policia has d'estar atenta al boca a boca, perquè et donen la cita del següent salt. Així el salt es va traslladant de lloc i d'hora. No et dic que portes gens, ja portarem nosaltres.<sup>11</sup>

---

<sup>9</sup> Es la conmemoración de la batalla de Almansa, donde perdimos los fueros del País Valencià. Igual que con la dictadura, perdimos hasta nuestra propia lengua.

<sup>10</sup> Es peligroso, como lo de cada día. Pero, si estamos en la lucha es porque asumimos el riesgo. ¿Qué dices?

<sup>11</sup> Es en la plaza de los Fueros, en las Torres de Serranos. Hay que estar, sin formar grupos, como si nadie conociera a nadie, por los alrededores y esperar el salto. El salto lo darán algunos responsables de las organizaciones y de forma rápida hay que acudir a él. Si hay mucha policía has de estar atenta al boca a boca, porque te darán la cita del salto siguiente. Así el salto se va trasladando de lugar y hora. No te digo que lleves nada, ya lo llevaremos nosotros.

Lina sintió un inquieto rumor en su estómago, pero dijo que sí.

Mateu, cauto, no le dijo que esa semana venía cargada de acciones: una cita nocturna para realizar pintadas, una buzonada en Torrefiel y dos saltos con motivo del Primero de Mayo: un salto el domingo en la Avenida del Oeste con cocteladas en sindicatos y otro el lunes en la calle de las Barcas con cocteladas en las centrales bancarias. Sabía por experiencia que no era conveniente fomentar el activismo ciego sin dotar al militante de una sólida base ideológica. Pensó que, tal vez según su respuesta, el martes la atraería a otras acciones.

La Plaça dels Furs, a las espaldas de las Torres de Serranos presentaba su aspecto cotidiano, de un día laborable. Los coches aparcados en su centro apenas dejaban paso al autobús 1 de la Saltuv que entraba por el estrecho callejón que serpenteaba el costado de las Torres para acercarse a la parada cercana, atravesando la plaza, frente al colegio del Sagrado Corazón de los carmelitas. Lina, desde el autobús, no observó nada anormal: no vio furgones grises ni los land rover habituales de la Policía Armada. Tampoco observó grupos de gente, ni en la plaza ni en los alrededores.

Tenía la cita con Mateu a escasos metros de la parada, en la puerta de la casa de los caramelos, desde donde se observaba a poca distancia la plaza y las Torres. Llegaba con tiempo y pensó en darse un paseo hasta la cercana Plaza de la Virgen.

No había andado ni veinte pasos cuando vio venir hacia ella a Mateu y a Seguí, corriendo desahogados, perseguidos por varios hombres de paisano –sociales pensó.

Al tiempo, otro grupo de policías de paisano cayó sobre dos jóvenes que se encontraban frente a ella, en la misma puerta del Colegio de los carmelitas.

Mateu se acercaba, negando con la cabeza, queriendo decirle que no, que no se moviera, que permaneciera impasible, como si no lo conociera. Pero Lina hizo caso a su instinto: huir. Y corrió junto a ellos.

Salieron al río y por la primera calle a la derecha se introdujeron en el casco viejo. Corrieron con las alas del perseguido dejando atrás a sus perseguidores por Trinitarios y Tosalet para darse de bruces con la iglesia de San Esteban con la puerta abierta. Sin aliento, entraron en la iglesia en penumbra. La puerta estaba en el centro del crucero de la nave y a su izquierda les guió una luz cercana al altar mayor. Solo una pareja de viejas beatas, apenas visibles por la negrura de su atavío, arrodilladas en la primera fila se apercibió de su paso fugaz hacia la sacristía, en donde se toparon con el cura y el sacristán que lo revestía para el oficio de la misa.

Los cinco quedaron paralizados. Ellos buscaban no sabían bien qué en su afán por escapar. El cura, ya con el alba y el cíngulo, se dio cuenta de inmediato de que no eran precisamente fieles de su parroquia, ni debían tener urgencia en la confesión o en el oficio religioso.

Mateu abandonó su rigurosidad lingüística ante la

tensión del momento y le dijo al cura, calmadamente, recuperado el resuello:

–Somos estudiantes, nos persigue la policía.

–¿Sabéis ayudar en la misa? –les preguntó el cura.

–Por el rito dominico –se apresuró a contestar Seguí.

–No importa. ¿Os sabéis la misa con dos acólitos?

–Sí padre –le contestó Seguí, dando un pisotón a Mateu, que estaba blanco, que no daba crédito a lo que estaba pasando.

–Muy bien hijos, colocaros el alba.

–¿Y la chica? –preguntó Seguí.

–Ven conmigo –le dijo el sacristán a Lina, empujándola a un cuartucho contiguo.

El cura les procuró la vestimenta, un alba blanca, parecida a la suya y un cíngulo también blanco.

–Terminad de vestirme.

Los dos monaguillos, con afortunado parecido a tales, por su aspecto serio y ordenado, ayudaron al cura. Seguí, que tenía alguna idea, le anudó el amito alrededor del cuello y colocó su estola.

–¿Quién hará del primer acólito? –preguntó el cura.

–Yo –contestó Seguí.

–Bien. Brevemente, para recordaros, por si acaso habéis olvidado alguna cosa –dijo el cura con cierta intención–. Siempre es el primer acólito el que toca la campana; al salir, sale el segundo acólito delante, hay

un toque de campana y te colocas al lado del Evangelio –dijo señalando a Mateu–; el primer acólito va detrás y me deja pasar haciéndose a un lado, yo paso y vosotros os colocáis al pie del altar, uno a cada lado; después de la Epístola, tú; ¿cómo te llamas? –dijo señalando a Seguí.

–Víctor.

–Pues tú, Víctor, cambias de lado el misal y tú, ¿cómo te llamas? –dijo señalando a Mateu.

–Mateo –le respondió Mateu con titubeos.

–Pues tú, Mateo, te pones en pie para oír el Evangelio. Cuando llegemos al Ofertorio y después de la genuflexión, Mateo, te subes al altar para plegar el velo del Cáliz, mientras Víctor, tu vas a la credencia, coges las vinajeras, te quedas con la del agua y le das a Mateo la vinajera del vino y os colocáis los dos juntos en la derecha del altar. Víctor me echa el agua en las manos y Mateo me acerca el manutergio. En la elevación me subís ambos la casulla, por detrás mío, entretanto que elevo...

Mateu había desconectado en cuanto oyó “ofertorio” y con cara de circunstancias inclinaba con reverencia la cabeza como muestra de devoción y asentimiento. Seguí le daba de cuando en cuando un leve puntapié.

Lina, con faldones negros, arrebuja en una toca parda de lana, corcovada por una artificiosa chepa y con un par de velos negros que ocultaban su llamativa cabellera, irrumpió en sollozos, que no eran otra cosa que un partido de risa, al encontrarse en tal situación

con los dos monaguillos. Acompañada por el sacristán, se dejó llevar hasta la capilla del primer contrafuerte, iluminada tan solo por la luz de las velas devotas.

–Arrodíllate en el reclinatorio y ten este salterio –le indicó el sacristán–. ¿Sabes rezar el santo rosario?

–Sí, sí, claro.

–¿Y persignarte?

–Sí... –contestó Lina, sin mostrar convencimiento.

–Mira, yo te guío. Vas pasando las cuentas del rosario y cada vez que termines una cuenta grande te persignas así:

*Per signum Sanctae Crucis  
de inimicis nostris  
libera nos, Domine Deus noster.  
In nomine Patris,  
et Filii,  
et Spiritus Sancti.  
Amen.*

El sacristán tomó la mano derecha de Lina, juntó el dedo pulgar con el índice y el corazón y conforme latina susurrando las eses entre un sirimiri de saliva, trazó las tres cruces conduciendo su mano: en su frente la primera, en su boca la segunda y en su pecho la tercera.

Lina, acurrucada en el reclinatorio en la penumbra de la capilla pensó en marcharse. La situación se le hacía molesta. Quizás por no ser creyente ni haber tenido una educación religiosa no pudiera tomarlo a la ligera, como los otros. Se sentía incómoda en un lugar de culto que se le antojaba primitivo. Estar en la primera iglesia de Valencia, tal como la había aleccionado

el sacristán, con el protomártir Esteve, donde se espasaron las hijas del Cid, donde éste fue enterrado, donde el bautismo de San Vicente y el de San Luis Bertrán, rodeada de esa negritud ella se encontraba azorada. Estaba considerando marcharse cuando por el rabillo del ojo, respondiendo a marcados pasos y golpes en la bancada, los vio. De refilón, un instante lo suficiente para darse cuenta de que los sociales estaban allí. Se acurrucó aun más si cabe en el reclinatorio, cerró los ojos y susurrando latines pasaba las cuentas del rosario, persignándose cada tanto.

Seguí tocó la campana y el breve cortejo emprendió la marcha de los escasos metros que separaban la sacristía del altar mayor. Mateu caminaba delante con las manos juntas recogidas en su pecho, hizo la genuflexión ante el sagrario y se apostó en su lado correspondiente del altar. No había observado la parroquia y otro campanillazo le hizo levantar la cabeza, al tiempo que las beatas de las primeras filas se ponían en pie. El altar se encontraba pobrementemente iluminado y la escasa luz del crucero apenas dejaba observar las formas del templo. Paseó la vista por la bóveda de crucería recargada de estucos de formas blancas formando florones, mascarones de angelotes, hojas y motivos florales diluidos y desportillados por el tiempo. Al bajar la vista hacia el fondo de la nave, fijándola en la penumbra de la tercera capilla descubrió a los sociales, que no tuvieron inconveniente en situarse junto a la puerta con ostentación.

Mateu se volvió a un lado, dando media espalda a la parroquia para encontrarse señalado por el santo Es-

teve que, desde la hornacina del presbiterio le significaba con su gesto. Atravesó el altar sin olvidar la genuflexión y se colocó junto a Seguí, que de forma responsable llevaba el peso de la ayudantía.

–Mira hacia la puerta –le dijo.

El cura no fue ajeno a la observación y con tranquilidad, como una frase más del ritual les dijo:

–No podéis marcharos ahora. Obrad con tranquilidad y ya os lo arreglaré en cuanto termine la misa.

Ni las beatas ni nadie se dieron por enterados de la nueva liturgia de la misa al tener el sacerdote que coger las vinajeras y lavarse y secarse las manos por sí mismo, mientras que los dos acólitos iban y venían trastabillando.

–Podéis ir en paz –concluyó el sacerdote.

El cortejo emprendió el camino de retorno a la sacristía y al entrar y mientras se despojaban de los sayos, el sacristán los guió hasta la puerta que comunicaba la sacristía con la pequeña plaza de la Comunión de San Esteban, trasera a la fachada de la plaza de San Esteban.

Lina, varios minutos después, vio precipitarse a los sociales en la sacristía y salir de inmediato uno de ellos que a voces comunicó al resto que se habían ido por la puerta trasera. Esperó angustiada los quince misterios del santo rosario y tal y como iba disfrazada, salió por la puerta de la plaza de San Esteban, sin reparar en nadie ni nadie reparar en ella.

La agitación universitaria iba en aumento en una carrera imparable. El viernes, día 28 de Abril, las cinco Facultades de la Universidad de Valencia –Derecho, Ciencias, Filosofía y Letras, Medicina y Económicas– aparecieron cerradas. En sus puertas una escueta nota comunicaba su cierre por decisión de la Junta de Gobierno, para evitar “previsibles incidentes”.

Los “previsibles incidentes” tuvieron su origen en una asamblea de delegados de Escuela y Facultad celebrada en los sótanos de la Facultad de Ciencias cuyo acuerdo unánime fue responder a la represión de forma organizada y violenta. Las Escuelas y Facultades del distrito universitario aportaron varios centenares de piquetes organizados y precariamente armados. Su celebración clandestina saltó al dominio público de forma que la única manera de abortar la movilización fue cerrar las facultades.

Esto no evitó las convocatorias del Primero de Mayo, día de San José Obrero. La prensa del Movimiento destacó “ligeros incidentes”:

Hacia el medio día del domingo, un grupo de manifestantes arrojó dos botellas de líquido inflamable contra la Delegación Provincial de Juventud y fue apedreada la fachada de las Delegaciones del Sindicato de Frutos y Productos Hortícolas. A última hora de la tarde de ayer, varias docenas de personas intentaron manifestarse por la calle de Barcas. Llevaban banderas rojas y arrojaron “cócteles Molotov” uno de los cuales afectó levemente a un taxi y otro rompió una cristalera del hotel Astoria. La fuerza pública dispersó rápidamente a los

manifestantes. También sufrieron algunos daños  
varias sucursales bancarias.

*(Informaciones y agencias. 2-05-1972)*

Mayo de 1972

### *El comisario Minuesa*

El comisario de segunda Minuesa alborotaba los papeles que atiborraban su mesa gris metálica, así como el archivador a su espalda a juego con la mesa. Giraba y desplazaba su silla como un autómata, del archivador a la mesa y vuelta al archivador. De una subcarpeta al lío de papeles y viceversa.

No sabía ni por dónde empezar.

Los más de quinientos informes compilados en un par de meses por el jefe del grupo de estudiantes de la Brigada de Investigación Social, el inspector Solsona, le sacaban de quicio. No eran nada. No servían para nada. No era un trabajo concienzudo como él tenía por costumbre.

En su mayor parte eran informes mal redactados realizados por estudiantes universitarios del PENS que filiaban comunistas en toda parte y lugar:

*“Hoy 10 de abril he visto en la cafetería de filosofía a Andrés Morcillo, comunista, sentado hablando con otros dos y una chica, llamados Verdaguer, José Mosca y la chica no sé cómo se llama.”*

Él mismo no entendía el sentido de todo aquello. Se daba perfecta cuenta de que era incapaz de adaptar sus métodos, sus viejos métodos de resultados brillantes, a los tiempos modernos. Pero era un principio: estoy empezando, se decía.

En el fondo no le gustaba su nuevo puesto en la Jefatura Superior de Policía de la Gran Vía, a pesar de haber trabajado con ahínco para lograr el ascenso de inspector a comisario.

A veces permanecía inmóvil y con melancolía acariciaba lentamente su calva. Abstraído, enjuiciaba su valía hasta llegar siempre a la misma conclusión: los tiempos eran otros y él no acertaba a subirse con sus propios pies.

Cuando era inspector en el grupo de comunistas la rutina era sencilla: no existían más que “unos comunistas”. Unos pocos comunistas. Su labor era el cerco a unas fieras y tan solo tenía que buscar la cabeza de la manada. Su cometido era entrar en la guarida como una fiera más y confraternizar con ellas hasta ganar su confianza. Y ya estaba.

Minuesa reunía el carácter para ello: era bajo, pasado de cuarentón, cetrino, medio grueso, con pronunciadas entradas y cara de español de Cuenca. Era un español de Cuenca. Era un español emigrante en Francia. Era un trabajador emigrante español que pasaba desapercibido en un mitin del Partido Comunista de España en la Mutualité de París. Era un español emigrante en la Casa de España de París, en los bares españoles, en las reuniones del PCE en Gobelins o en

Montreuil. Allí donde las fieras se mostraban sin reparos, sin esconderse. Donde sus jefes se daban a conocer, como si por el hecho de estar en Francia ya estuvieran a salvo. Y así, con un trabajo constante de idas y venidas de Valencia a París la Brigada desarticuló por completo, gracias a sus informaciones, al PCE en 1964 y detuvo al secretario del regional valenciano, Timoteo Ruiz, al que él mismo siguió los pasos durante más de mes y medio. Al igual que su trabajo condujo a la desarticulación de las CCOO en 1968 y de nuevo la completa detención de la cúpula del PCE en la región, incluyendo al secretario regional, Antonio Palomares. Desarticuló al PCE y a las CCOO. Él.

Sin embargo, el comisario Ballesteros, y él lo sabía de antemano, fue incapaz de consolidar las detenciones y lo echó todo a perder con Palomares. Él escuchaba los interrogatorios que dirigía Ballesteros en el despacho contiguo, a veces durante horas, y los lamentos del secretario comunista no fueron más que frases inconexas que no condujeron a nada. No, Ballesteros no tiró del hilo como debía y dejó en tal estado a Palomares que lo tuvieron que poner en libertad. Una libertad que él cuestionó abiertamente en su momento, al igual que cuestionó la puesta en libertad de los de CCOO que salieron de la prisión al poco tiempo. Todo su trabajo al garete. Pero, también gracias a ello Ballesteros había sido destituido y él ocupaba su puesto.

A su pesar, ahora Palomares andaba suelto. El secretario regional del PCE se presentaba como tal en el Ateneo Mercantil o en el Círculo de Bellas Artes, alternando con socialistas, periodistas rojos y artistas co-

munistas. Acudía con total libertad a cualquier cena organizada abiertamente en el Ateneo por la subversión al Régimen. Y podía encontrar a los de CCOO en la avenida del Oeste, entrando y saliendo de la CNS como si fuera suya.

Los tiempos habían cambiado y no los entendía.

Cada vez que entraba por la puerta principal de la Jefatura sentía que perdía una pizca de sí mismo. Él, que no había cruzado esa puerta más que en contadas ocasiones. No era él, el que sentado en la mesa de ese despacho barajaba papeles. Cada vez que había ido a París en misión oficial se había revestido de un yo peculiar, ajeno a su realidad cotidiana. Había representado un personaje misterioso e intrigante. Había protagonizado una dispar aventura cada vez, y asumiendo los riesgos se había sentido vivo reconociéndose enteramente con esa identidad.

Ahora no sabía quién era.

–Buenos días –le sobresaltó el inspector Solsona.

Uhhh. Un gruñido. No se merecía otra cosa.

–Te he llamado –se dirigió a Solsona– porque ayer me llevé un buen rapapolvo de las autoridades. Me llamaron a Gobierno y Sánchez-Malo estaba hecho un energúmeno, como te puedes imaginar. Estaban López Rosat, Báguena, Angulo y varios jefes del Movimiento.

–Era de esperar.

–Y no les pude decir nada. Vaguedades que no engañan a nadie y menos a ellos que no tienen un pelo de tontos.

–Minuesa, no son vaguedades. Tenemos bastantes cosas.

–¡Tenemos una mierda!

–Tenemos más de trescientas fichas de subversivos.

–¡Como si son quinientas! ¡No tenemos a los jefes! No tenemos por dónde empezar. Esas fichas que tu tienes –y remarcó el “tu”– son morralla.

–Minuesa, es que ahora es así. No hay más que morralla.

–No-me-lo-creo.

–¡Pues créetelo!

–No me creo que el comunismo haya cambiado. No me creo que no haya un comité regional, un comité local, un aparato de propaganda, un secretario regional, un secretario local, un responsable de agi-prop. No me creo que los comunistas hayan cambiado su rígida jerarquía por un ¡hala al montón!

El inspector Solsona aguantaba el chaparrón, ahora con la cabeza gacha.

–Mira Minuesa, olvídate del pecé –le dijo levantando la mirada–, están en otra onda, que no te digo que no sea más peligrosa introduciéndose sibilina-mente en los entresijos de las asociaciones en principio inofensivas, pero no andan con botellas incendiarias. Eso es seguro.

–No-me-lo-creo. Están pescando con dos cañas. Con una ponen una cara amable y pescan al incauto, a las personas de buena voluntad, a los tontos útiles,

compañeros de viaje que llegan a creerse que con el comunismo van a tener democracia, igualdad, libertad, etcétera; pero con la otra, preparan la subversión, el incendio, el asesinato y la dictadura comunista que forma parte de su esencia y no hay más que verlos allí donde han conseguido el poder. En Rusia o en China o en los países ocupados de Europa. Fíjate en las matanzas de Indochina. Son comunistas, de cualquier manera. Todos estos de tanta sigla son lo mismo. Detrás está el Partido Comunista Internacional.

El inspector Solsona no pensaba igual pero no podía discutir al respecto. En el fondo no tenía argumentos que defender sin detenidos, sin saber quiénes habían provocado los graves altercados de días pasados. Sin tener ni idea de quién había arrojado las botellas incendiarias.

—Estamos en ello pero carecemos de medios. ¿Qué puedo hacer con tres subinspectores y poco más? Y nosotros no podemos meternos en la universidad. Ten en cuenta que no podemos ir de chavales, que ya nos han descubierto. Te cuento lo que le pasó a Gregorio: en una asamblea, uno cogió el micrófono y lo señaló y dijo que era policía. Bueno, salió de milagro a todo correr. Y los que colaboran con nosotros, lo mismo, aparte de que no son profesionales, los conocen como nosotros conocemos a los rojos.

—Mira, Sánchez—Malo y Báguena siguen con su idea de dar un escarmiento ejemplar y masivo. Insisten en que todos los fichados sean expulsados de la universidad. Sin paliativos: todos a la calle. Dicen que el régimen

no va a costear una escuela de subversión que es en lo que se ha convertido la universidad. Con la complicidad de algunos profesores, que también van a ir a la calle. Me han pedido todas las fichas que tenemos. Yo les dije que ese no es el camino y quiero que vosotros me respaldéis. Ese-no-es-el-camino –dijo con énfasis, remarcando cada sílaba–. Lo que yo les dije es que la subversión está empleando tácticas de guerrilla urbana. Guerrilla urbana de manual. Y eso no se improvisa. Ninguno de los fichados de los que tenemos es capaz de fabricar un cóctel Molo-tov ¡hala, como si tal cosa! y se va a tirarlo por su cuenta a la central del Banesto. No, no nos engañemos. Hay una orden. Hay una célula. Hay un comité que ordena lo que tienen que hacer. Y, ¿qué sabemos de la organización? Nada. No tenemos ni-pu-ta-idea.

–Hombre Minuesa, algo sabemos...

–Pues dímelo.

–Tenemos constancia de varios grupos organizados, que sí, como tú has dicho deben tener un núcleo dirigente, pero la masa se mueve sin orden. De los detenidos del mes de Febrero no sacamos gran cosa. A alguno le pillamos algún panfleto, pero nada más. No detectamos organización, es todo como... espontáneo. Hemos hecho seguimientos de los elementos más destacados que no nos han llevado a ningún sitio. Fuera de la universidad no hacen nada reseñable.

–¿Y del FRAP, qué sabes? Sánchez-Malo me preguntó. Han incendiado un almacén de Pascual Hermanos en Faura. Unos que se hacen llamar... –Minuesa carraspeó y entresacó del montón de papeles un par

de copias de papel carbón– ...Unión Popular del Campo, miembro de la Coordinadora pro-FRAP. La Guardia Civil ha detenido a un par de docenas de niños y han pasado a once de ellos a disposición judicial. ¿Qué cojones es esto?

–Lo que sabemos es que parece que tienen organización en la universidad, donde se llaman la FUDE, pero como te he dicho antes, son grupos espontáneos: son y no son. Tienen núcleos en todas las Facultades y tenemos fichados a dos o tres, viejos conocidos, pero no tenemos claro que sigan consignas superiores. Las octavillas que reparten son rudimentarias, de vietnamita, no parece que tengan aparato. Alguna revistilla hemos pillado, pero las traen de fuera con toda seguridad.

–No sé qué decirte –le atajó el comisario–, yo estaba en París cuando se hizo la reunión del FRAP y no me dio la impresión de que fuera a ningún sitio. Una fantasmada más de Álvarez del Vayo. Unos cuantos exiliados que juegan a la subversión. Como cuando formó el FELN con Márquez. Nada, unos piraos. Creí que no pudieran tener la más mínima intervención, o en todo caso, escasa presencia en España.

–Yo tampoco sé qué decirte. Habría que pedir un informe a la Guardia Civil...

–Que te lo darán el año que viene –le cortó Minuesa.

–Bueno, habrá que saber qué les han sacado a los detenidos de Faura.

–Nada o casi nada, me dijo Sánchez-Malo. Vaguedades, coincide con lo que tú has dicho: un grupo sin

orden ni concierto. Pero te lo repito: hay algo más. Mejor dicho: hay mucho más que un grupito sin ton ni son. El comunismo está detrás de esto. Estoy completamente convencido.

–Si tú lo dices –le apuntó resignado el inspector.

–¿Qué sabemos de los del pecé del año pasado, de Camarasa, Monzón, Gálvez y compañía?

–Desaparecidos. Salieron con fianza y no se deben mover apenas. No se les ha visto en todo este año.

–Pues alguien del pecé tiene que estar moviendo los hilos. Dejaros de perder el tiempo con la morralla y poneros a vigilar las veinticuatro horas del día si hace falta a los “viejos conocidos”. Mira este es el organigrama del PCE del 64 –dijo el comisario desplegando una vieja cartulina–. Fíjate en la pirámide: comité regional en el vértice, con un secretario político, un secretario de organización, un secretario de agitación y propaganda y un responsable de finanzas; de éste, parten tres triángulos con idéntica composición, los comités provinciales, y de éstos, los correspondientes a los comités comarcales y locales. El aparato de propaganda cae fuera de la pirámide, como puedes ver, porque es responsabilidad exclusiva del comité regional, incluso puede que sólo haya una persona que sepa dónde se encuentra, que debe ser el secretario de propaganda. Este esquema es universal para todo el comunismo. Como en la Iglesia Católica todo obedece a una jerarquía inamovible. Cópialo y deja en blanco los nombres. Los iremos completando conforme avancemos en la investigación.

Septiembre de 1972

*Mateu*

Lina empleó el tiempo en sus estudios, desconectada del movimiento. Sumergida en el influjo del temor a la represión tras su experiencia en el desafortunado salto de l'Aplec y en el deber del compromiso con su padre en los resultados de su carrera recién emprendida, centró sus esfuerzos en los exámenes de Junio y Septiembre. Apenas hizo aparición por el piso de su amiga, que por otra parte pasó el verano entre su casa de familia en Santander y un viaje en auto-stop hasta Italia. No había vuelto a ver a Mateu, aunque pensaba a menudo en él. Recordándole de monaguillo en el altar mayor de la Iglesia de San Esteban una risa acudía entre la estadística y el cálculo matemático.

En ella pesaba la contradicción de integrarse plenamente a la lucha contra la dictadura y el daño que sus consecuencias podían causar en la esperanza de sus padres, que fiaban en ella la ilusión de una carrera, para lo que empleaban sacrificios y privaciones.

Pero la lucha universitaria era imparable. La lista de estudiantes fichados por la Brigada Político Social fue presentada a la Junta de Gobierno de la Universi-

dad de Valencia a primeros de Septiembre para que procedieran a su expulsión masiva pero fue rechazada por ésta:

“La Junta de Gobierno de la Universidad de Valencia, convocada a tal efecto por el Rector, ha estudiado con todo detenimiento este asunto en reunión celebrada el día 4 de septiembre, y juzga por unanimidad que los informes policiales acerca de algunos alumnos de esta Universidad, no constituyen en modo alguno una prueba pertinente ni suficiente para demostrar que dichos alumnos han infringido o infringen la disciplina académica –cuestión ésta que es la única sobre la que en este asunto pueden intervenir las autoridades académicas–, y, en consecuencia, tampoco constituyen una prueba adecuada para privar a dichos alumnos del derecho a la enseñanza reconocido en las Leyes Fundamentales del Estado y en la Ley General de Educación...”.

La Junta dimitió en pleno y fue nombrado rector Báuena en el marco de una promoción generalizada de los fieles adictos al franquismo.

Mateu, desde el último incidente, cuando dos sociales cayeron sobre ellos de improviso, sin haberlos apercibido, en la Plaza de la Virgen, andaba con suma cautela. En ese instante, él tuvo la habilidad de escabullirse de entre sus brazos abiertos, al tiempo que se deshacía de los botes de spray con los que iban a realizar la acción programada: llenar la fachada de la Casa Norteamericana en la contigua Plaza de Manises

con el “Yanquis Fuera” y el “Abajo la dictadura yanqui-franquista”.

–¿Cómo podían haber estado los policías en el lugar preciso? –se preguntaba.

–Casualidad –fue la respuesta unánime de sus camaradas.

Pero él andaba con resquemor. No guardaba ya ningún material en su habitación y lo único que llevaba encima era el papelito minúsculo en que apuntaba las citas, los extractos del orden del día y alguna orientación remarcable. Salvo hoy, que llevaba en el bolsillo de su americana, una chaqueta cruzada de color marrón claro con cuadros verdes, un fino papel de calco mecanografiado con la reciente acta de la reunión del Comité Ejecutivo del PCE(m-l), documento que debían discutir en la inminente reunión de partido.

Botí le había pasado la cita para la reunión: calle Alboraiá, número 46, con el diario Levante visible en la mano. Alguien se le acercaría y le preguntaría:

–¿La estacioneta?

Y él debería responder:

–En Manises.

La reunión, por lo que le había adelantado Botí, iba a ser importante y solo para responsables de célula, por lo que tendría lugar en un piso cedido por simpatizantes y no en el habitual entresuelo de cualquier cafetería.

Por ello, por la importancia de ésta, iba cauteloso.

En realidad, un poco atemorizado, con una sensación de vacío en su estómago. Y gracias a su prevención, al cruzar el Puente de Madera, precisamente elegido por él en tanto que era peatonal, a su espalda en la longitud de la pasarela vio claramente a los dos que le seguían. Los dos sociales que los persiguieron hasta la Iglesia de San Esteban, de los que nunca olvidaría sus caras.

El vacío en su estómago parecía ahora querer salir por su garganta y las piernas se le aflojaron hasta el punto de tener que sujetarse en la endeble barandilla de la pasarela que cruzaba el río Turia desde Serranos hasta la Estación Valenciana.

Su mente quedó en blanco, incapaz de articular pensamiento alguno.

—¡Estoy jodido! —se escuchó decir.

Y le salvaron sus propias palabras. ¡Los documentos que llevaba en el bolsillo de la americana! Fue su primer pensamiento lúcido. No me los pueden encontrar. ¿Correr?

—¡No! —se contestó en voz alta.

La estacioneta del Puente de Madera quedaba a dos pasos. Se apresuró, dispuesto a tomar el primer trenet que tuviera salida, escabulléndose entre el gentío que llenaba la placeta de la estación. Entró en ella con paso rápido, y sin hacer la cola de las taquillas entró en los andenes.

Sin billete, corrió tras el tren que comenzaba su lento arranque, tan lento que lo pillaron tanto él como los dos policías que iniciaron su persecución.

Los viejos vagones repintados de verde parecían querer salirse de la vía al tomar la curva de los talleres, encajonados entre los patios traseros de las casas de la Morería dels Almenarch, y Mateu pensó en saltar allí mismo. Pero ¿adónde iba? Esperó junto a la puerta del vagón hasta las primeras huertas de Marchalenes y saltó. En realidad se bajó del tren acompasando su paso a la lentitud de éste. Corrió entre los campos sembrados de huerta y se deshizo de los comprometidos papeles en la primera acequia que se cruzó en su carrera. Los sociales que le seguían contemplaron su huida repechados en la puerta del vagón sin hacer movimiento alguno.

Mateu corrió hasta salir a la avenida de Ramiro Ledesma donde pausó su paso y trató de poner orden a sus ideas, con la seguridad de haber despistado a sus seguidores. ¿Desde dónde le habrían seguido? –fue su primera pregunta–. No podía ser casual, no podía haber sucedido un encuentro fortuito. Repasó sus pasos y llegó a la conclusión de que lo habrían seguido desde el Colegio Mayor donde residía. Por tanto, lo debían tener fichado, con nombre y apellidos. No podía ser de otra manera.

Pero, ¿y a los otros? –Se pregunta Mateu– ¿Los habrían seguido también?

Su instinto le conduce a la huida. Piensa en desaparecer, huir. Abandonar la ciudad y refugiarse en el pueblo, donde estará seguro, arropado, oculto.

Luego, recapacitó con más calma: esperaría hasta su cita de paso. Al igual que toda la militancia, él tenía

una cita de paso, un lugar de paso obligado a una determinada hora, donde su responsable y solo él podría encontrarle. Siempre había considerado la cita diaria una tontería, en cuanto que su responsable, Botí, residía en su misma residencia, pero ahora la consideró un acierto. Su cita era a las nueve de la noche en el tramo de la avenida de Onésimo Redondo entre Alcañíz y Felipe Rinaldi, en el barrio de Torrefiel.

–Ahora no es el momento de marcharte –le dijo Botí, tras escuchar su relato del seguimiento– a mí también me siguen de cuando en cuando y sabes lo que te digo: lo mejor es no hacer nada, dejarte seguir sin acudir a ninguna cita. Y, por supuesto ir siempre limpio y tener la habitación limpia.

–Pero, no sé –contestó Mateu cabizbajo– me entraron hasta temblores, llevaba el Informe del Ejecutivo encima e ¡imagina la que nos cae encima si no me hubiera dado cuenta y llegan a descubrir la reunión!

–Ahora no puedes marcharte, no puedes flaquear. Tú precisamente, no puedes mostrar debilidad –le dijo Botí, remarcando el “tú”–, ¿has estudiado el Informe?

–No... un poco por encima –le contestó Mateu.

–El Pe nos pide un esfuerzo dada la coyuntura actual. El imperialismo yanqui está bombardeando brutalmente Hanoi. Está causando una masacre, un exterminio planificado del pueblo vietnamita. Están usando bombas químicas contra la población. Hay que dar una respuesta. Para nosotros el imperialismo yanqui sigue siendo el enemigo principal, el que sustenta

la dictadura franquista. El enemigo de todos los pueblos del mundo.

–Pero, Nixon ha estado en China y lo ha recibido el camarada Mao. No lo puedo entender.

–Hay contradicciones en el Partido Comunista Chino –le respondió Botí–, la contradicción es la base de la dialéctica y en su resolución está el avance de la historia. No podemos estar de acuerdo con ciertas teorías chinas que señalan al social-imperialismo ruso como el enemigo principal. Viene en el Informe del Ejecutivo. Tienes que estudiártelo.

–Lo haré... pero, ahora, ¿qué hago? –le preguntó Mateu.

–No vuelvas por la residencia. Nadie lo verá extraño hasta que no comience el curso. Pero tienes que quedarte en Valencia, sin frenar tu actividad. Busca un piso donde meterte, ¿conoces a las chicas de la FUDE de Económicas?

–Sí claro. Estamos en contacto en la Facultad.

–Una de ellas vive en un piso de estudiantes, mira a ver si puedes meterte allí –le recomendó Botí–. En cuanto a la lucha contra el imperialismo yanqui, hay que preparar varias acciones de respuesta, acciones de envergadura, lo antes posible. Hay un camarada de Económicas que conoce un sitio donde él dice que guardan cartuchos de trilita. Hay que ir a por ellos. ¿Qué dices?

Em sembla molt bé –dijo Mateu.

–Prepárate que hay que bajarse en la próxima –dijo Magre a Mateu, bajando aun más el tono de su voz, ya débil de natural.

El tren que habían tomado en la estación de cercanías de Villanueva de Castellón, atravesaba desde hacía una decena de kilómetros inmensos naranjales, sin más construcciones en su entorno que las escasas casetas del motor de riego, encubiertas por la frondosidad de los naranjos. El recorrido, cercano a las estribaciones montañosas elevaba su cota y, a la vez que los naranjos, todavía con débiles frutos, podían contemplar a tramos la Albufera y tras ella una franja de un mar azul intenso. A sus pies se extendían los huertos de naranjos hasta el límite de los arrozales que circundaban la laguna.

Mateu llenaba sus pulmones con el embriagador perfume de los naranjales y por instantes olfateaba el salitre del mar cercano. El viaje, el compañero a su lado seguro de sí, de modos suaves, los perfumes y la monumental perspectiva que contemplaba habían calmado la ansiedad que desde hacía unos días se había apoderado de su ser. Relajado, acogió la inminente acción con entusiasmo. Se vio con los cartuchos de trilita en la mano, deseoso de hacer saltar por los aires el Instituto de Estudios Norteamericanos, centro encubierto de las actividades de la CIA.

Terminaron su trayecto en el apeadero de la Fuente del Almaguer, una estación aislada, de nueva planta, entre los pueblos de Benifaio y Alfarp y se encontraron

frente a pequeño bloque de casitas adosadas, catorce contaron, rodeadas de naranjos.

–¿Este es el poblado minero? –preguntó Mateu, que no había imaginado tal panorama.

–No, no, –contestó su compañero–. Esta es una urbanización de veraneantes y ahora aquí no hay nadie. El poblado queda a unos dos kilómetros, en dirección a Alfarp. Tenemos tiempo de sobra, hasta las seis por lo menos que es cuando terminan de trabajar los mineros.

Mateu había imaginado unas minas, tal como las recordaba de Asturias, donde el carbón y las destartadas instalaciones se extendían contagiando el entorno de los valles. Aquí, tenía ante sí huertos de naranjos, una estación moderna y una fila de casitas sencillas sobrepuestas a la clara línea del mar que ahora se podía contemplar llenando todo el horizonte.

Salieron a la carretera, a unos escasos metros y emprendieron el camino hacia la Fuente del Almaguer. Conforme el camino ascendía, bordeando las estribaciones de la sierra Falaguera, el paisaje tomaba la forma propia del secano. Los naranjos iban perdiendo frondosidad y dieron paso a cultivos de cacahuets y pronto los algarrobos, olivos y viñas ocuparon el paisaje cercano con la sierra descarnada en su fondo.

Apenas habían hablado en el vagón del tren, aunque Mateu ansiaba conocer los detalles de la acción y ahora, en la soledad del camino aprovechó para preguntar:

–¿Qué tenemos que hacer?

-Tenemos que abrir una caseta que está al pie de la cantera y donde guardan los cartuchos de dinamita  
-le contesto Magre, su acompañante.

-¿Dinamita? ¿No era trilita?

-Bueno, es casi lo mismo. Yo he oído decir que gastan dinamita para excavar la cantera. Nunca he visto los cartuchos. De pequeños veníamos a jugar en las canteras y solíamos encontrar detonadores sin explotar, pero nunca un cartucho.

-Bueno, conoces el sitio.

-Sí claro. He venido muchas veces.

Magre tenía una buena altura y era grandón, con cara de buena persona y unos ojillos listos que a veces entornaba con malicia.

Se sobresaltó de pronto y con media boca le dijo a Mateu:

-Sigue andando como si nada.

Dos guardias civiles estaban al borde de la carretera cincuenta metros delante de ellos.

Les dieron el alto. El guardia más joven se les acercó mientras el otro guardia de mayor edad permaneció unos metros retrasado.

-¿Qué hacen por aquí? -les preguntó el civil.

-Mis padres tienen un chalet en Llombai. Es que hemos perdido el autobús y vinimos con el tren. Nos hemos bajado en el apeadero...

No había acabado Magre de dar explicaciones cuando sonó la explosión, haciendo temblar la tierra a sus pies. Una... dos... y tres explosiones consecutivas.

El guardia les hizo un gesto con la mano para que continuasen. Sigan, sigan.

El valle se estrechaba conforme avanzaban hacia el oeste y antes de adentrarse en la sierra se desviaron al poblado de la Fuente del Almaguer. Una sola calle embarrada sobre la que se alineaban dos filas de casitas de una sola planta, humildes, algunas techadas con una simple placa de uralita. Encontraron la fuente en la entrada, a la izquierda, tomaron agua y llenaron sus cantimploras.

–Hay que esperar que se vayan los civiles. Siempre vienen cuando hay explosiones. No pueden hacerlas sin comunicarlo a la Guardia Civil.

–¿No verán raro que hayamos entrado en el poblado?

–No creo. Ya deben haberse ido.

Los primeros grupos de trabajadores comenzaron a llegar y ellos continuaron su camino hacia Alfarp. Cuando Magre lo consideró, dejaron la carretera y entraron en un campo de algarrobos, abancalado en una estrecha torrentera que bajaba de lo alto de la sierra. La tierra estaba recién arada, seca y pedregosa y tomaron asiento en el muro del fondo que cerraba la parcela.

–Hay que esperar un rato. La cantera está aquí mismo, detrás de la montaña.

Aburridos, Magre daba con un palo a las piedras del suelo, lanzándolas hacia el monte.

–¡Ya sé de qué te conozco! –soltó de pronto Mateu.

Magre se paró asombrado.

–Siempre me ha sonado tu cara, pero, ahora al verte con el stick te he reconocido jugando al hockey en el patio de agustinos.

–¡Joder! Sí que es verdad –reconoció Magre.

–En un partido. Tú eras de agustinos. ¡Qué campo tan fardón teníais!

–Y tú, ¿de dónde eras?

–De jesuitas.

–¿Del colegio de la Gran Vía?

–No, no. De las Escuelas Profesionales –le aclaró Mateu.

–¡Buenas canteras! Bueno, los de jesuitas más de la ORT y agustinos más del FRAP. De hecho más de la mitad de la FUDE son de agustinos.

–Vinga, vinga, hi ha de tot –le dijo Mateu.

–¡Vinga, anem camarada! –dijo Magre, levantándose y dándole una palmada en el hombro– Ya debe estar la cantera vacía.

Subieron por la torrentera hasta la cima de la colina para encontrarse al borde del precipicio que había formado la cantera en la montaña horadada. La descarnada tierra era blanca, polvorienta, cantera de yesos, y comenzaron a descender por las sendas que pegadas a sus paredes utilizaban los mineros en sus extracciones. La cantera formaba un semicírculo en su base y, fuera de ella, rodeadas por una cerca de madera y alambre se encontraron con varias casetas adosadas.

Saltaron la valla y se dirigieron a la única de éstas que estaba cerrada mediante una cadena con candado.

Magre, de su mochila sacó una palanca y entre los dos, empujando con el cuerpo, arrancaron las bisagras de la puerta de madera y entraron en el interior de la caseta.

No había nada. Un suelo de cemento vacío.

Entraron en la caseta contigua, abierta, que servía de vestuario, donde varias cajas de naranjas componían un banco y en su fondo las taquillas abiertas con algunas ropas sucias y restos de comida. Rebuscaron en ellas hasta que, en la fila baja, en una taquilla entornada encontraron cuatro cartuchos envueltos en papel de periódico.

–¡Hostia! ¡Ya los tenemos! –saltó de alegría Mateu..

–De casualidad. Los deben haber dejado para usarlos mañana. O, igual alguien pensaba en llevárselos... pero, no nos sirven de nada sin detonador.

–¿Por qué? Con una mecha ¿no podrían valer?

–No, no explotarían –le aclaró Magre–. Es necesaria una primera explosión en su interior para conseguir la deflagración. Tendremos que encontrar detonadores.

Rebuscaron por las taquillas sin encontrar nada.

–Hay que buscarlos por la cantera. Volveremos a subir muy despacio, fijándonos en las perforaciones. Hay pequeños taladros en la piedra donde colocan las cargas y podemos encontrar cargas ya preparadas o que no han explotado. También es posible encontrarlos por el suelo si vamos fijándonos. Son cilindritos

de metal reluciente, como de níquel. Yo he encontrado muchas veces.

Tuvieron que dejarlo ya oscurecido. Encontraron un solo detonador con una escasa mecha fallida en el interior de una de las muchas perforaciones que revisaron, y que, según instruyó Magre a Mateu, no les serviría de nada pues la mecha era demasiado corta y la dinamita les explotaría en las manos.

Mateu se había instalado en casa de Esther, “provisionalmente” y por razones de “seguridad”. Él no quiso ocultarle sus motivos y a ella no le importaban sus razones. Había sitio suficiente en el piso, al menos hasta el inicio del curso.

No se resignaba al fracaso de su expedición a las canteras de la Fuente del Almaguer y había experimentado limar con sumo cuidado una pequeña bombilla de linterna de petaca, y al segundo intento consiguió introducir en su interior una buena cantidad de pólvora que al conectar la pila de 4,5 voltios se prendió.

El mecanismo de accionamiento retardado lo había visto cientos de veces en las películas: un reloj con las manecillas conectadas al cable que daría contacto a la bombilla y la pólvora de ésta a su vez encendería la mecha del detonador.

Estuvo un par de días encerrado en su cuarto hasta lograr su propósito. El reloj y la bombilla funcionaban a la perfección. La casa, sin embargo olía a pólvora toda ella.

–¡Nano parece esto la mascletá! –le dijo Esther riendo, al salir él de su cuarto.

Lina y el más joven de los de Económicas estaban recostados en el sofá tapizado de skay y Mateu se alegró de verla.

Se rieron, recordándose en la iglesia y tuvieron que contarle:

–¡Y yo me tuve que tragar tres rosarios y mil crucifixiones! Mirad –dijo Lina persignándose–. Per signum Sanctae Crucis de inimicis nostris libera nos, Domine Deus noster...

–Y desapareciste. No te he vuelto a ver desde entonces –le dijo Mateu.

–Ha estado empollando –intervino Esther–. Nanos, se ha sacado todo el primero.

–Pues enhorabuena. Pero, y ahora ¿vas a incorporarte a la lucha de nuevo? –preguntó Mateu.

Lina le miró a los ojos y contestó tras unos segundos:

–Sí, la verdad es que quiero estar, pero con más conocimiento, quiero decir con mejor base ideológica.

–Lo has expresado claramente. Sin la filosofía la acción es ciega –dijo Mateu- ¿Habéis leído *“El imperia- lismo fase superior del capitalismo”* de Lenin?

–No –dijeron los tres.

–Yo he leído bastante de Marx y de Engels –dijo el joven de Económicas.

–Yo, alguna cosa –dijo Lina.

–Os he nombrado esa obra de Lenin porque es de

completa actualidad. Es de nuestro tiempo. Vivimos en la fase imperialista del capital, no hay más que ver la intervención del imperialismo yanqui en nuestro país, no solo en el plano de dominación económica, sino también militar e ideológica. Os lo paso, tenéis que estudiarlo.

–Y, ¿qué hay de unas acciones contra los yanquis? –Preguntó el joven de Económicas–. Me han pasado unas citas para acciones contra la intervención imperialista en Vietnam, como protesta a los bombardeos de Hanói.

–Sí, yo también he oído algo –dijo Esther–. Es que es bestial lo de Vietnam. Algo hay que hacer.

–Mateu, ¿qué piensas de la consigna: “Crear un, dos, tres...infinitos Vietnam”? –preguntó Lina.

–En eso estamos. La guerra popular no es solo una consigna del FRAP, es la síntesis de sus seis puntos programáticos. ¿Los tenéis no?

–Claro, ahora verás –dijo Esther al levantarse y salir del salón.

Esther regresó al instante con una caja de cartón en sus brazos:

–Mirad qué colección, tengo de todos los partidos.

La caja estaba repleta de octavillas y rudimentarios folletos, la mayoría de ellos impresos con vietnamita o ciclostil, a una sola tinta y pocos con imprenta.

–Bueno, Mateu, no nos has contestado sobre las acciones contra los yanquis.

–Sí, se preparan acciones y hay que acudir. Pero yo

no os puedo dar las citas –dijo Mateu, dejando en el aire un cierto misterio–. A cada cual le llegará la convocatoria por su organización.

–¿Tú no eres de la FUDE? –le preguntó Lina.

–En tanto que estudiante soy de la FUDE, como nacionalista estoy en la dirección de la Nova Germania y como comunista milito en el PCE(m-l).

Mateu habló mucho, aprovechó que su auditorio tenía ganas de escucharle. Hubo una coincidencia de intereses. A Mateu le gustaba sentirse escuchado, poder demostrar su superioridad intelectual, su preparación política. No en vano había dedicado un sinfín de horas recluido en su habitación estudiando a los clásicos marxistas. Lina le escuchaba con atención, verdaderamente interesada, al igual que el joven de Económicas, mas Esther pronto se casó de no entender gran cosa y aprovechando una pausa mandó pedir unas cervezas:

–¿Porqué no vais por unas birras al bar de enfrente? –dejó caer, al tiempo que le hizo un gesto con la cabeza a Lina para que se fuera con Mateu.

Sabía que a Lina le gustaba Mateu y presentía que el gusto era mutuo.

El inspector Solsona acababa de entrar en el bar Tadeo, un estrecho cuchitril que apenas daba paso a una persona entre la barra y las tres mesas que sobresalían pegadas a la pared. Tadeo, el dueño del bar, era un excombatiente cincuentón, impedido de una pierna que solía pasarle información de los movimientos del

barrio, de cuando en cuando, por afición al régimen y sin pedir nada a cambio. Solsona le había mandado que estuviera atento al portal 18, en la acera de enfrente y a la vista de su despacho tras la barra.

–Nada, no he visto nada –le estaba diciendo Tadeo–; a la morenita que ya te dije, que viene a menudo pero nada más. La cosa está muerta por ahora.

Solsona apuró el carajillo de un trago y estaba dispuesto a marcharse cuando se quedó petrificado al ver cruzar la calle a Mateu y a la morenita.

Saltó de su banqueta y salió enfilado hacia el pequeño servicio al fondo, cerró la puerta y respirando profundamente trató de prestar atención a los ruidos del bar. Cayó en la cuenta que no llevaba ni la fusca.

–Nos pone cuatro tercios bien fríos, para llevar –oyó decir a la mujer.

–Me traéis los cascos –oyó que decía Tadeo, en voz bien alta para que él le oyera.

Solsona esperó que se marcharan. Estaba ya convencido que no habían entrado a por él, pero pensó que era mejor que no se quedaran con su cara. No sabía hasta qué punto podrían relacionarle e irse al traste la vigilancia del piso. Había seguido un par de veces a Mateu y lo reconoció al instante. A la morena no la conocía, tan solo había oído hablar de ella, pero no le cupo duda que era la del grupito de Económicas.

Cuando Lina y Mateu volvieron al piso, Esther y el joven de Económicas habían desaparecido. Ellos se sentaron en el tresillo y abrieron sus cervezas. Les lle-

gaban susurros y la risa aguda de Esther desde su alcoba que pronto se convirtió en gritos.

–Ven, vamos a mi cuarto. Estaremos más tranquilos –dijo Mateu a Lina mientras se levantaba y le ofrecía su mano para que la acompañara.

Su cuarto estaba descuidado, la cama sin hacer y la ropa sucia se amontonaba sobre gran parte de los enseres. Sobre su mesa de estudio Lina reparó en el artefacto que estaba construyendo: el despertador, al que faltaba el cristal, con las manecillas conectadas por medio de unos cablecillos a una pila de petaca y a la bombilla manipulada. Era evidente que era una bomba, ella también había visto películas.

–¿Y esto? ¿Es para los yanquis?

Mateu ni se acordaba de cómo había dejado el cuarto. El punto que le había dado la cerveza, los gemidos de los otros y lo que le gustaba Lina le conducían inevitablemente a la acción amorosa.

Se encogió de hombros, en un gesto desentendido. A Lina tampoco en ese momento le importo estar rodeada de cien bombas.

–¿Quieres que nos acostemos? –le preguntó Mateu.

–Bueno.

Se sentaron en la cama con la espalda reclinada contra la pared. Mateu apuró la botella de cerveza y besó los labios de Lina. Ella tenía los labios gruesos, una boca bien formada, bonita.

–¿Nos desnudamos? –invitó Mateu.

Se quitaron entre risas los jerséis quedando con los

torsos desnudos. Lina tenía los pechos redondos, proporcionados a la menudencia de su cuerpo. Terminaban sus senos en sendos vértices con areolas abultadas, como si de una púber se tratara, de colores rosa y marrón. Mateu también era de piel muy blanca pero muy velludo, con pelo castaño rizado en el pecho, sobre los hombros y en la espalda.

Mateu pasó su dedo corazón por los pechos de Lina, encontrando una piel suave y una carne firme. Le rodeó un pezón con su yema. Éste se erizó, sobresaltando la areola que lo rodeaba y ambos se rieron.

—¿Te gusta? Tienes el pezón grande y se ha puesto como tieso.

Lina observaba sus roces sonriéndole, asintiendo con gusto.

Mateu se levantó de la cama y acabó por desnudarse vuelto de espaldas a ella. Lina, sin dejar su respaldo en la cama se desnudó, ante su propia incomprensión de dejar su cuerpo completamente desnudo a la vista ajena. Ella que sentía vergüenza de mostrarse en bikini en la playa. Corría hasta el agua avergonzada, para salir y recostarse en la arena pensando que todo el mundo la observaba. Ahora no sentía vergüenza, incluso se encontraba excitada de estar desnuda sin sentir reparos. Era una morena de piel pálida y su cuerpo menudo y delicado aparentaba la fragilidad ósea de una adolescente de menor edad que sus dieciocho años y era una perfección a escala reducida. Sus muslos, recostados sobre la cama, aparecían henchidos, como sus nalgas y sus caderas.

Para cuando él se volvió desnudo, ella continuaba recostada contra la pared con las piernas muy juntas ocultando su sexo, sin poder impedir mostrar su vello púbico largo y lacio, azabache como su cabello. A Mateu le colgaba el suyo, en leve erección y Lina no reprimió una suave carcajada. Mateu también rió.

–¿Lo has hecho alguna vez? –preguntó Mateu.

–No del todo.

–¿Quieres que nos toquemos antes?

–Sí, lo prefiero.

En la pequeña cama apenas cabían los dos, uno al lado del otro. Lina se sentía a gusto. Era una sensación agradable sentir las manos de Mateu entre las piernas, aunque él no acertara a producirle el placer que ella misma se procuraba en soledad. Era diferente, no hubiera sabido explicarlo bien, más placentero por el conjunto de los sentidos que intervenían pero de relativa menor intensidad.

Se relajaron bien entrada la noche.

Lina se levantó de la cama y se acercó a la mesa, tomando con sus manos el reloj.

–¿Qué es lo que construyes, todo esto, qué es? Es una bomba, ¿eh!

–Es lo que ves. No puedo decirte más y es mejor que no sepas más.

–Venga, es evidente. ¿Vas a poner una bomba?

–Puede ser –contestó Mateu, con aires de suficiencia.

–Yo quiero ir contigo.

–Ni lo sueñes. Nos debemos a la disciplina del partido. Irá quien tenga que ir, quien mande el partido.

–Estamos hablando de las acciones contra los yanquis, ¿qué más da que vaya a una que a otra?

–No es lo mismo. Esta acción es demasiado arriesgada, es para un comando fogueado.

–Seguro que me encuentras un lugar en el comando. Dando aviso, vigilando. De porteadora. Puedo ser porteadora.

–No sabes lo que dices. ¡Estás de bromas!

–No. Ahora en serio, quisiera participar.

–Bueno, lo consultaré.

Desde la buhardilla del palacio de los Boil, marqueses de la Scala y señores de Manises y asomados con discreción a la andana de arquillos de la fachada, podían vigilar toda la plaza de Manises y sobre todo la casa de los Vailler, el palacete a su izquierda donde estaba ubicada la Casa de Norteamérica.

Lina había insistido tanto en participar en la acción que la habían encontrado una función: estaría con Seguí, simulando ser una parejita en un oscuro callejón, el del Convento de la Puridad, a la izquierda del palacio de Vailler, con la misión de impedir el paso a cualquier persona momentos antes de la explosión, para evitar daños colaterales. Mateu y Magre harían lo mismo en el callejón de la Baylia una vez que hubieran

puesto en marcha el mecanismo de relojería de la bomba.

Mientras tanto, esperaban desde media tarde escondidos en la cambra de Lo Rat Penat, una asociación de carácter regionalista permeabilizada por los nacionalistas de izquierda, de la que Mateu se había hecho con la llave. El piso donde se encontraban, al que habían accedido por una escalera milagrosa, escalonada de maderas semicarcomidas, era el antiguo granero de una casona señorial, en estado de abandono. Los tablones de madera del piso, agrietados y sobresalidos, crujían a cada paso que daban y se chistaban entre ellos para no moverse. Nadie debería saber que estaban allá arriba. Quietos, recostados en el suelo se entretenían contando los cabios que articulaban la cubierta, descansados sobre un inmenso puente de cumbrera apuntado por cerchas y atacados todos por la carcoma.

Entrada la noche, sobre las diez, dejaron de oír ruidos procedentes del edificio, donde en el primer piso ocupaban algunas salas los de Lo Rat Penat. Un sólido portazo de la puerta de la calle y el posterior silencio les confirmó que estaban solos.

Todavía les quedaba una buena espera, hasta la madrugada, pero ya pudieron levantarse y con cuidado observaron por las ventanas.

Por la plaza todavía había tránsito y en la Casa de Norteamérica luces en casi todas las ventanas. El Palau de la Generalitat frente a ellos estaba completamente a oscuras.

–No hi ha ningú, fa més de dos-cents anys que no hi ha ningú, des que vam perdre els furs –dijo Mateu en voz baja señalando al Palau–. El cor de la nostra història cau de vell, trist i abandonat.

–El seu lloc ho ocupa el “Homenaje a la Raza Española” –continuó Seguí, señalando al pequeño jardincillo en el centro de la plaza y sobre el que se yergue, en una columna dórica expoliada del antiguo Hospital General, una pequeña escultura en bronce de Paco Pizarro, el exterminador extremeño, que señalaba altivo la sede nacionalista.

–No tenemos gobierno pero “raza española” que no falte –sentenció Magre.

–Bueno, a lo nuestro. Hay que montar la bomba –cortó Mateu.

–¿Tú crees que funcionará? –preguntó Magre.

–Creo que sí. Pero hasta que no pete no sabremos –contestó Mateu.

Abrieron los macutos y expusieron sobre el suelo lo que llevaban: los cuatro cartuchos, el detonador y el artefacto de relojería que había confeccionado Mateu.

–He probado varias veces el reloj y funciona de maravilla: ponemos un tiempo de quince minutos y al juntarse las manillas se enciende la pólvora de la bombilla; esta prenderá la mecha del detonador y el cartucho de trilita.

---

<sup>12</sup> No hay nadie, hace más de doscientos años que no hay nadie, desde que perdimos los fueros. El corazón de nuestra historia se cae de viejo, triste y abandonado.

–¿Quince minutos? ¿No es mucho? –preguntó Magre.

–Es demasiado, sí. Para estar en la calle esperando que no pase nadie, se nos harán eternos –dijo Seguí.

–Sí, es mucho. Pero es más seguro para el que manipule el reloj. Si por una de esas se tocan las manillas, saltará por los aires –dijo Mateu.

–¿Cuántos cartuchos ponemos?

–Yo pondría uno.

–No pasa nada por poner más, aunque solo tengamos un detonador –dijo Magre– Si explota uno, contagia a los demás.

–Si el pedo que pega un solo cartucho es el que oímos el otro día en la cantera, yo creo que con uno sobra. No vamos a volar el edificio, el objetivo es mandar a tomar por culo las oficinas yanquis –concluyó Mateu.

–Vamos a dejarlo todo montado, a falta de la pila, que la pondremos en el último momento, en la puerta de la casa.

Esperaron toda la noche, atentos a los movimientos de la calle. A su derecha había un edificio de vecinos y el sereno, avisado por las palmas de un vecino, acudió para abrir la puerta antes de las doce. El resto de las edificaciones de la plaza eran caserones antiguos, sin habitantes. Poco antes de las cinco comenzaron a bajar con cuidado la escalera, que crujía a cada paso, como si fuera a desmantelarse. Del inmenso por-

tón exterior Mateu abrió una pequeña puerta, asomándose a la calle y con su gesto salieron todos.

Seguí y Lina, caminaron a su izquierda entrando en el pequeño callejón del Convento de la Puridad y aguardaron en su esquina, observando a Mateu y a Magre. Los vieron manipular el macuto junto al portón de la Casa de Norteamérica, dejarlo en el suelo y salir ligeros en dirección contraria a la suya.

Los cuatro permanecieron apostados a ambos lados de la fachada de la Casa de los Vailler esperando el momento, atentos a la llegada de alguna persona que pudiera cruzar la plaza. Quince eternos minutos.

El tiempo pasó y no se produjo explosión alguna.

–¡No te asomes, tío! –le decía Magre a Mateu al adivinar su intención de acercarse a mirar desde la esquina.

–¡Puede ser el reloj que va mal!

El olor a pólvora que impregnaba el ambiente no ofrecía dudas de que el reloj había hecho explotar la bombilla.

Mateu se dirigió acelerado hacia el macuto, lo abrió y comprobó que la mecha no había prendido. El detonador y el cartucho estaban intactos. Magre lo observaba con precaución con la cabeza asomada desde la esquina.

–¡Ha fallado!

–¿Y, qué hacemos?

Mateu recogió el macuto y saltando la valla metálica que rodeaba el “Homenaje a la Raza” comenzó a

tirar piedras contra las ventanas de la Casa de Norteamérica al tiempo que gritaba con toda la fuerza de sus pulmones:

–Fills de puta! Ianquis fills de puta!

El resto se unió a él y por unos instantes parecieron ser los dueños de la ciudad de Valencia.

–¿Has visto la prensa? –preguntó Lina.

–Sí bueno, lo de siempre –contestó Mateu.

VALENCIA: ATENTADOS  
CONTRA DIVERSAS EMPRESAS  
NORTE-AMERICANAS

Valencia, 26. — Diversos artefactos fueron arrojados a última hora de la tarde de hoy ante algunos locales relacionados con los Estados Unidos. Tres de ellos lo fueron contra las oficinas de la empresa «Standard Eléctrica», y otros dos ante la firma «Air-well». También fueron lanzadas piedras contra el Instituto de Estudios Norteamericanos. Hasta el momento no se han practicado detenciones. — Cifra.

–Hay algo que debo preguntarte, ya sé que está por medio el rollo clandestino y eso, pero lo pregunto porque hay algo que no entiendo...

–Venga pregunta –dijo Mateu, estirándose sobre el colchón.

–Es sobre Magre, estoy cansada de verle por Económicas, es estudiante de la Facultad, pero nunca le he visto en asambleas o en reuniones, ni siquiera por el

bar de Filosofía... Al verlo ayer, bueno no dije nada pero me resultó extraño, tan comprometido en la acción y no hace nada en la Facultad.

–Magre es del partido y milita en otra organización, fuera de la Universidad.

–¿Del partido? ¿Y cuál es la diferencia? ¿No es del FRAP?

–Bueno... hay un mayor nivel de compromiso, pero sobre todo es someterse a una férrea disciplina que contemplan los estatutos y seguir unas estrictas normas de clandestinidad. Mira este librito –Mateu se levantó de la cama y rebuscó en una de las varias cajas de cartón que había debajo de su mesa de estudio–. ¡Qué gracia tiene! Son las Novelas Ejemplares de Cervantes. Échale un vistazo...

El librito, tamaño octavilla, efectivamente en su portada imitaba un facsímil de las Novelas Ejemplares, pero su contenido era bien distinto: eran las instrucciones para el funcionamiento de la organización clandestina, detalladas en unas cuarenta páginas.

–Yo –continuó Mateu– desarrollo mi militancia en organizaciones de masas, pero hay camaradas que el partido ha encuadrado en otro tipo de organización: en fábricas, en propaganda, en comandos de acción... O también pueden ocupar cargos de responsabilidad y no ser visibles.

–¿Y si yo entrara, qué tendría que hacer?

–Tendrías que aceptar la disciplina de partido y encuadrarte donde el partido te necesitara.

–Entonces, el individuo no cuenta, no puede ejercer su voluntad, no puede hacer lo que le apetezca.

–Esas son historias imbuidas por los anarquistas. Nuestro funcionamiento está basado en el centralismo democrático. La minoría se somete a la mayoría. Esto no quiere decir que se anule tu voluntad. Tú puedes plantear tus criterios, pero aceptas de antemano lo que decida la mayoría. Y el criterio de la mayoría lo representa el comité ejecutivo entre congreso y congreso. El partido te encuadra allí donde tu labor sea más necesaria.

–Hablas del partido como si fuera un ente abstracto. ¿Quién me encuadra, quién me manda?

–Te incorporarás a tu célula, un colectivo con un responsable, que es quien enlaza con el comité local o de zona, que al mismo tiempo tiene un responsable y así sucesivamente hasta llegar al secretariado del Comité Central, que en nuestro partido recae en tres personas, para evitar el caudillismo y el culto a la personalidad y que son renovados en cada congreso, por lo mismo.

Tras un silencio, Mateu sentado en el borde de la cama y Lina, acostada ojeando el librito:

–¿Te organizas, entonces? Yo te avalo.

–Entonces sí.

Enero de 1973

## *Lina*

**E**se frío húmedo que te cala los huesos, el helor invernal de Valencia atería su cuerpo a pesar de la bufanda y la trenca. Lina estaba a punto de marcharse tras los diez minutos de espera reglamentarios, cuando apareció Seguí y a escasos metros tras él, Jiménez, el camarada que completaba la célula de Macosa.

Lina no había dormido, al menos eso suponía ella.. Vestida con la ropa de calle en la cama, había peleado con el sueño parte de la noche para estar en la calle a las cinco de la madrugada y llegar caminando desde el ensanche hasta el extrarradio, ya casi en la Cruz Cubierta donde estaban ubicadas varias de las grandes fábricas de la ciudad, rodeadas de barrios obreros.

Tras su ingreso en el Partido había rodado de la FUDE a la célula del barrio de Orriols para finalmente incorporarse al trabajo en el sector obrero con la directora de montar células en las grandes empresas valencianas. A ella le habían tocado: los antiguos Talleres Davis, ahora Macosa, Cervezas Turia, colindante con ésta y la SALTUV, la empresa municipal de transportes públicos. Su amiga Esther y los otros del grupo de Económicas estaban encuadrados en los astilleros de la

Unión Naval de Levante y de Elcano de Manises. De los demás no sabía exactamente su destino: Mateu debía continuar con la Nova Germanía, o en la universidad. A pesar de verse a menudo tenían prohibido hablar de sus respectivas militancias por razones de clandestinidad: debían evitar conocer su situación militante para que en el caso de caer, no poder revelar a la policía lo que no se sabe.

Jiménez, un joven alto y flaco, desgarbado, con el pelo ralo muy rubio y una gran frente despejada que hacía desaparecer las pequeñas lentes miopes de metal ovalado sobre su escasa nariz, sacó de su macuto un buen manojo de octavillas y las repartió entre sus camaradas.

–Primero repartimos en el bar –dijo Jiménez–, y luego nos pondremos en la puerta.

El bar a esas horas estaba repleto de obreros con la indumentaria propia del trabajo: pantalones azules, chaquetillas, monos y la mayoría con anoraks azules de boatiné; y todos acabando sus carajillos de Terry o sus barretxats de cazalla y mistela. Todos cogían las octavillas que se repartían, sin prisas, daban una ojeada y las guardaban en los bolsillos.

La puerta de la gran fábrica era un triple portalón metálico que permitía el paso de camiones, abierto de par en par y que daba entrada a un gran patio en cuyo fondo se adivinaba una gran nave central. Enmarcaban las puertas dos enormes columnas que sostenían un dintel plano. En el arco de la entrada, de hierro forjado, todavía podía leerse, enmarañado entre motivos flora-

les, el anagrama de los antiguos Talleres Davis, la concesionaria del primitivo ferrocarril. Los obreros entraban desganados y Lina iba distribuyendo las octavillas al tiempo que voceaba:

–¡De la Oposición Sindical Obrera, compañeros!  
¡Para hacer frente a la patronal!

En pocos minutos acabaron las rudimentarias octavillas, impresas con vietnamita, unas más oscuras que otras y la mayoría difícilmente legibles.

Volvieron al bar La Font y pidieron un café con leche. El local se había quedado desierto.

–Es el primer paso –dijo Seguí al tiempo que apuraba su café–; mañana habrá que volver con el periódico a ver si tomamos algún contacto. Tenemos que preguntar qué les ha parecido la octavilla. Para entrar en la fábrica es necesario que intervengamos dando orientación sobre su propia situación laboral.

–Es que el panfleto de hoy daba pena –dejó caer Jiménez.

–¡Macho, pena no! Es lo que hay –contestó Seguí. No entiendo por qué dices eso.

–Lo digo porque estaba mal. Hay que mejorar la impresión y el contenido. Macosa es un feudo revi, ¿lo sabíais? El Llorca trabajaba aquí y tienen Comisiones Obreras. No nos vale sólo con intervenir con la República Popular, hay que ir a lo concreto, a sus intereses inmediatos.

–Por eso hay que sacar contactos. Tenemos que saber lo que pasa dentro, qué luchas llevan.

Lina no pronunció palabra. Estaba viviendo una irrealidad: los obreros, sus caras, sus ropas, sus gestos, el olor ácido del bar impregnado del aliento del alcohol. El anacronismo de un lugar en donde se cruzaba lo nuevo y lo viejo, un siglo con el anterior. Las cochambrosas naves industriales junto a las casitas de dos plantas que jalonan el antiguo Camino Real de Madrid, algunas de las cuales todavía significaban su antiguo uso de herrerías de caballerías; el entramado de callejones sin salida, la mayoría sin asfaltar, poblados de pequeños almacenes pegados a humildes fincas de protección oficial, todo ello le sumía en un aparte: se estaba viendo desde fuera. Estaba observándose desde otra persona.

Jiménez y Seguí continuaban la discusión, ajenos a su presencia. Se acusaron mutuamente de reformismo y burocratismo. Lina no entendió nada.

La mañana siguiente tomó el autobús 27. La parada en la que debía bajarse estaba frente a Macosa pero un furgón de la Guardia Civil, estacionado en la misma puerta de la fábrica la hizo desistir de apearse. Bajó en la parada siguiente y apresuradamente se metió en el primer callejón. Éste no iba a ningún sitio, era un pasaje que terminaba en la entrada de una pequeña fábrica. Volvió sobre sus pasos y se apostó en la entrada del callejón, junto al Camí Real, observando el jeep de la Guardia Civil. Llevaba varios Vanguardia Obrera en el bolso y notó acelerarse el pulso y ese bolo en el estómago. Por el fondo del callejón venían varios obreros y ella sacó sus periódicos y plantándose frente a ellos les ofreció la prensa.

–¿El Vanguardia Obrera, compañeros? –les gritó mientras les mostraba el periódico desplegado.

Dos de los obreros sonrieron y siguieron su camino, pero un tercero se paró y compró uno de los periódicos.

–¿Trabajas en Macosa? –le preguntó Lina.

–No, en Cervezas Turia.

–¿Te importaría que te volviera a ver, para comentar el periódico?

–Bueno yo paso por aquí todos los días a esta hora.

–Bueno, pues ya me pasaré a verte.

Lina se fue radiante. No vio ni rastro de sus camaradas de célula.

Volvió a los pocos días. Su responsable, Seguí, la instruyó en los objetivos: tratar de intervenir en la fábrica y para ello debía obtener información sobre la lucha obrera en su interior.

Lina se apostó en el callejón y casi de inmediato los vio aparecer en su fondo. Iban los tres de la vez anterior. Conforme se acercaban a ella el obrero de su interés le hacía signos negativos moviendo su cabeza. Le quedó claro que no era el momento. Sacó los periódicos y volvió a ofrecérselos, sin resultado.

No desistió, sin embargo. Había un gesto de complicidad hacia ella en el obrero. Tuvo claro que este estaba interesado en el contacto. Se fue a la fábrica, junto al Humilladero de la Inquisición y preguntó en la entrada la hora de salida del turno: las dos de la tarde.

Volvió a esa hora a apostarse en el callejón y allí se encontró con él, esta vez iba solo.

–No te he querido hablar antes porque con los que iba no son de mucho fiar.

–Lo he supuesto y por eso he vuelto.

El obrero era cuarentón con aspecto juvenil, aseado y con gesto jovial, no mucho más alto que ella, cetrino y también menudo.

–Mira, nuestra idea, si te parece, es lanzar una octavilla con los problemas de los trabajadores, llamando a la lucha sindical. Yo soy de la OSO, la Oposición Sindical Obrera y estamos interviniendo en Macosa y queremos ampliar la lucha a otras fábricas de la zona.

–Me parece bien –respondió el obrero– pero estamos rodeados de chivatos. Todos los enlaces sindicales son chivatos y a la mínima te denuncian a la empresa.

–Por eso la OSO es un sindicato clandestino, no participamos en la farsa de las elecciones sindicales ni reconocemos a los enlaces, como lo hace el pecé. El sindicato fascista es de la patronal.

–Me parece bien lo que dices. Yo me quedo aquí –dijo el obrero señalando un edificio de viviendas sencillas.

–Pues, si quieres, piénsate qué cosas podemos denunciar en la empresa, qué problemas tenéis en el trabajo, qué podemos reivindicar llamando a la lucha y si quieres quedamos pasado mañana para comentarlo. ¿Te viene bien?

–Sí, así quedamos.

Lina volvió en otras dos ocasiones hasta perfilar con Alex, así se quiso llamar el obrero, una pequeña octavilla. El responsable Seguí le había remarcado la importancia que tenía que el contacto se pusiera un nombre de guerra: lo implicaría en la lucha clandestina y lo protegería en caso de una caída.

Ella estaba entusiasmada con su nuevo trabajo. La hacía sentir importante dirigir, crear una lucha real contra el capitalismo. Y seguía todas las instrucciones del responsable. Entregaba un informe detallado de los contactos y sus conversaciones con ellos. Hasta su primer desacuerdo en la reunión de célula con motivo de la redacción de la octavilla.

–Es reformista –concluyó categóricamente Seguí tras leer la octavilla.

–Sí, es muy reformista –reafirmó Jiménez, el otro camarada.

Lina se asombró del rapapolvo, no lo esperaba. Estaba convencida que había hecho un trabajo excepcional.

–Yo la veo muy bien, es lo que Alex ha orientado –dijo Lina con un brillo de dureza en sus ojos.

–Es reformista –continuó el responsable– no ofrece alternativas políticas. El reformismo es luchar por las reivindicaciones materiales inmediatas, olvidando que éstas, aún consiguiéndolas, son temporales. El capitalismo las barrerá en cuanto tenga ocasión y vuelta a empezar.

–¿Entonces, hay que callar y agachar la cabeza?

–Nadie ha dicho eso. Nuestra misión es aprovechar las luchas reivindicativas para crear conciencia política, que es en última instancia lo que derribará al capital. A la octavilla le falta orientación política.

–¿Qué es orientación política, acabar al final diciendo: por la República Popular y Federativa? Eso es una coletilla que no dice nada. Alex ha insistido mucho en que se denuncien con sus nombres los enlaces chivatos. Eso es político, dar orientación para la organización fuera de los cauces establecidos. Eso es sindicalismo revolucionario.

–Nosotros debemos dar política revolucionaria ofreciendo la alternativa de la República Popular frente a la dictadura fascista. En todos nuestros comunicados se ofrece esa alternativa. Añade esa coletilla, como tú la llamas, la escribes a máquina en un cliché y yo ya me encargo de imprimirla –dio por terminada la discusión el responsable mostrándose bastante contrariado.

La octavilla, que Alex se encargó de introducir en la fábrica tuvo una repercusión inmediata. A la denuncia de los enlaces se sumaban reivindicaciones como el fin de las horas extras, la contratación de los fijos discontinuos como indefinidos y una mayor flexibilidad del control de los encargados. Lina ya tenía una completa visión del trabajo en la fábrica y disfrutaba con ello.

A su siguiente cita con Alex, este acudió acompañado de otro obrero, mayor que él, corpulento y ca-

noso. Lina no se arredró, al contrario, el fervor que la guiaba no dejó que se sintiera de menos, ni siquiera se planteó qué hacía una jovencita estudiante con dos hombres hechos y derechos. Los hombres tampoco se plantearon ningún menosprecio. Trataban a Lina como una revolucionaria merecedora de respeto.

El siguiente paso que había planteado el responsable era crear una organización estable de la OSO, el sindicato adscrito al FRAP y que de forma permanente entrara propaganda de la organización en la fábrica. La propaganda empezó a entrar por medio de los dos obreros que Lina contactaba regularmente pero no sabía bien cómo organizar sus contactos. Si Lina había progresado en su tarea, el resto de la célula estaba estancado. Cada reunión era una discusión estéril entre reformismo y burocratismo y el trabajo en Macosa no prosperaba, no habían conseguido ningún contacto.

Seguí le pasó a Lina una cita a la que tenía que acudir. Tenía que estar en el número 15 de la calle Linares esa misma tarde, a las 19 horas, con un paquete de Ducados en la mano. Se acercaría a ella un camarada que le preguntaría: "¿La Plaza del Caudillo?". Y ella debería responder: "En la estación". Era muy importante, no podía fallar.

Lina acudió a la cita intrigada por su porqué y con las precauciones que le recomendó Seguí: paseó por la acera de enfrente diez minutos antes de la hora, reconociendo el terreno, prestando atención a los coches aparcados con gente en su interior, a las furgonetas, a

los operarios que simulaban trabajos... No vio nada atípico y a las siete en punto estaba en el número 15 al tiempo que observó a Botí cruzar la calle con su característico andar, remarcando el paso con sus brazos.

Se alegraron de volver a verse.

–El Partido está satisfecho con tu trabajo, me ha pedido que te felicite –le dijo Botí.

–Gracias, pero es lo que debo hacer. No necesito medallas –le respondió Lina.

–Bueno, bueno...en realidad no era ese el motivo de la cita. Hay algo que no funciona bien en tu célula, el pe ha decidido otro esquema organizativo. Se ha sancionado al responsable porque estaba siendo un freno en el desarrollo de la organización.

–¿Sancionado, por qué?

–Fundamentalmente por ocultar el Partido, aparte de otras razones que no puedes conocer. En Turia ha errado la táctica no promocionando la formación de una célula comunista. Y para eso estoy yo aquí. Vamos a montar una reunión amplia con los obreros que contactan contigo con el objetivo de que se afilien al partido. Si los compañeros están repartiendo el V.O. en la fábrica, con el riesgo que supone, es que pueden estar organizados en el partido. Dar el sindicato como organización antes que el partido es puro derechismo, tal como ha hecho Seguí.

–Sí, lo encuentro correcto –dijo Lina–. No sabía realmente cómo organizarlos, el partido tiene razón: hay que montar una célula comunista.

–De acuerdo entonces. Tienes que darme una cita

de paso y yo acudiré regularmente a buscarte. Por el momento yo voy a ser tu responsable hasta que quedes de nuevo encuadrada.

La reunión con los trabajadores de Cervezas El Turia se celebró en la caseta de uno de ellos, en los alrededores de Torrent. Acudieron seis obreros, Lina y Botí, que fue quien llevó el peso de la reunión. Lina no hubiera sido capaz de dirigir la discusión y estuvo callada sin apenas intervenir. Apoyó admirada cuanto decía Botí. Los obreros eran todos cuarentones o incluso mayores y tampoco aportaron demasiado. Pero, estuvieron de acuerdo en incorporarse a una célula comunista. Botí, al finalizar la reunión comunicó a Lina que ésta debía asistir a una importante reunión:

–Te vas a incorporar al Comité Local. Estudia bien este documento –le dijo al tiempo que le entregaba unos finos papeles de calco mecanografiados y cuidadosamente doblados.

Lina acudió, con las máximas precauciones a su cita con el Comité Local de Valencia. Se encontró con un camarada al que nunca había visto, bastante mayor que ella, muy delgado con algún problema en sus ojos, que sobresalían hinchados y enrojecidos de sus orbitas. Realmente feo, apreció Lina.

–Hay que esperar un poco –le dijo el camarada. Vamos a ir un piso cedido por simpatizantes, pero tenemos que entrar por grupos pequeños.

Minutos después apareció Mateu. Al verse, ambos expresaron una comedia carcajada.

–Vamos a un piso en esta misma calle –les dijo Mateu comenzando a andar calle abajo.

Había que estar muy ciego para pasar por delante del Seat 124 blanco con dos ocupantes de chaqueta y corbata y no reparar en ellos.

El comisario Minuesa estaba a punto de levantarse de su mesa para bajar a tomar un café cuando un policía armada, uniformado, le llamó:

–Señor comisario, el inspector Solsona quiere que se ponga en la emisora, le llama desde un zeta y parece urgente.

Bajó acompañado del policía a la salita de guardia, en la planta baja de la Jefatura Superior, junto al vestíbulo.

–Aquí Minuesa, cambio –dijo el comisario tras tomar con una mano el micro de la emisora.

–Comisario, esto es importante. Estamos de vigilancia en Visitación, frente al número nueve, en el piso de la parejita de maestros. Debe haber una reunión importante en el piso. Ha entrado el agrónomo en dos ocasiones acompañando a varios elementos. Cambio.

–¿Qué elementos? Cambio.

–La primera vez han entrado el abogado y la morenita. La segunda una pareja desconocida. Cambio.

–¿De qué edades la pareja? Cambio.

–Jovencitos, de dieciocho o así. Cambio... Espere...

ahora llegan otros tres, el sonrisas de gafas con otra pareja. Y hemos visto pasar a Botí de lejos, dando rodeos.

–¿Estáis en el Seat? Cambio.

–Afirmativo. Cambio.

–¡Pues salid del coche cagando leches y meteos en un bar! Cambio.

–Ya lo hemos pensado, pero no hay ningún bar. Cambio.

–¡Pues meteos en una tienda! Enseñad la placa y que os vean la pipa. Si os ve Botí en el coche la habéis cagao. Y os quedáis allí el tiempo que haga falta. Cambio.

–¿Pedimos refuerzos para efectuar la detención? Cambio.

Minuesa perdió los papeles. Había estado constantemente frotándose la calva, pero con esto último hubiera soltado un verdadero exabrupto.

–¡No coño no, Solsona! Ten un poco de cabeza. Nada de detenciones. Hay que esperar que salgan y hacer un seguimiento hasta sus domicilios que permitan la completa identificación. Estos nueve nos pueden llevar a noventa. Cambio.

–Entendido. Cambio.

–Ahora mismo van para allá Gregorio y Sebastián y en un par de horas estamos toda la Brigada. Sed cautelosos, no levantéis la pieza. Cambio y corto.

Minuesa respiró profundamente. Eso era lo que estaba esperando: un comité. No sería el regional, en éste no habría jovencitos de dieciocho, ¿el local? Podría ser.

Pero no quedó satisfecho. No tenía la mínima confianza en el operativo de Solsona. Decidió hacerse cargo él mismo. Sabía perfectamente cómo seguir a cualquiera sin que se apercibiera lo más mínimo.

El piso era realmente pequeño, un cuarto sin ascensor de un edificio antiguo. En el exiguo saloncito, en torno a una mesa camilla estaban los nueve asistentes formando un círculo. Todos sacaron pequeños papeles para tomar notas y en todos se notaba la expectación en sus rostros.

Lina, aparte de Mateu, Botí y Magre, no había visto nunca al resto de los asistentes: tres chicos y dos chicas de distintas edades y con distintas apariencias. La chica a su lado era la de mayor edad, con melenita corta y gafas de cristal grueso. Frente a ella, una pareja muy joven vestidos nada modernos y junto a ellos un hombre de unos treinta, con el pelo corto y bien parecido.

Botí llegó unos diez minutos más tarde, en cuanto tuvo la seguridad que estaban todos y el piso era seguro.

–Camaradas –comenzó Botí– esta es una reunión orgánica del Comité Local ampliado. Ha sido necesaria esta convocatoria para comunicaros de forma lo más amplia posible, dada nuestra situación clandestina, la celebración del Primer Congreso del Partido y daros a conocer las conclusiones del mismo para su debate y transmisión a vuestros diferentes frentes y células. Sólo hay un punto pues en el orden del día.

Botí leyó varias partes del informe del Comité Central, relativas a la situación actual y sobre todo, lo relativo a la necesaria proclamación del FRAP:

–Los comités pro-FRAP son hoy el centro de nuestra política de masas. En la etapa actual de la revolución, los objetivos del FRAP se conjugan con los del Partido.

Se hizo un silencio, sin que nadie se atreviera a intervenir y Botí prosiguió:

–En este punto es donde surgen las incomprensiones y donde el Comité Central ha llamado especialmente la atención a nuestro Regional: nuestros objetivos son los mismos pero el Partido no puede diluirse en el FRAP, tal como está pasando en Valencia. El FRAP es nuestra organización de masas y esto quiere decir que sin Partido no hay FRAP. Debemos corregir nuestra política. El FRAP no puede ser una organización espontánea que crece y se hincha y luego se deshinchas según las circunstancias. Lo que garantiza su continuidad es el Partido.

Botí recorrió con una mirada penetrante a los asistentes esperando que alguien dijera algo, que se rompiera el hielo.

Lina, motivada por el verdadero interés que le suscitaba el tema, perdió la vergüenza y fue la primera en intervenir:

–La verdad, no entiendo muy bien la diferencia entre FRAP y Partido. Entiendo perfectamente la interpretación del Partido y el FRAP de la situación actual: la sucesión, la monarquía, lo que hay detrás de

esta maniobra: todos los sectores de la oligarquía franquista. En el número 10 del *Acción* se habla ya de preparar la huelga general para el día de la coronación de Juan Carlos. Pero también se habla de unidad antifascista, de la unidad de todas las luchas contra esta continuación del franquismo sin Franco. De dar cabida en el FRAP a todas las fuerzas que estén contra esto.

–Bueno, sí –le respondió Botí– pero hay un ligero matiz –y continuó con bastante sorna– y éste es que la lucha sólo puede ser llevada consecuentemente mediante la lucha armada. Claro... sobre la base de una amplia movilización y organización de masas. El Partido es la vanguardia de esta lucha armada, el encargado de movilizar y organizar a las masas. Y es esto lo que nos diferencia de los revisionistas, además de considerar, tal como tú muy bien has comentado, que todos los sectores de la oligarquía franquista están por la monarquía. Los revisionistas del PCE diferencian franquistas malos de franquistas buenos y preparan con ellos la sucesión monárquica de forma pacífica. Que no significa más que entrega y sumisión al continuismo.

Todos asintieron las palabras de Botí.

–Es decisión unánime del Comité Central lanzar al FRAP a una ofensiva en contra de la dictadura este Primero de Mayo. Franco está muy enfermo y la dictadura no encuentra continuidad como tal dictadura fascista. La oligarquía pro yanqui que la sustenta sí, están todos por la sucesión monárquica en su forma pero no lo están en su fondo. Es decir: cuáles son las

concesiones que pueden hacer a las masas tras la muerte del dictador. Nuestra organización crece con pasos de gigante. Los camaradas de Madrid informan que la organización está desbordada y que las Juntas del FRAP agrupan ya a centenares de compañeros. Es el momento de golpear duro. Esta convocatoria del Primero de Mayo puede hacer tambalearse la dictadura. Con una respuesta contundente de las masas habrá cambios importantes en la situación política.

–Pero Valencia no es Madrid –intervino interrumpiendo a Botí el hombre de treinta años bien parecido– aquí podemos ser doscientos en un salto, igual que otras veces.

–Si lo preparamos bien, si llevamos con decisión nuestra política a las masas, podemos ser miles –le cortó Botí–. Vamos a preparar concienzudamente las acciones. Vamos a apuntar en un papel la lista de los camaradas, compañeros y simpatizantes con los que cada junta, célula u organización puede contar. Vamos a trazar una línea de agitación en todos los lugares en los que hay organización. Vamos a distribuir miles de octavillas, pintadas, carteles y vamos a encadenar una sucesión de saltos que crezcan hasta el Primero de Mayo.

Les llevó un par de horas el recuento de los posibles manifestantes. Mateu, en tanto que secretario de organización llevó la cuenta de los seguros participantes en los saltos, pasando revista a los responsables de cada célula. Magre, en tanto que secretario de agitación y propaganda, concretó las acciones de agitación y ad-

quirió el compromiso de tener preparadas varios miles de octavillas convocando a la manifestación. Entre todos concretaron las acciones, los saltos y por vez primera, los piquetes de defensa. El día 28 habría una acción en la puerta de Macosa y Lina daría un mitin en la puerta, a la salida de los obreros. La manifestación sería en la Plaza del Caudillo el Primero de Mayo a las ocho de la tarde.

Lina, recostada en la cama de su cuarto, aterrorizada por la decisión que había tomado, meditaba en sus circunstancias. En el fervor de la reunión, respaldada por sus camaradas, había mostrado un empuje que ella no tenía. ¿Qué haría ante un centenar de obreros en la puerta de Macosa? ¿Le saldría la voz?

Mayo de 1973

### *La caída*

Habían tendido una gran pancarta de un lado a otro del Camí Real, cruzando la calle a una buena altura, suficiente para que no pudiera engancharse al paso del autobús y frente a la puerta de Macosa. Rotulada con cinta adhesiva, con grandes letras, podía leerse desde bien lejos: REPÚBLICA POPULAR Y FEDERATIVA FRAP.

Lina, con un pañuelo vistoso en la cabeza, ocultando una parte de su rostro y su cabellera, y gafas de sol, trató de subirse al enrejado de la puerta ayudada por un par de camaradas que la izaron hasta superar el hierro macizo que tapaba la puerta hasta media altura. De pie sobre el soporte y agarrada con una mano a la reja, con el cuerpo sobresaliente del plano de la puerta, trató de comenzar el pequeño discurso que traía preparado. Tras varias llamadas de atención: ¡Compañeros! ¡Compañeros! y ayudada por el grupo que la acompañaba, que por medio de una barrera formada con sus cuerpos trataban de retener a los trabajadores que entraban en la fábrica, a voz en grito, con todas sus fuerzas:

–¡Compañeros! Ante este Primero de Mayo, día de lucha de la clase obrera, el FRAP os llama a dejar a un lado vuestros miedos y a sacar vuestro orgullo de clase haciendo frente a las prohibiciones y a la represión de esta dictadura fascista que trata de doblegarnos. Este Primero de Mayo no nos vamos a callar. No nos vamos a quedar en casa viendo en la televisión el fútbol y los toros. Vamos a salir a la calle a demostrarle al dictador que ya se ha acabado la época de la sumisión. Vamos a salir a la calle todos los trabajadores en defensa de nuestros derechos conculcados. Vamos todos a acudir este Primero de Mayo a la plaza del Caudillo a las ocho de la tarde por la conquista de nuestros derechos ¡por el socialismo! ¡Por la República Popular y Federativa! ¡Viva el Primero de Mayo! ¡Viva la lucha de la clase obrera!

El centenar de obreros que le escuchaban contestaron con un ¡viva! Y le aplaudieron justo antes de empezar a escuchar la sirena del coche de policía que se acercaba por San Vicente a toda velocidad. El resto del grupo había aprovechado para llenar de pintadas los alrededores y huyeron a toda prisa. Lina saltó de la reja y escapó protegida por un par de sus compañeros.

–¿Qué tal la acción de Macosa? –preguntó Botí.

–Bien, muy bien. No se me trabó la lengua. Habría unos cien obreros y me aplaudieron –contestó Lina.

–¿Les has pasado la cita a los de Turia?

–Sí, pero no tengo nada claro que vayan a ir. Al

menos no me pusieron buena cara cuando les hablé de los piquetes de defensa.

-Tampoco se trataba de eso. Todos no vamos de piquete. Ya hay camaradas preparados para eso. Ellos deben ir, darse una vuelta por la plaza y los alrededores, esperando que se les pase el lugar del salto. Estamos en eso, preparando posibles lugares para los saltos. Ya sabemos que la plaza estará tomada. Vuelve a verlos y queda por Falangista Esteve, que paseen por allí.

-Vale, me pasaré mañana a verlos –le dijo Lina sin demasiada convicción.

-Comprende que es fundamental que la clase obrera se incorpore a la lucha general. Hay que tratar de sacarlos del universo de su fábrica, tienen que tomar la calle. ¡Fíjate los de la Seat en Barcelona o los de Casa! ¡Ahí está la verdadera lucha!

La dictadura celebra la fiesta de San José Obrero, patrono de los trabajadores, con una especial programación televisiva de goles y toreros. Un maratón tendencioso capaz de mantener al pueblo adormilado frente a su televisor tras la demostración sindical de los coros y danzas que cantaron y bailaron en loor al dictador Franco. El parkisoniano déspota, agradecía su labor con la particular cadencia de su brazo benefactor, tal como un papa el día del año nuevo.

Entretanto, los grupos organizados se disponen a la protesta. La plaza del Caudillo apareció tomada, con un despliegue policial sin precedentes: nadie pudo en-

trar ni salir sin ser identificado y cacheado. Una barrera de antidisturbios con escudos impedía el paso en el cruce de Marqués de Sotelo con Játiva y las callejuelas que daban acceso a la plaza desde San Vicente estaban igualmente cortadas. En la plaza hasta cuarenta furgones grises se repartían su superficie.

Pequeños grupos se hacían los remolones, en cortos paseos por San Vicente, Falangista Esteve, la Sangre y Garrigues y un rumor intencionado corrió de boca en boca: Avenida del Oeste y Estacioneta.

En la avenida del Oeste los grupos reunidos en los chaflanes eran ya plenamente visibles cuando un par de jóvenes saltó al centro de la calzada dando palmas, a los que se unieron varios grupos palmeando.

Lina llegó a la carrera por Garrigues junto a una multitud que de pronto se había puesto en marcha como atrapada por un pánico. Barras, cuchillos y cadenas aparecieron en las manos de gente que permaneció a la zaga, en tanto que la ya manifestación se puso en marcha con paso apresurado en dirección al Mercado Central. Al instante, uno tras otro, un par de cócteles molotov estallaron en la puerta y en la cristallera de la central del banco de Santander. ¡FRAP! ¡FRAP! ¡FRAP! ¡Guerra popular! Una y otra vez la consigna resonaba coreada por los manifestantes hasta llegar al Mercado, donde a la carrera se disolvieron adentrándose en Belluters y el Carmen. Las sirenas se escucharon cuando ya no quedó nadie. Por lo bajo, de boca en boca, antes de disolverse se había pasado: Estacioneta.

Los dos policías de la Brigada de Investigación Social habían seguido a conciencia las órdenes del comisario Minuesa. Los dos pasaban desapercibidos, como dos manifestantes más: pelo largo, patillas, bigote poblado, pantalones de campana ceñidos y una ajustada camisa de rayas vivas y grandes solapas. Recibieron la cita del siguiente salto como unos manifestantes más, pero a pesar de ocupar un lugar hacia el final de la manifestación no lograron su objetivo: grupos armados de barras y navajas que esperaron hasta la total dispersión de la gente, les impidieron, por miedo, actuar en la detención de los rezagados. Siguieron a un par de chicas, como un par de manifestantes más, hacia la Estación del Puente de Madera. En Serranos, se entretuvieron llamando desde una cabina a Jefatura para informar del salto y cuando llegaron a la pasarela, una pancarta, una bandera republicana con las siglas FRAP y otra roja con las siglas PCE(m-l) ya colgaban en la entrada de la estación y antes de llegar a ella grupos de manifestantes ya corrían en la dispersión y otra vez dos cócteles estallaron en la fachada. Esta vez los grupos armados no estaban a la vista y se abalanzaron sobre una de las chicas que venía corriendo por la pasarela. Una detenida, insignificante botín. Los de la Brigada tardaron unos minutos más en llegar, cuando ya no quedaba nadie. Un grupo del PENS, avisado seguramente por la propia Brigada llegó mientras ellos esperaban un coche para transportar a Jefatura a la detenida. Arrancaron las banderas y la pancarta y en grupo, junto con los policías decidieron ir a la plaza de

la Virgen para quemarlas. Y allí, en plena jarana patriótica corrió como la pólvora la noticia: Tres policías de la Brigada habían muerto en Madrid en enfrentamientos con los subversivos. En Jefatura confirmaron la muerte de un subinspector y el estado muy grave de otros dos policías. Los tres habían sido acuchillados.

–Mañana salgo para Madrid. Me ha pedido Sánchez-Malo que acuda al entierro del compañero en representación de la Brigada –dijo el comisario Minuesa, cariacontecido ante el grupo reunido frente a él.

–Nosotros, la mayoría de nosotros también queremos ir. Es nuestro deber para con el compañero –le replicó el inspector Solsona.

Minuesa pasó la mano por su calva y miró fijamente al grupo tratando de ocultar su indecisión.

–Está bien, podéis ir. Imagino que se desplazarán muchos compañeros de la Brigada de toda España, lo que significa que no hay más remedio que aplazar el trabajo. Nada más volver, pasado mañana a primera hora os quiero a todos aquí. Hay que coger a todos esos cabrones y hay que hacerlo con cabeza. Que nadie dé un paso sin que yo lo mande.

A Minuesa le unía una gran amistad con Antonio Rueda y Sánchez-Malo, tras una veintena de años de éste como Gobernador Civil de Valencia. Hacía pocos meses que Sánchez-Malo había ascendido a la subsecretaría de Gobernación con sede en Madrid.

Sentado a su lado en una tercera fila de sillas del salón Canalejas, en la segunda planta de la Dirección General de Seguridad de la madrileña Puerta del Sol, en donde quedaba instalada la capilla ardiente del subinspector Juan Antonio Fernández. ¡Mano dura Minuesa! ¡Mano dura!, le repitió al menos en dos ocasiones.

–¡Mano dura Minuesa! Es lo que hace falta, mucha falta. La subversión se está apoderando de las calles. Menos mal que nuestro Caudillo es un gran general, por eso es el Caudillo. No lo digas, pero ya es seguro: va a ceder la Presidencia al almirante Carrero, que es uno de los nuestros. El único que puede continuar la colosal obra del Generalísimo. Él conservará la Jefatura del Estado

–¿Y el Príncipe? –preguntó Minuesa.

–Un figurón. No lo digas. Mira lo que ha pasado esta mañana, para que veas cómo están las cosas: al saber que iban los príncipes al Hospital Francisco Franco para hacer acto de presencia con el cuerpo presente del subinspector asesinado, los compañeros se han traído el féretro a la Dirección y lo han dejado con dos palmos de narices. A él y al subdirector general de Seguridad, Jiménez Mendo, que es un blando. Y aquí no los vas a ver, no han sido invitados. ¡Mano dura Minuesa! En Valencia, también. ¿Me comprendes?

–Te comprendo, estoy contigo, cuenta con ello. En cuanto regrese lo vas a comprobar. Lo tengo todo a punto para caer sobre esos cabrones –le contestó Minuesa.

La sala Canalejas estaba repleta, con gran número de policías, compañeros del subinspector muerto, en pie llenando los espacios libres de asientos. Todos aplaudieron enfervorizados la llegada del almirante Luis Carrero Blanco, vicepresidente del Gobierno y se oyeron gritos, nada tímidos: ¡Rojos al paredón!

El almirante hizo entrega de la correspondiente medalla de oro y se dirigió a los presentes resuelto, adelantando su imponente figura:

—Quiero poner, con dolor e indignación, esta Medalla de Oro en nombre del Caudillo sobre el féretro de este muchacho que ha cumplido su deber de servicio a España, al orden y a la paz dando lo más que puede darse: el sacrificio de su vida. Quiero decirles a sus compañeros, que en este servicio que tanto sacrificio exige y del cual es lección el sacrificio de este muchacho, estén seguros de que el Gobierno está con ellos y les apoya en su función y cumplimiento del deber. Sí. Hay que buscar a los asesinos para que sobre ellos caiga todo el peso de la ley. Pero no por afán de venganza, que en nosotros no cabe, sino por estricto sentido del deber, ya que el orden en la calle, base de nuestra convivencia, de nuestra paz, y porque hay que mantenerlo a toda costa y acabar con los mercenarios del crimen, que no pueden tener sitio en España.

Al acabar su breve alocución, todos los que querían estar, todos los que ansiaban continuar siendo, corrieron a presentar sus respetos al Almirante, como reconocimiento y adhesión a su persona. Como si ya fuera el sucesor del Caudillo.

Los policías de la Brigada de Investigación Social, conocida anteriormente como Brigada Político Social, cargaron a hombros el féretro. En la puerta de la Dirección se sumó al sostén el teniente general de la Guardia Civil, Iniesta Cano, que lo acompañó hasta el furgón fúnebre aclamado por todos los presentes. Los gritos airados de los cientos de policías que rodeaban éste impidieron la entrada del féretro en el furgón y sostenido por cientos de manos se dirigieron en manifestación con él a cuestas por la calle Preciados a los gritos de ¡Viva España! ¡Rojos asesinos! ¡Rojos al paredón! Continuaron el cortejo fúnebre hasta la plaza del Callao, siguieron por la Gran Vía de José Antonio para finalizar en la Plaza de España, donde despidieron el duelo brazo en alto entonando el “Yo tenía un camarada” y el “Cara al Sol”.

El grupo de policías que formaban la Brigada de Investigación Social formaban un semicírculo disperso en torno al comisario Minuesa. Los había trajeados con corbata y otros con ropa informal, incluso algún mecenudo y patilludo. Algunos sentados en las sillas del amplio despacho y otros sobre las grises mesas metálicas. Y todos esperaban la señal de salida que iba a darles el comisario.

Entre las mesas circulaba un ejemplar del diario Las Provincias, del sábado, donde en su crónica del homenaje celebrado en la Iglesia de San Agustín en memoria del subinspector Fernández, aparecía una foto de primer plano de casi toda la Brigada portando

una corona de flores. Los policías trataban de reconocerse en la foto y señalaban a gritos a los ya identificados. Habían llevado la corona en comitiva por todo el centro de Valencia hasta la plaza del Marqués de Estella, donde la habían depositado en el monumento a los Caídos.

–Por lo que sabemos, por lo que tenemos después de un año de trabajo podemos garantizar una total desarticulación del FRAP en Valencia. Pero nada más. No tenemos nada del regional. La Guardia Civil nos ha proporcionado vagos informes de su actividad en algunas comarcas, pero nada concreto. No saben gran cosa. El inspector Solsona os va a hacer un resumen –terminó el comisario Minuesa, dando pie a Solsona.

–En primer lugar, tenemos a Botí, que por otra parte es su apellido verdadero. Creemos que pertenece al regional y estamos seguros de su máxima jefatura en Valencia. Sabemos que se aloja en el Colegio Mayor Luis Vives y conocemos su pueblo de origen. Es estudiante en la Facultad de Ciencias y tiene 24 años. Tiene antecedentes. Es el primero al que hay que detener. En segundo lugar, con bastante responsabilidad en la universidad y con seguridad en el comité local, tenemos a Mateo Ripoll, al que conocemos como “el agrónomo”. También se aloja en el mismo colegio que Botí, también de 24 años y casi del mismo pueblo. En tercer lugar, tenemos a Santiago Baset, a cargo del aparato de propaganda que tenemos vigilado a todas horas. Tenemos conocimiento, hasta el momento, de dos pisos francos que con toda seguridad están adscritos al apa-

rato. Uno en la localidad cercana de Chirivella y otro en Benicalap, en plena Ciudad Fallera...

–Pero no tenemos jurisdicción en esos pueblos –interrumpió un policía.

–Ya hemos pasado la información a la Guardia Civil, que es quien va a efectuar los registros –aclaró el comisario.

–Pero... entonces, se van a llevar ellos las medallas, sin haber hecho nada –dijo el policía, uno mayor con chaqueta y corbata.

–Así es. Prosigamos y estad atentos –zanjó Miñesa la discusión– Continúa, Solsona.

–Os paso estas fotos, tomadas frente al piso de la Ciudad Fallera. Podéis observar a Santiago Baset con dos paquetes disimulados con bolsas del Corte Inglés pero, si os fijáis, llevan cuerdas en las asas para aguantar el peso de la propaganda. En ese local hay con toda seguridad un aparato. La Guardia Civil ya nos ha relevado en su constante vigilancia.

–Pues vaya, el teniente Cebrián a darse el pisto... –dijo otro policía.

–Tras estos –continuó Solsona– que creemos que son los principales dirigentes, hay una veintena de elementos identificados, que no sabemos muy bien el lugar que ocupan en la organización.

Solsona distribuyó un papel de calco escrito a máquina con el listado de las personas a detener. Su nombre y dirección.

–El Gobierno, personalmente me ha insistido en

dos palabras: ¡Mano dura! –dijo Minuesa, ocupando de nuevo su lugar de Jefe de la Brigada–. Y yo os lo digo a vosotros: ¡Mano dura! Quiero saber desde cómo cagan hasta cómo orinan. Quiero al comité, a los responsables de células, a las células, al aparato de propaganda y a los que han arrojado los artefactos incendiarios. Debéis aplicaros con el máximo rigor... ya sabéis qué quiero decir. Pensad en el subinspector Fernández. Podíais haber sido el difunto cualquiera de vosotros.

–¿Cuál va a ser la actuación? ¿Vamos ya a sus domicilios? ¿Los detenemos sin más? –preguntó uno de los policías más jóvenes, con melenita rubia.

–No, –contestó Minuesa–. Vamos a ser pacientes. Si vamos a por ellos ahora, uno tras otro, es probable que se escapen algunos, porque puedan ser avisados de las detenciones. Por otra parte, no tendríamos gran cosa, es posible que ni siquiera encontráramos propaganda en sus casas. Tendríamos una acusación por asociación bastante débil y nada más. El juez del TOP los pondría con fianza en la calle a los pocos días. Hay que pillarlos con las manos en la masa, en la calle, en una acción subversiva, cargados de material. Vamos a continuar la vigilancia como hasta ahora. Vamos a seguirles los pasos cada minuto. A tiempo de detenerlos siempre estamos. Ahora os distribuiré la intervención de cada unidad, teniendo en cuenta que hay que dejar “hilos sueltos”...

–¿Hilos sueltos? –preguntó al comisario alzando la mano el policía más joven.

–“Hilos sueltos” –contestó Minuesa– es como cuando aplastas un hormiguero, siempre quedan hormigas supervivientes que vuelven a rehacer el hormiguero. Bien, nosotros dejamos “hormigas” perfectamente identificadas como supervivientes y así cuando tengan de nuevo el “hormiguero”... ya las tenemos. No hay más que tirar del hilo. Este es siempre e indefinidamente nuestro trabajo: aplastar hormigueros. Vamos a dejar algunos elementos perfectamente conocidos sueltos, al igual que algunos lugares de referencia: pisos, y bares, para que las hormiguitas vuelvan a hacer el hormiguero en el mismo sitio. Ahora estudiaré con Solsona a quién dejamos para la próxima.

Lina se bajó del autobús 85 en la misma parada de la estación de Benicalap, una parada después del lugar de la cita para el salto: en el cruce de la avenida Alférez Provisional con la avenida de Onésimo Redondo. Desde la organización habían dado la consigna de continuar con las acciones, aumentando su contundencia tras las manifestaciones de Madrid del Primero de Mayo: había que cercar a la dictadura sin descanso. Desde el autobús no pudo apreciar, siempre cautelosa, ninguna situación extraña: no se veían grupitos ni tampoco furgones grises. Llegaba con un cuarto de hora de antelación y decidió entrar en un bar cercano y tomar un café. A la hora en punto, las ocho de la tarde, salió del bar y caminó un tramo de la avenida de Burjasot cuando estalló el cóctel delante suyo, a escasos cincuenta metros. La llamarada sobre la acera prendió

el toldo de una tienda y frenó su camino en seco. El ulular de las sirenas de los coches de policía fue instantáneo, seguido a las llamaradas de la gasolina todavía vivas que se propagaban por el edificio de vecinos, alcanzando las ventanas del primer piso. Un par de coches camuflados de la policía, sin distintivo visible, habían cortado la calle, cruzados en la calzada. Dos sociales la cogieron cada uno de un brazo y casi en volandas la metieron en el asiento de atrás de uno de los coches, un 124 blanco. Lina no podía ni respirar y su corazón latía queriendo salirse del sitio. No acertaba a pensar, su cerebro paralizado se negaba a hacerlo. Uno de los sociales se sentó con ella en el coche:

–¿Llevas el documento?

–¡Enséñame el documento! –le gritó zarandeándola de un hombro.

Lina reaccionó con dificultad y trastabilló en su bolso sin conseguir encontrar su documento de identidad. El policía le arrebató el bolso y tras encontrar el documento pasó al asiento delantero y llamó por radio. No obtuvo respuesta. No consiguió comunicar con la base.

–¿Qué haces aquí? ¿A qué has venido? –le gritó vuelto hacia ella.

–Tengo... a mi madre ingresada en la Fe. He venido a verla –respondió Lina tartamudeando.

Era su coartada, la que le habían enseñado que siempre tenía que llevar a los saltos: ¿qué haces en el lugar?

–Llevo en el bolso el pase de visitas de la Fe –con-

tinuó Lina, con mayor seguridad, dispuesta a librarse del policía.

El policía miró en su bolso y efectivamente encontró el pase de familiar visitante de la Fe.

–Está bien, baja del coche.

El policía no se había percatado que el pase llevaba fecha del año pasado. De cuando su madre había estado ingresada. Lina se había librado por el momento. Tuvo que continuar, para no despertar sospechas, por la avenida de Burjasot, donde el ulular de las sirenas era constante y ya una decena de furgones grises tomaban el cruce con Onésimo Redondo.

La volvieron a detener, esta vez dos grises:

–¿Documento?

–Ya se lo he dado a aquel inspector –dijo Lina señalando hacia atrás, con total naturalidad–, y me ha dejado marchar.

El gris la retuvo agarrada fuertemente del brazo hasta que el inspector de paisano le hizo una señal para que la dejase marchar.

Lina, temerosa, con el miedo metido en el cuerpo, sin saber a qué atenerse, sin saber nada del resultado del salto del sábado, cruzó por su cita de paso durante los días siguientes sin que nadie acudiera a su encuentro. Ansiosa por Mateu, sin haber sabido nada de él en estos días, se temía lo peor. En la prensa local, por fin el martes, tres días más tarde, apareció en la página de

sucesos, camuflada entre las inmensas hojas del diario una escueta nota de prensa:

### **CONATO DE MANIFESTACIÓN**

En la noche del pasado sábado, se produjo un intento de manifestación en la avenida de Burjasot, próximo a Benicalap. Poco más de una veintena de jóvenes de ambos sexos, al frente de los cuales figuraba un hombre de unos 40 años, fueron detenidos por la policía, que había montado el correspondiente servicio. En las bolsas y paquetes que llevaban los detenidos, fueron encontradas barras de hierro cubiertas con papeles, cadenas, navajas, porras y botellas de líquido inflamable. Una joven de 16 años lanzó una botella sobre un grupo de policías. Fueron detenidas diecinueve personas. Anoche pasaron a disposición de la autoridad judicial.

Diecinueve detenciones. Asustada, decidió pasarse por el piso de su amiga Esther. Ésta no sabía nada de nadie y también había perdido el contacto con su responsable. No había vuelto a ver a Mateu ni sabía nada de él. En la Facultad todo estaba normal, le dijo y ninguno de sus compañeros de Económicas había sido detenido.

Ella no podía hacer otra cosa que esperar. Esperar en su casa nuevos acontecimientos. Asustada y ansiosa en un principio, poco a poco fue razonando, convenciéndose a sí misma de que nadie sabía nada de ella ni la policía ni sus propios camaradas. Solo Esther y sus compañeros de la Facultad sabían su nombre y su domicilio. Nadie pudo haberla cantado. Su inquietud se trasladó a Mateu. No tenía noticias suyas, nadie había

vuelto a verle y no tenía medios para lograr saber de él. Descolgada de la organización no podía saber quiénes habían sido detenidos. El jueves la prensa local volvió a informar del salto, esta vez de forma más amplia:

**Los detenidos en la avenida de Burjasot,  
formaban un comando del F.R.A.P.**

Al parecer, pretendían atentarse contra las entidades bancarias de aquella zona.— Una de las muchachas, para evitar ser detenida, arrojó un “cóctel molotov” contra los inspectores, estallando a sus pies.

En relación con la noticia que publicamos el pasado martes, la Jefatura Superior de Policía nos facilita la siguiente información:

Como resultado de gestiones llevadas a cabo por funcionarios de la Jefatura Superior de Policía, se logró el pasado día 12 del mes en curso a las 20 horas, que una acción de “comando” que el denominado F.R.A.P. (Frente Revolucionario Antifascista y Patriota), organización comunista de signo marxista-leninista, había planeado desarrollar en la avenida de Burjasot, entre

la estación de Benicalap del ferrocarril eléctrico y la confluencia de las avenidas de Alférez Provisional y de Onésimo Redondo, lugar este último en donde existen distintas entidades bancarias que en otras ocasiones han sido objeto de violencias, fuera por entero abortada.

Aunque en un primer momento se realizó la detención de veintidós personas, cuatro de ellas fueron inmediatamente puestas en libertad, por comprobarse en tres la veracidad de sus manifestaciones y tratarse la cuarta de un menor de dieciséis años;

por lo que los detenidos fueron dieciocho.

A tales detenidos se les intervinieron ocho botellas de líquido inflamable, vulgarmente llamadas, "cockteles molotov", así como armas blancas y otros instrumentos contundentes que se utilizan para la agresión, una bandera roja y miles de octavillas de propaganda subversiva.

Hay que señalar que una de las detenidas, para evitar que los inspectores actuantes la aprehendieran

arrojó a los pies de los mismos una botella inflamable, que peligrosamente ardió en una gran llamarada.

Los repetidos detenidos se hallan comprendidos en edades que oscilan entre los diecisiete y entre los veinticinco años, tratándose de catorce varones y cuatro mujeres.

En el plazo legal, se instruyeron las oportunas diligencias, pasando los encartados a disposición de la autoridad judicial competente.

Y cuando el domingo, a toda página y con fotografías detalladas del material incautado, la prensa local dio a conocer nuevas detenciones, su estado de ánimo volvió a derrumbarse. No daban nombres, pero la bomba artesanal que decían haber encontrado era la de Mateu, estaba convencida:

### **Detención por la Guardia Civil, de varios dirigentes prochinos y marxistas leninistas**

Los medios de propaganda comunista en Valencia, desarticulados.

En los diversos centros de la organización clandestina se han encontrado explosivos, armas, máquinas de escribir y abundante material.

Las organizaciones clandestinas del partido comunista internacional, que se camuflan con las más diversas denominaciones, con el fin de aprovechar la ingenuidad de los jóvenes, a los que con argucias empujan a colaborar en sus inconfesables fines, acaba de sufrir en Valencia un duro golpe.

La abundante propaganda de matiz subversivo que se arrojaba en los últimos tiempos, los intentos de romper la paz, con alteraciones del orden e intentos de manifestación por causas siempre envueltas en la nebulosa de protestas inconcretas y, en suma los hechos delictivos que, con el camuflaje de “acciones políticas”, se venían llevando a cabo, tuvieron como lógica consecuencia el impulso de las investigaciones por parte de las fuerzas de orden público, y como resultado de las mismas, los duros golpes, que tanto la policía como la Guardia Civil han ido asesando a estas organizaciones clandestinas, que sirven intereses del exterior, y cuyos elementos —cuando se desenmasca-

ran— se autodenominan prochinos y marxistas-leninistas.

Fruto de estas investigaciones a que nos referimos ha sido el rápido y eficaz servicio que acaba de culminar la Guardia Civil de la Comandancia de Valencia y que ha supuesto la desarticulación del aparato propagandístico que el partido comunista tenía montado en Valencia, no sólo para la distribución de material subversivo y de incitaciones a huelgas y manifestaciones de todo tipo, sino también para producir alteraciones y actos terroristas, como bien se desprende del hecho de que en los locales descubiertos se hayan encontrado armas, explosivos, bombas de fabricación casera preparadas, mechas lentas y rápidas, barras de hierro para los manifestantes y otros elementos, todos ellos útiles para estos fines. Todo ello sin contar con las multicopistas, fotocopiadoras, máquinas de escribir, libros y propaganda abundante ya preparada para su reparto.

Por los datos que hemos podido llegar a conocer —ya

que sobre el desarrollo de la investigación no ha sido facilitada información en los medios allegados-, completar los datos necesarios para llegar a la localización de los centros desarticulados, no ha sido fácil, máxime teniendo en cuenta la rapidez con que se ha realizado.

Sin duda, la actividad del partido comunista se inicia con la captación de universitarios y a través de estos el anhelo, normalmente frustrado de llegar a la masa productora, por medio de la fácil demagogía de las expresiones "pobres y ricos". Estos elementos eran los encargados de llevar adelante toda la organización propagandística para la consecución de sus inconfesables fines y amparándose en denominaciones distintas F.R.A.P. o F.U.D.E., por ejemplo, para camuflar, en el momento de la captación de un joven su verdadera filiación comunista.

Pero la eficaz gestión de investigación y vigilancia que la Guardia Civil ha llevado a cabo, ha permitido desenmascarar todo el montaje de subversión. Los

beneméritos observaron actividades sospechosas en un piso en la zona de Chirivella, que se supo tenía alquilado un grupo de jóvenes. En el referido local fueron hallados gran cantidad de propaganda subversiva, manifiesto, panfletos, dos multcopistas, otras máquinas de imprimir y banderas con diversas inscripciones.

Uno de los centros de propaganda estaba, pues, descubierto en tanto que la investigación proseguía. Consecuencia de ella fue la localización de otro piso en la zona de la Ciudad Fallera, en la que fueron localizados una multcopista, una fotocopidora, cuatro máquinas de escribir dos bombas de humo, paquetes de explosivos, cajas de municiones, dos cartuchos de ametralladora anticarro, dos pistolas, dos revólveres, dos cartuchos de dinamita, mecha lenta, banderas, tinta, libros de tendencia comunista y unos mil kilogramos de material subversivo preparado para su reparto.

Un tercer local, en el que junto a abundante material de propaganda comunista fueron halladas barras de

hierro, mechas y fulminantes y una bomba de dos kilogramos, de fabricación casera. El local estaba situado en la zona de Campanar.

Estos locales encontrados por la Benemérita, suponían los centros de los comités local, regional y de juventudes de la propaganda del partido comunista en Valencia.

La Guardia Civil, al proseguir su investigación sagaz, logró la localización de los principales elementos que los integraban; todos ellos, elementos importantes dentro de la organización, cuyos nombres no han sido hechos públicos, pero que se sabe son estudiantes y de edades comprendidas entre los 22 y 25 años.

En este rápido y brillante servicio, la Guardia civil ha puesto además en claro que gran parte de las máquinas que se utilizaban en los centros de propaganda comunista eran procedentes de robos. Por ejemplo, las halladas en el piso de Ciudad Fallera, procedían de un robo cometido en el

Instituto de Sagunto, y las de Campanar, del atraco a mano armada perpetrado en un establecimiento de la calle Salamanca.

Así, merced a la eficaz labor de las fuerzas de orden público y, en este caso concreto, de la desplegada por la Guardia Civil de la Comandancia de Valencia, las actividades del comunismo internacional han recibido un duro golpe, y en él se ha puesto claro, una vez más, sus verdaderas intenciones, que se encaminan exclusivamente al estéril intento de romper la unión y la paz de los españoles.

Aunque sobre el respecto nada sabemos, no es difícil suponer que el servicio culminado ahora por la Guardia Civil no sólo ha supuesto la desarticulación de un núcleo de propagandistas y de actividades subversivas, sino que podrá permitir la localización de otros peligrosos elementos.

Los detenidos y todo el material ocupado han pasado a disposición de la autoridad judicial correspondiente.

Conmocionada con la noticia, Lina trató de superar sus miedos y se encaminó a la Escuela de Agrónomos. Era la única referencia que tenía de Mateu. No sabía siquiera su apellido. Sus encuentros siempre se habían dado en el piso de Esther y no tenía otra forma de dar con él. Se pasó el lunes merodeando por su Escuela, entrando y saliendo, mirando por las clases sin ningún resultado. Abrumada, decidió encerrarse en su casa y volver a estudiar. Las tareas del Partido le habían alejado de la Facultad y había descuidado el curso. Estaba aún a tiempo de preparar los exámenes de Junio. ¿Y Mateu? Lo que le hubiera pasado confió en que no tardaría en saberlo. Agosto de 1973

Agosto de 1973

*París*

Lina había obtenido el pasaporte sin ningún contratiempo. El certificado de penales le había salido limpio. Aun así, al detenerse el expreso en la frontera de Portbou para hacer el cambio de tren, se le encogió el estómago un minuto. Después, tranquila, con el pasaporte en la mano desfiló del puesto fronterizo español al francés sin que la policía de fronteras reparase en ella.

Ansiaba encontrarse con Mateu. Todo este tiempo habían mantenido una escasa correspondencia a través de Esther en cuyo piso se recibió la primera carta de Mateu, la primera señal de que estaba a salvo en París. Tras su desaparición y las detenciones de mayo, ellas no habían reanudado su militancia. No habían tenido noticias de Botí y tan solo se reunieron un par de veces con sus camaradas de Económicas. Lina, como los demás, se centró en sus exámenes y consiguió recuperar gran parte del curso; le quedaron tan solo dos asignaturas pendientes para septiembre.

Sus padres continuaban sin saber ni sospechar su actividad comunista y su padre la había acompañado

a comisaría para certificar su permiso de viaje y su pasaporte.

Mateu le contaba en sus cartas que estaba matriculado en La Sorbonne, en filosofía, y que vivía en un piso con varios compañeros exiliados. Un apartamento muy pequeño, le decía en una de sus cartas, y Lina, recuperada del miedo y la ansiedad que le produjeron las detenciones, deseaba estar de nuevo a su lado. Hasta barruntaba algo en su cabeza, como el quedarse a vivir con él en París. ¿Porqué no? Se decía, podría trabajar y al mismo tiempo continuar sus estudios en la universidad. Desde que Franco cedió la Presidencia del Gobierno al almirante Carrero en el pasado junio, Lina, aislada de la lucha revolucionaria que contribuyera a darle empuje y convencimiento, dudaba. Se había librado de las detenciones pero, intuía que habría más; que con Carrero la lucha se iba a poner más dura, que la dictadura estaba ahí y cada vez era más tiránica. Y tenía miedo. La posibilidad de quedarse en París estaba muy presente en sus deseos inmediatos. Por el momento pensaba pasar un mes de vacaciones y volver a Valencia para los exámenes de septiembre.

El tren de la SNCF ya había sobrepasado Nimês y se dirigía hacia Lyon. Hasta el momento el paisaje había sido muy parecido al español, mediterráneo, seco, sin grandes bosques y repleto de viñedos. Pero el sentimiento que la embargaba era feliz, expectante al visitar por primera vez un país extranjero. Compartía el compartimento con cinco españoles, con toda la apariencia de ser trabajadores inmigrantes. Hablaban entre ellos de lugares, familiares, conocidos y trabajos.

Lina no prestaba atención. Afortunadamente su asiento era de ventanilla y apoyada en ésta, dormitó casi hasta París.

La Gare de Lyon, el final de trayecto de su viaje era muy parecida a la Estación del Norte de Valencia, más luminosa por la estructura de su techado acristalado, con dos vías más y mucho más tránsito de viajeros, pero no se sintió extraña. Una estación con columnas de hierro que soportaban el entramado de vigas también de hierro de la techumbre. Pero estaba perdida a partir de ese lugar. Solamente conservaba una dirección, la que le había dado Mateu por carta: 9 Rue de Crussol. Salió al exterior de la estación y ahí se notó en una ciudad extraña, una gran ciudad de espacios abiertos y luminosos y un calor apabullante que le consternaba el pecho y la impedía respirar. Con su papelito arrancado de un bloc de notas se dirigió a una pareja de gendarmes que se resguardaban a la sombra de la torre del gran reloj de la estación. Les mostró la dirección. Los gendarmes tomaron el papel y con cara de ignorancia –je ne sais pas– la redirigieron a la oficina de turismo de la estación. Allí una joven francesa, *madeimoselle* López, en castellano y amablemente le apuntó en el mismo papel qué es lo que debería hacer: tomar el metro, línea 1 en dirección Neilly, bajarse en Bastille y cambiar a la línea 5, Bobigny, y apearse en cuatro paradas en République. En la Place de la République debería bajar por el Boulevard Voltaire hasta cruzar con la Rue Crussol. No tenía pérdida.

Lina, sofocada por el calor agobiante bajó al Metropolitano para recibir un bofetón de aire caliente vi-

ciado por el ozono y el aceite requemado. Un olor característico que nunca antes había experimentado. En la estación, una de las más antiguas de París, las vigas de hierro fundido pintadas de amarillo refulgían en la sujeción de las vigas, también de hierro amarillo. Chorros de aire caliente circulaban por el túnel, empujados por los vagones, no muy distintos de los del trenet de Liria. Subió al vagón semivació y se acomodó en un asiento doble, de lamas de madera torneadas seme- jando las espaldas humanas. El calor era aún más so- focante en el interior del vagón sin apenas ventilación. Hizo su transbordo y al salir de la estación de Répu- blique, en los cercos metálicos una barrera de CRS le impidió el paso.

–Papiers! –le exigió el guarda negro.

Un par de CRS, uno a cada lado, le impedían el paso. Dos armarios negros, con botas negras que reco- gían el pantalón y sus gorros negros flocados la mira- ban mal. Ella sacó su pasaporte y les dijo con un mal francés:

–Moi, étudiant espagnole.

–Ah. Espagnole. Pas arabe.

–Non. Je ne suis pas arabe.

–Bon. Continuez.

Junto a Lina, un par de árabes se las tenían con otro par de CRS. Los europeos pasaban de largo, indife- rentes.

Lina, instintivamente, llevó sus dos manos a su larga melena, negra como el carbón. A pesar de su piel

pálida, los policías la habían confundido con una árabe.

Subió a la Place de la République, amplia, el doble que la Plaza del Caudillo. La estatua que la presidía, como tres veces la del dictador a caballo de la plaza valenciana. Un sinfín de coches, un tráfico abrumador, un apelotonamiento de personas en gran parte árabes y un calor sofocante que hacía que los grupos árabes se refugiaran a la sombra de los plátanos.

No le fue difícil encontrar la Rue Crussol, una pequeña calle del ancho de dos coches y bordeada de edificios modestos, de cuatro y cinco alturas, antiguos, del diecinueve o principios del veinte. Todos ellos guardaban una característica común: en todos había contraventanas de lamas metálicas que un día fueron blancas. El número nueve formaba junto con los edificios de su misma hilera un bloque, de aspecto similar: la fachada arrumbada y gris y las contraventanas, un día blancas, mostraban descarnadas manchas de óxido de hierro. El portón del patio estaba cerrado y llamó al primer timbre que guió su mano. Le abrieron la puerta. Entró y una señora desde la escalera, en el segundo piso le preguntó. Ella no sabía, ni entendía, solo dijo: Espagnoles.

—Espagnoles, oui, dans la cuatrième.

Subió escaleras arriba hasta el cuarto piso y llamó a la puerta de la izquierda que conservaba un pequeño rótulo: Sánchez. Entreabrió la puerta una cara morena de hombre, cetrina, con el cabello despeinado:

—¿Está Mateu?

El somnoliento individuo entreabrió un poco más la puerta, mostrándose completamente desnudo y dijo:

–Mateo, claro. Tú debes ser Lina, me ha avisado. Pasa, pasa, como en tu casa. Mateo vendrá para la cena, a eso de las siete.

Lina estaba paralizada. El hombre, peludo, con los cabellos rizados de punta y una barba pobre, hirsuta y negra, desnudo como un anacoreta con su pequeño pene asomando de un matojo de hierbajos oscuros, la invitaba sonriente a entrar:

–Mateo nos ha hablado mucho de ti. Eres como nuestra musa revolucionaria. ¡Entra, por favor!

Lina estaba derrotada tras veintidós horas de viaje, pero no hubiera entrado si no se estuviera meando. No podía más. Pidió ir al servicio. El anacoreta le señaló una puerta, elevada un escalón del suelo de la casa. Lina entró en la letrina, sucia, maloliente con el calor. Apreensiva, hizo su necesidad en el agujero practicado en el suelo.

–Descansa en esta cama, vendrás muerta –le dijo al salir el anacoreta–. Y aquí está la sala de baño, por si quieres tomar una ducha.

El piso solo tenía una estancia, con una ventana a la calle. La contraventana mallorquina estaba cerrada y todo quedaba en una penumbra. Al fondo de la sala había un arco, enmarcado con una cortina anaranjada que dejaba ver una cama doble revuelta y una estantería desordenada de cajas de frutería apiladas. Junto a la ventana había otro catre y en un rincón una col-

choneta doble de gomaespuma. Completaba la vivienda una pequeña cocina, sin puerta y también con ventana a la calle.

–Supongo que estás avergonzada, viniendo de España –le dijo Juanín, que así se llamaba el anacoreta–. Aquí siempre vamos desnudos y mojados. El cuerpo humano es intranscendente. Hay que encontrar frescor, con este calor.

Lina estaba verdaderamente agotada y ¿qué iba a hacer en esta ciudad ardiente y desconocida? Se tumbó en el catre y tal como estaba ataviada se quedó dormida.

Al despertar, una chica llenita en bragas blancas estaba a su lado, junto a la ventana abierta, comiendo una manzana, con bocados sonoros.

–Hola soy Isa –se presentó la chica besándola las tres veces de la manera francesa.

Al instante salió de la sala de baño un chico, mojado y desnudo.

–Y él es Manu. Vete a la ducha, verás qué bien. Es lo único bueno que encontrarás aquí –le recomendó Isa, tirando de ella suavemente.

La sala de baño era espaciosa, con una ducha, bidet y lavabo. Era agradable frente a la modestia del resto de la casa. Lina tomó su ducha y se vistió de nuevo con un vestido fresco de verano. Ni por un momento se cuestionó presentarse desnuda o no.

A las siete llegó Mateu. Estaba distinto, como si fuera otra persona. Se había dejado crecer el pelo, que le tapaba las orejas y el flequillo rozaba unas gafas de

metal doradas. Y se había dejado crecer las patillas y el bigote, densos y castaños. Hasta su ropa de corte clásico había cambiado al estilo hippie. A Lina le gustó más si cabe.

Mateu pasó también a la ducha, salió también desnudo y permaneció en tal estado. Cenaron una pasta, viuda de condimentos, sentados en el suelo en torno a una mesita baja y bebieron mucho vino, a pesar del calor intenso que ahora se concentraba en el interior del piso.

Mateu contó a Lina su peripecia hasta llegar allí:

–En cuanto se supo que en Madrid habían matado al social, que en principio se dijo que eran tres, supe que vendrían a por mí. Sabía con precisión que vendrían a por mí. Ya me habían seguido varias veces, así que me fui al pueblo. No tenía forma de comunicarme contigo. Un primo mío, que se me parece bastante me dejó el pasaporte y pasé la frontera con el autobús de Perpinyà. Pensaba quedarme allí. Tengo amigos que están en el Rosselló, independentistas catalanes, pero el Partido me trasladó a París porque aquí tenemos organización y es más importante el trabajo. Isa y Manu son también del FRAP de Valladolid y Juanín no sabe de dónde es –dijo Mateu con intención burlona.

–Soy cura, ¿qué pasa? Y soy de la Organización Revolucionaria de Trabajadores. La ORT. Vasco. De la misma Iruña, pues –le respondió Juanín, riendo.

Lina bebió un par de vasos de vino, fuera de su costumbre y, acalorada, se quedó en ropa interior. El sostén transparente, sin copas, dejaba adivinar sus pe-

chos y marcaba perfectamente sus abultadas areolas rosas. Las bragas, en su cintura dejaban asomar mechones de su pelo lacio. Juanín era ingenioso y continuamente soltaba paridas que los otros reían. Lina se encontraba a gusto y un poco borracha.

Del vino pasaron a una botella de Courvoisier y entre risas, ya con la fresca de la madrugada se tumbaron en las camas. Lina y Mateu en la colchoneta del salón, la pareja de Valladolid en la habitación y Juanín en el catre.

A Lina le pareció, en el momento de aproximar su cuerpo al de Mateu, que hacía una eternidad que no lo tocaba. Como si fuera la primera vez y ella ardiera de deseo de abrazarlo y tocarlo. Próximos, sin apretarse, uno al lado del otro enfrentando sus bocas, se acariciaron. Mateu era más alto y al profundizar su interior ella rozaba con la frente su hombro. Lentamente, sin provocar ruidos ni alterar sus movimientos ambos encontraban su placer. Lina no podía gritar ni gemir y lentamente conoció el éxtasis por primera vez. Era la primera vez que se corría follando.

El día era igual de caluroso que el anterior y en Trocadero, en la explanada revestida de losas de mármol, el sol refulgía sin sombra para evitarlo. Mateu le había convencido de la necesidad de aprovechar el mes de agosto para montar mesas en los lugares turísticos de París con la finalidad de difundir libros y propaganda entre los numerosos turistas españoles que

visitaban la ciudad en vacaciones. Y a tal tarea se dedicaban durante todo el verano.

Lina hojeaba incrédula los libros y folletos cuidadosamente editados que jamás habían llegado al interior:

*Revolución Española* nº 6. *Cuadernos Políticos* nº 1: Significado y naturaleza del nuevo Gobierno del superfascista Carrero Blanco. Quiénes son los nuevos ministros franquistas. De la editorial Frente Unido. *Cuadernos Políticos* nº 2: La monarquía borbónica en España. Instrumento de las castas reaccionarias. *Cuadernos Políticos* nº 3: La colaboración entre el régimen franquista y el régimen colonialista portugués. Un sinfín de cuadernos editados en imprenta que difícilmente se podían encontrar en España. Libros, folletos, periódicos, el *Acción*, el *Vanguardia Obrera*, el *Emancipación*, las *Obras Escogidas de Mao Tse-tung* en tres tomos y la estrella de la mesa, expuesta en un bloque de unos treinta ejemplares: *El Libro Rojo*, de Lin Biao: Citas del Presidente Mao Tse-tung. El librito que enarbolaron millones de chinos durante la Revolución Cultural.

Junto a la mesa, un tablero con caballetes, había otra plegable más sencilla, que ocupaba el Comité de Solidarité avec les Peuples de l'Espagne (CUSPE) y donde por medio de una hucha pedían fondos para les "prisonniers politiques". De la mesa del CUSPE se ocupaban dos chicas francesas y un chico en apariencia francés, Jean-Pierre. Una de las francesas era corpulenta y guapa de cara y hablaba correctamente el

castellano. La otra era menuda, con el pelo corto muy rubio y gafas de gruesos cristales y apenas sabía español. Las chicas acogieron a Lina con fervor: una activista del interior. Sus atenciones para con ella dotaban a Lina de un áurea mística. Jean-Pierre, sin embargo, se mostró indiferente, a lo suyo que era pasar la hucha entre los numerosos viandantes que se dirigían escaleras abajo hacia la Tour Eiffel ¡Solidaridad con los presos políticos de España! repetía en un perfecto castellano.

A Lina le pareció agradable Jean-Pierre y con su paquete de *Acción*, el órgano de expresión del FRAP, comenzó a repartir la prensa junto a él, de forma que a cada persona que echaba algún franco en la hucha le daba un periódico. En un momento que el tránsito escaseó, Lina le preguntó si era hijo de españoles exiliados después de la guerra.

–No. Soy español, de Zaragoza –le contestó Jean-Pierre. ¿Y tú?

–Soy de Valencia.

–¿Estás huida del fascismo?

–No, estoy de vacaciones, aunque milito en España, en el FRAP. He venido para estar con mi compañero, que está exiliado aquí en París.

–¿Exiliado con papeles?

A Lina la pregunta la dejó fuera de lugar. No tenía ni idea. Imaginaba que sí, pero no se lo había preguntado ni le pareció nada importante.

–Te lo digo porque yo soy de la CNT, bueno soy anarco y no estamos por sacarnos los papeles. El Es-

tado nos persigue igual en España que en Francia. Es el mismo capitalismo.

Lina no dijo nada. No le parecía lo mismo, pero no dijo nada. Ahora mismo ella estaba entusiasmada con las revistas y los libros que no había en España y se sentía segura y feliz de estar en el corazón de París repartiéndole propaganda y departiendo con los españoles que pasaban a decenas sin tener que cuestionarse salir corriendo. Sin temer ir a la cárcel por ser poseedora de un periódico. No era lo mismo creía ella. Para nada era lo mismo.

Jean-Pierre disimulaba lo atractiva que le parecía Lina, pero también procuraba estar cerca de ella.

–Trabajo en un café, en el Barrio Latino, en Chez Maurice. Bueno, es el nombre que le hemos puesto los españoles, una coña, y se ha quedado con él. ¿Vendrás luego? Va todo el mundo del exilio con papeles o no.

A Lina le pareció bien y aceptó la invitación.

–Bueno, pues se llama en realidad Le Cloitre, está en la Rue Saint Jacques, detrás de la iglesia de Saint Séverin.

Al midi el sol era abrasador. Los patinadores de barandillas acababan sumergidos en los estanques de las fuentes del Trocadero, al igual que numerosos visitantes. Decidieron variar las mesas de propaganda al pie de la escalinata, abandonando la plaza y aprovecharon para refrescarse. Lina, no obstante, continuó con entusiasmo vendiendo periódicos y trabando amistades, contactos con españoles, que liberados de la dictadura compraban libros, periódicos y se quedaban a charlar.

Otra cosa era tomar un contacto, nombre o dirección en España.

Por la tarde, le soir francesa, acudieron a Chez Maurice. Los demás, Mateu, Isa y Manu, al igual que las francesas del CUSPE conocían y frecuentaban el café. Un local descuidado y nada turístico con puertas de madera acristaladas con cuarterones y un interior sencillo con poco más que mesas y sillas de madera. Mateu no había recomendado ir a ese tipo de locales donde acudían los exiliados, por ser de conocimiento público y permeables a la policía franquista, pero nadie le hizo caso.

Jean-Pierre servía las mesas ataviado con un mandil negro, con poca gracia y por lo que pudo deducir Lina de su escasa conversación con la gente francesa, con poco francés. En un momento que éste, libre de trabajo se quedó apoyado en la barra, ella se le acercó:

–¿De Zaragoza y te llamas Jean-Pierre?

–Es una coña, como lo de Maurice, que se llama Hervé –dijo señalando al propietario del café, tras la barra–. Los españoles siempre están de coña con los franceses. A mí me pusieron Jean-Pierre pero mi nombre es Ramón.

–Te queda mejor Jean-Pierre. Es como más... interesante –le dijo Lina, coqueta, regalando la gran sonrisa de su boca carnosa, a sabiendas que algo había en él hacia ella.

Jean-Pierre se sonrojó y acudió a servir una mesa. Era un poco mayor que Lina, de unos veintidós y también un poco más alto. Delgado y fibroso. Llevaba el

cabello un poco rubio ensortijado y la barba parecida al pelo de la cabeza. Y mantenía una mirada azul, chisposa y honesta. A Lina le cayó bien.

En la mesa mantenían una discusión acalorada en torno al *Libro Rojo* de Mao. La chica del pelo corto y gafas graduadas del CUSPE estaba enfrentada a Mateu, en francés. Este acababa de sostener que se debía huir de catecismos y la chica maoísta le replicaba tal como si hubiera pronunciado una herejía. Lina no podía tomar parte, ni entendía gran cosa del idioma ni había leído el libro, pero lo había comprado todo y pensaba leerlo todo. La otra francesa, la llenita con la cara guapa, se dirigió a Lina en un correcto castellano, interesada en que contara cosas de España. Quería saber lo cotidiano, cómo se organizaban, cómo reparían la propaganda, cómo la hacían, cómo evitaban a la policía política...

Lina, contando sus experiencias fue por unos momentos el centro del café. Tan segura y natural hablaba que todo era creíble. El café se había llenado, en su mayoría de españoles jóvenes de ambos sexos. Bastantes melencidos y barbudos, casi todos con camisas. Las chicas con pelos lacios y ropa fresca de verano, camisetas sin sujetador.

La chica maoísta, Cloe, insistía en sus razonamientos: El Primer Mundo eran las grandes superpotencias, La URSS y los EEUU, el Segundo Mundo los países desarrollados de Europa y el Tercer Mundo los países subdesarrollados cuyo líder indiscutible era la República Popular China del Presidente Mao. La unión del

Tercer con el Segundo Mundo pondría freno a las superpotencias, de las cuales, la más peligrosa era el social imperialismo soviético. Mateu le discutía con vehemencia: El imperialismo más peligroso eran los EEUU, sin descartar la naturaleza social imperialista de la UURSS, pero para los españoles el enemigo principal era el imperialismo yanqui y en la cadena imperialista, España era el eslabón más débil: La revolución estaba a la vuelta de la esquina en nuestro país.

Fue decir esto Mateu y desencadenarse una acalorada discusión entre varios grupos de clientes. Hasta Jean-Pierre, de pie entre dos mesas intervino a voz en grito:

—Donde hay Estado hay capitalismo. En la URSS y en la China el modelo de producción capitalista está incluso exacerbado. Los campesinos son obligados a dejar el campo para hacinarse en las ciudades en busca de un trabajo asalariado miserable, mientras que las nuevas clases burocráticas acumulan poder y riqueza. El colectivismo y la autogestión son el futuro de la humanidad.

No había muchos anarquistas en la sala. Le silbaron hasta que Maurice sacó su acordeón y tocó “El paso del Ebro” a la que se sumaron todos cantando.

Entrada la noche volvieron al piso de la Rue de Crussol, todavía abrasador. Juanín les esperaba desnudo, como era habitual, y con una fuente de arroz a la cubana dispuesta en la mesa.

Bebieron más vino y Lina y Mateu volvieron a

hacer el amor en silencio, uno junto al otro, conteniendo gestos, suspiros y arrebatos.

“El camarada Mao Tse-tung es el más grande marxista-leninista de nuestra época”. Así empezaba el *Libro Rojo* que Lina tenía entre sus manos. Conforme avanzaba en su lectura le fue resultando más interesante. No podía tomarlo como un catecismo, como había dicho Mateu. Cada cita era una reflexión, o así lo estaba entendiendo ella:

*Hacer la revolución no es ofrecer un banquete, ni escribir una obra, ni pintar un cuadro o hacer un bordado; no puede ser tan elegante, tan pausada y fina, tan apacible, amable, cortés, moderada y magnánima.*

*Una revolución es una insurrección, es un acto de violencia mediante el cual una clase derroca a otra.*

Por más que le daba vueltas no encontraba fisuras. Ella creía en esto:

*El sistema socialista terminará por reemplazar al sistema capitalista: esta es una ley objetiva, independiente de la voluntad del hombre. Por mucho que los reaccionarios traten de frenar la rueda de la historia, tarde o temprano se producirá la revolución y, sin duda alguna, triunfará.*

El día siguiente resultó parecido al anterior: Trocadero y mesa de propaganda, Jean-Pierre, Chez Maurice... con la ausencia de Mateu.

Por la noche, de vuelta al piso de la Rue de Crusol, Mateu estaba acompañado de dos camaradas venidos de Perpignan. Dos camaradas catalanes, los dos altos y bien parecidos. Estaban totalmente vestidos a pesar del calor sofocante. Había aparecido un radiocasete y estaba puesta una cinta de Brassens que Mateu y los catalanes acompañaban cantando en francés: *Les copains d'abord*. Había una botella de rouge abierta y varias sin abrir sobre la mesita. Interrumpieron su acompañamiento para hacer las presentaciones e Isa y Manu pasaron a la sala de baño para tomar una ducha. Salieron bastante desnudos y se incorporaron al grupo. Lina tomó su ducha y se unió al grupo en ropa interior. Al poco llegó Juanín acompañado de un compañero también navarro que traía una guitarra.

La pequeña fiesta duró hasta la madrugada cuando, Madame Bouriel aporreó la puerta:

—¡Oh... les espagnols ils sont la canaille! ¡Oh... vous fait chier, cons d'espagnols! ¡Taisez-vous!

A esa hora habían acabado con las botellas de vino y casi con todo el repertorio de Chicho Sánchez Ferlosio: *Canciones de la Resistencia Española*: A la huelga, Los gallos, Fusiles contra el patrón, Canción de Grimau, La Paloma... Y las canciones catalanas y vascas que por turno entonaban los de esos pueblos.

Su mes de vacaciones se le pasó en un vuelo, entre las diversas mesas de propaganda en los lugares más turísticos de París, los ratos en el café de Maurice, la compañía de Jean-Pierre, las discusiones con las chicas

maoístas, las veladas en el piso de la Rue de Crussol y los pequeños arrimes de todas las noches con Mateu. Le llegó la hora de partir. Disponía del tiempo justo para preparar el examen de septiembre de *Introducción al Derecho* y de *Probabilidad*.

Septiembre de 1973

### *Universidad de Valencia*

El almirante Luis Carrero Blanco, Presidente del Gobierno en sustitución del Generalísimo, nombró en el mes de junio Ministro de Educación al entonces Rector de la Universidad Autónoma de Madrid, Julio Rodríguez Martínez, conocido represor del movimiento estudiantil. Era un nuevo alineamiento de la dictadura con sus más fieles y duros seguidores. El nuevo ministro se sacó de la manga el “Curso Juliano”, curso académico que comenzaría en enero, con dos meses de vacaciones en verano y terminaría en diciembre. Al tiempo remitió la siguiente circular a los diferentes rectorados:

*“Remito a V.N.E. relación de alumnos de esa Universidad, así como informes confidenciales acerca de los mismos, para que les sea aplicado lo dispuesto en el artículo 28º del vigente Reglamento de Disciplina Académica aprobado por el Decreto de 8 de Septiembre de 1954...”*

Lina pisó Valencia y de nuevo surgieron en su in-

terior las antiguas sensaciones inquietantes. Un rumor en el esófago, una ligera presión en el pecho al respirar, un baile de San Vito que la hacía estar en ninguna parte quieta. Temor y ansiedad. Se encerró en su casa centrada en los exámenes y evitó ver a nadie. París quedó como un sueño.

–¡Está estudiando! –oyó que decía su madre– ¡Ha dicho que no la moleste nadie!

–¡Tengo que verla!... –oyó que decía su amiga Esther en el vestíbulo de su casa–. ¡Tengo que verla, es muy, muy importante!

Su corazón se encogió.

Esther pasó a su habitación y esperó a no decir nada hasta que su madre se hubo marchado y cerrado la puerta.

–¡Han expedientado a más de trescientos! ¡Setenta sólo en Económicas! ¡Hay que ir a la Facultad!

Lina rompió a llorar. Las lágrimas salían de sus ojos a borbotones. Cayó en la cama sin fuerzas. Lloraba, lloraba desmadejada sin poder hacer otra cosa. Ella estaría en esa lista. Era la más activa de la Facultad. Había intervenido en numerosas asambleas. No habría pasado inadvertida.

Dos parejas de grises custodiaban el interior de la Facultad, además de un par de individuos cuya apariencia hacía indicar que eran dos sociales. No había ninguna lista en el tablón ni nada que pudiera confirmar el rumor de los expedientes. No había grupos de estudiantes ni carteles. Al contrario que en otras oca-

siones, la Facultad presentaba un aspecto de absoluta normalidad, la que correspondía a la falta de clases por exámenes. Recorrieron un par de plantas y, al salir, entrando en el vestíbulo apareció el resto del grupo de Económicas.

–¡Están mandando cartas de expulsión! –dijo el más joven y politizado del grupo mostrando la carta que había recibido.

Corrieron a ver la carta y sí, en aplicación del art. 28 del Reglamento de Disciplina Académica de 1954 se prohibía la entrada a las aulas y al recinto universitario al joven estudiante por haber perturbado o amenazado perturbar en el futuro la disciplina académica.

–¡Pero esto... esto es ambiguo, no te acusan de nada concreto, cualquiera puede haber sido expedientado! ¡Es completamente dictatorial!

–¿Y dónde te crees que estamos? Esta Universidad es un nido de nazis hijos de puta –gritó el joven estudiante para que todos lo oyeran.

–¿Y a cuántos han expulsado?

–No lo sabemos, dicen que a casi cuatrocientos.

–¿Cuatrocientos? No puede ser. Eso es todo el mundo a la calle.

–Vamos a preguntar a Moreta, ése seguro que sabe algo –dijo Esther.

El bedel Moreta era el confidente y hombre de confianza del Decano, un falangista accesible que por su ancianidad resultaba inofensivo. Les dio las cifras bastante exactas del alcance de los expedientes: 70 en Eco-

nómicas, 88 en Filosofía, 70 en Ciencias, 40 en Medicina y 40 en Derecho. ¡Todos los rojos a la calle, hale! Les confié el bedel respaldado por la cercanía de los dos sociales.

–¡Nazis hijos de puta!

–¡Fascistas!

Empezaron a gritar en pleno hall de la recién inaugurada Facultad en el Paseo al Mar, formando un pequeño corrillo. Una pareja de la Armada se les acercó y les conminó a abandonar el hall y salir a la calle:

–¡Hagan el favor! ¡No pueden permanecer en la Facultad!

Esther tiró de la manga del joven revolucionario que salió gritando e insultando a los grises.

–¡Nano, calla que aún te llevarán!

En la puerta se reunió un numeroso grupo que escuchaba a un estudiante de los últimos cursos:

–El despacho de García Esteve está cuantificando los expedientes y unificando los recursos. Os recomiendo que acudáis a él. No podemos hacer otra cosa sin gente en las aulas que se pueda mover.

La carta de la Universidad de Valencia esperaba a Lina en el buzón de su casa. La habían expedientado. No podría continuar sus estudios. Lloró de nuevo, desconsolada. No sabía qué podría decir a sus padres. Y lo que antes barruntaba en su cabeza tomó consistencia. No seguiría un día más en Valencia. Se marcharía a París con Mateu.

Alberto García Esteve, abogado, militante del PCE, mantenía un bufete en la calle del Almirante. Un despacho de abogados que se dedicaba casi en exclusividad a la defensa de los represaliados, penales y laborales, del franquismo. La honestidad y el buen hacer de Alberto estaba fuera de toda duda y allí acudió el grupo de Económicas.

El despacho, en el centro antiguo y próximo al Gobierno Civil, ocupaba un piso amplio y viejo. En cada una de las estancias había mesas repletas de legajos, papeles sueltos y todo él era una maraña de libros y papelorios. Al llegar, el bufete era un guirigay de estudiantes expedientados, cada uno con su propia historia. Cada uno exponía sus conjeturas sobre el alcance de las expulsiones. El abogado Alberto trató de poner calma y orden:

—Estamos en ello. La orden para la aplicación del artículo 28 del Reglamento de Disciplina Académica, así como el listado de los estudiantes sancionados, procede de la Dirección General de Universidades para su aplicación en todos los rectorados de España. Es una orden directa de Carrero Blanco pero, por el momento solo ha sido aplicada en la Universidad de Valencia por el rector Báuena. En la Universidad Politécnica no lo han aplicado. Como digo, solo Báuena lo ha llevado a efecto. Estamos estimando su alcance y es seguro que afecta a más de trescientos estudiantes, entre trescientos cincuenta y cuatrocientos. Tenemos prepa-

rado el recurso, que de manera individual debéis presentar a la mayor brevedad.

–¿Por qué la Universidad de Valencia? –interrumpió a García Esteve el joven de Económicas.

–Bueno, todos sabéis quién es el rector Báguena.

–El rector es un hijo puta nazi pero, no nos vale con quedarnos en él. Hay una Universidad entera que respalda la represión: decanos, profesores, PNN, Junta de Gobierno. Es la institución la que reprime. La responsabilidad es de la Universidad de Valencia. No nos vale con echarle la culpa a Báguena. Es la Universidad la que se configura como una plataforma nazi, compuesta de educadores nazis de donde van a salir nazis marcando el paso de la oca con el brazo en alto cantando el “Cara al Sol”.

–Es una manera exagerada de ver las cosas. Hay oposición a la medida. Báguena ha cesado a toda la Junta de Gobierno y el Colegio de Filosofía y Letras se ha pronunciado en contra.

–Y mientras: nosotros expulsados.

–¿Cómo nos va a afectar el expediente? –preguntó Lina.

–En principio y hasta que no se resuelva el recurso, tenéis prohibida la entrada en las aulas y en el recinto universitario. Además, la aplicación del Reglamento anula de forma inmediata las prórrogas de la mili, la incorporación a las milicias universitarias y también implica la retirada del pasaporte y la prohibición de viajar al extranjero.

–Pero yo –dijo Lina- tenía pensado matricularme

en La Sorbona. Tenía previsto irme a estudiar a París.  
¿Qué hago ahora?

–Irte lo más pronto posible, antes de que les dé tiempo a anular tu pasaporte. Antes de que te citen para retirártelo.

–¿Y en base a qué criterios nos han seleccionado?  
–volvió a preguntar Lina.

–Han debido de actuar conjuntamente varios Ministerios: Gobernación y Justicia al menos. Los expedientados son gente que o bien había sido procesada por el TOP o multada por actos contrarios o que simplemente les habían retirado el carnet en alguna asamblea o en algún acto de tipo contrario a la dictadura. También ha debido pasar listas de fichados la BPS.

–¿Tú crees que por llevarme a Jefatura una vez me pueden haber expedientado?

–Probablemente.

Lina había recordado su detención en el Cine Club de Farmacia y le alivió en parte comprobar que podía haber sido ésa la causa y que no estaba por tanto fichada por la Brigada Social.

Decidió marcharse cuanto antes. Decidió contar con sus padres, explicarles su lucha y contarles la verdad. Sabía que no podía contar con su ayuda económica, porque no contaban con medios suficientes pero ¡ya se las arreglaría ella sola!

Diciembre de 1973

*París*

Lina tenía el tiempo justo para tomar el metro, línea 6 dirección Nation en Bir-Hakeim. Entró por la boca de Champ de Mars evitando el frío invernal intenso y húmedo de París. Le faltaba un trecho subterráneo hasta su estación. Prefería el calor tibio y maloliente de los túneles del metropolitano al aire gélido del Campo de Marte. Ni su gorro ni sus guantes de lana evitaban que anduviese encogida y tiritando. Acababa de terminar donde Madame Arnaud y todavía conservaba las manos templadas tras el par de horas restregando la tarima de roble normando que la madama le hacía fregar cada día con agua hirviendo. Se arrodillaba cada día sobre un cojín plano y fregaba con ímpetu una parte del inmenso apartamento de Madame Arnaud, bajo la atenta mirada de ésta que día tras día le repetía las mismas instrucciones: –Ne laissez pas les coins. Frotter plus fort. Oh mon dieu, encore plus fort. Lina le había tratado de explicar la existencia de una fregona con palo, para no tener que escurrir el trapo ni arrodillarse. Pero era algo desconocido en las casas francesas. Así que, arrodillada sobre un ligero

cojín empapaba el paño con el agua hirviente y casi sin escurrir restregaba la madera, escurría el trapo torciéndolo con todas sus fuerzas y secaba la madera.

Madame Arnaud era una burguesa de su mismo inmueble, solo que Lina ocupaba un trastero en el desván, uno de los muchos que los propietarios habilitaban para uso de emigrantes, y entraba y salía por el patio de la escalera del servicio y la madama disponía de un inmenso, lujoso y decadente portal donde una pareja de porteros españoles le hacían las reverencias: la señora Engracia y su marido Servando, emigrantes de los primeros años sesenta. Servando era del PCE y se llevaba bien con Lina y Mateu. Les guardaba su baguette y discutía con ellos sobre la situación en España. Lina evitaba entrar en las diferencias políticas de sus partidos y ponía el acento en las palabras gruesas contra el dictador y su dictadura, que eran los puntos de coincidencia. Por otra parte, Servando era ignorante de los matices políticos que los diferenciaban. Mateu era más reservado y evitaba alargar la conversación más allá de la amabilidad indispensable.

Su habitación en el desván la habían obtenido por mediación de Dominique, la chica de la cara guapa del Comité de Solidaridad. Pagaban una fortuna por un cuchitril con una cama de cuerpo y medio y un lavabo, sin ventana en ningún tabique y como toda luz, una claraboya impracticable en la cubierta aguardillada. La letrina y la ducha estaban aparte, en el mismo estrecho pasillo, de uso colectivo para los emigrantes inquilinos. Pero estaba en el centro de París, en el mismo Campo de Marte.

Lina hacía transbordo a diario en Raspail y tomaba la línea 4, Porte d'Orleans, hasta Alesia. Caminaba un buen trecho deprisa, tiritando, con sus pasos cortos y continuos hasta la casa de Monsieur y Madame Racine. Cuando llegaba a su apartamento, siempre antes de las doce, el señor ya se había marchado y la casa estaba vacía. La madama nunca estaba. Ella era profesora en Lille y pasaba la semana en esa ciudad. Monsieur Racine se ocupaba de las dos niñas: les daba el desayuno, las vestía y las llevaba al colegio. Lina encontraba la casa patas arriba cuando llegaba, pero los señores no eran nada exigentes en su limpieza y siempre encontraba en la nevera, a su disposición, un buen surtido de quesos y un resto de una buena botella de rouge de Bordeaux. También este trabajo, provenía de la recomendación de Dominique. Le había advertido que eran un matrimonio muy burgués y muy de derechas, votantes de Chirac y del Erre-Que-Erre, como le llamaba Jean-Pierre. Esto era lo que la asombraba: en España jamás había visto a un marido ocuparse en algo de la casa, fuera de izquierdas o de derechas; ni rojos ni azules. En España era impensable que una mujer trabajase y permaneciera alejada de su hogar durante toda la semana mientras su marido se ocupaba de la casa. Impensable.

Planchar camisas. Era en lo único que Monsieur Racine le insistía en la perfección. A las cinco, Lina recogía a las niñas del colegio y esperaba en la casa hasta que él llegaba. Había pasado el día. Luego, no tenía fuerzas para fiestas, que por otra parte eran escasas.

La tristeza del invierno se abate sobre París cada mes de diciembre.

Los fines de semana Mateu casi siempre viajaba por Europa. Sus tareas de responsabilidad le llevaban a las organizaciones del FRAP en diversos lugares. Mateu ya ocupaba un puesto en el Comité Ejecutivo. Y Lina la mayoría de su tiempo libre lo ocupaba dedicada al CUSPE, el Comité de Solidaridad.

Ella había recrecido su nivel de conocimientos políticos, en parte por las discusiones que mantenía con las chicas maoístas y con el anarquista Jean-Pierre y en parte por el estudio, la lectura y el aleccionamiento constante de Mateu cuya capacidad dirigente era ya notoria.

Los viernes por la tarde libraba donde Monsieur Racine y acudía a la mesa que el CUSPE colocaba en la Place de La Sorbonne, junto a la Universidad y que atraía a una multitud de estudiantes de diversos países: tupamaros uruguayos, senderistas peruanos, guevaristas, montoneros argentinos, colombianos del EPL... todos los defensores de las guerrillas latinoamericanas y algún que otro de la Gauche Prolétarienne, la Acción Directa, las Brigade Rosse o de la Rote Armee Fraktion alemana. Al terminar, tal como una obligación mística, acudían a Chez Maurice.

Lina, con el tiempo, había intimado con Jean-Pierre, a fuerza de ser la persona cercana a la que confiar su desaliento. Jean-Pierre la escuchaba pero no callaba:

—No sé qué pintas aquí, la lucha está en España. Aquí no hay más que burócratas apoltronados vi-

viendo del cuento solidario, cuando no directamente de la subvención de refugiado. Todos tienen aquí sus dirigentes ejecutivos que no arriesgan nada, mientras las bases se la juegan en el interior. Los del pecé, los tuyos, los míos, viven como dios del rollo político...

Jean-Pierre, en su propia fantasía, se estaba marchando a Toulouse todas las semanas, donde sus compañeros cenetistas le pasarían la frontera por un paso de montaña. Le estaban esperando en Barcelona para incorporarse a un grupo del MIL. Pero pasaban las semanas y seguía en Chez Maurice.

–No puedes seguir aquí haciendo de criada –ni siquiera eres mantenida– de un alto ejecutivo –le reprochaba Jean-Pierre refiriéndose a Mateu, con el que en varias ocasiones había mantenido disputas en torno al estalinismo y al que no miraba con buenos ojos.

Lina se reía de él, pero su discurso iba calando en ella a medida que se iba cansando de vivir de la manera que vivían sin encontrar compensación alguna. Ya ni siquiera encontraba satisfacción con Mateu en la cama, ahora que estaban solos. Mateu la montaba rutinariamente. No podía decir que la forzase. Ella estaba a gusto, encontraba placer pero nunca llegaba al orgasmo y había evitado hasta el momento hablar de ello con él. Y sí, había intentado, hasta llegó a estar en la puerta de la embajada española, legalizar su situación, obtener papeles de alguna forma. Y sí, había considerado volverse a España. Esther le escribía a menudo y le contaba que la gente expedientada se estaba matriculando por libre y asistía a las clases con el consenti-

miento de algunos profesores. Pero Mateu se lo quitaba de la cabeza: si por alguna de esas le comprobaban el pasaporte en la frontera, acabaría en la Cárcel de Mujeres de Valencia. A veces a ella le hubiera dado igual.

Algunos días, cuando el desaliento le sobrepasaba, dejaba de comer. Solo Jean-Pierre lo sabía y se podía ocupar de ella. Le preparaba en el café sándwiches de jamón con mantequilla que le hacía comer. Ella se dejaba, una vez lograda su llamada de socorro.

Una tarde, ya a mediados de diciembre, Mateu le pasó una cita en la Place de St. Michel, en el Barrio Latino. Una cita importante a la que debía acudir sin falta. Por la forma misteriosa cómo se lo dijo, Lina intuyó que algo había. Algo que tendría que ver con el Partido. Y allí en la cita estaba Botí, su antiguo responsable en Valencia. Lina corrió a abrazarle, se colgó de sus hombros y lloró de emoción. Botí había acudido a París a una importante reunión del Ejecutivo y Mateu le había pedido que se entrevistara con Lina, a la que encontraba alicaída, débil y desanimada. Botí no quería marcharse de París sin verla y conversar con ella.

–Bueno, sigo militando en la clandestinidad –le respondió a su pregunta de qué había sido de él.

–¿En Valencia?

–Sí, he vuelto a Valencia una vez se ha calmado la represión. Desaparecí un tiempo en las caídas y ahora estoy de nuevo en la brecha.

–¿Y la gente? ¿Qué queda?

–Ya sabes, en la primera caída cayeron Magre, Seco, Durbán... bueno los que tú conocías del Local. Os salvasteis Mateu y tú nada más. Luego cayó más gente, en un salto.

–¿Y los expedientes? ¿Qué sabes?

–Han tenido un efecto desmovilizador, que es lo que pretendía la dictadura. La gente está acojonada y la universidad completamente desmovilizada, por el momento. Pero bueno, la lucha no está en el movimiento estudiantil. Estamos centrados en las fábricas y el movimiento obrero, preparando respuestas al Proceso 1001 y preparando la Huelga General Revolucionaria, la HGR, en contraposición a la revisionista Huelga General Pacífica. En breve tiempo nos vamos a reponer de nuevo. El FRAP es ya una realidad en todo el Estado, se ha consolidado como la única vía revolucionaria contra la dictadura y su proclamación es inminente. Es por esto que yo estoy aquí. Y hay muchas novedades en torno a la violencia revolucionaria y la lucha armada –le confió enigmático Botí.

–¿Qué novedades? –le preguntó Lina.

–Vamos a iniciar la formación de grupos específicos de combate, el embrión del futuro ejército popular. Te lo concretaré en cuanto te incorpores a la organización en Valencia. Puedes volver, no estás en ningún sumario. Nadie te ha cantado. Tienes que volver, eres necesaria en nuestra organización.

–Es lo que más quiero en estos momentos, pero no tengo pasaporte, me lo han retirado. No sé cómo pasar la frontera.

-Ya lo arreglaremos. Lo importante es que estés fuerte y que tengas ganas de continuar en la lucha.

Cenaron juntos en un pequeño restaurante del barrio y Botí habló y habló. El Proceso 1001, el juicio político más importante del franquismo, donde se iba a juzgar a toda la dirección de las Comisiones Obreras, estaba movilizándose masivamente en España y en toda Europa. Si bien los procesados eran revisionistas, lo importante de participar en las movilizaciones era la defensa de los derechos de la clase obrera y explicar cómo con la dictadura de Carrero se cerraban las puertas a la reconciliación nacional y a todas las componentes de los revisionistas con la oligarquía. De la dictadura de Carrero no se podía esperar más que represión y la muestra más importante era el encarcelamiento y el juicio a los dirigentes de Comisiones Obreras. No sólo se perseguía a los “extremistas” sino que la represión alcanzaba hasta los sectores más moderados de la oposición a la dictadura.

-Tenéis que intervenir en el mitin que el PCE convoca en la Mutualité en contra del juicio. Nuestro partido debe hacer oír su voz. Encontrar la manera de estar presentes en el acto.

El comisario Minuesa deambulaba por la puerta de la Maison de la Mutualité, arriba y abajo con el paripé de una espera, fijándose concienzudamente en los grupos que esperaban en la puerta. Atento a quien entraba. Era un buen fisionomista y había educado tras muchos años su memoria visual. No se le escapaba

una cara. De cuando en cuando daba unas pataditas en el suelo para calentar los pies. Iba bien abrigado, con un gabán de paño de lana, bufanda, guantes y un gorro orejero de uso muy frecuente en París pero, había descuidado el calzado y se le estaban helando los pies. Su aspecto era exactamente igual al de muchos de los asistentes al mitin que el PCE había convocado para denunciar el inminente proceso a los dirigentes de la Comisiones Obreras. Era un trabajador inmigrante más, un español de Cuenca en un mitin comunista.

En un lugar discreto, junto a la puerta al pie de las escaleras, había una pequeña mesa y un par de jóvenes repartiendo octavillas y prensa: ¡el *Vanguardia Obrera*! Voceaba una chica. Se acercó a curiosear. Propaganda del FRAP. Se hizo el ignorante y preguntó qué era el FRAP. Compró un *Acción* y al fijar la vista en el joven que le cobraba el periódico ¡zas! se le hizo la luz: ¡el agrónomo! Un momento antes había estado repasando su foto en su portafolio, en el hotel. Estaba muy cambiado pero a él no se le escapaba una cara. Y la chica que lo acompañaba era con toda seguridad la morenita.

Mateu salió de su puesto dispuesto a tomar el contacto y estaba a punto de explicarle el folletito de los seis puntos del FRAP, cuando cuatro fornidos del servicio de orden con brazaletes del PCF los echaron con malas maneras: no podían estar allí. Ante las protestas de Mateu le dijeron que se montaran ellos un mitin. Que no iban a tolerar que les insultasen en su puerta.

El comisario Minuesa no salía de su asombro. Ni por un momento pensó que los comunistas no fueran uno solo. Y menos que llegaran a enfrentamientos entre ellos. Entró en la sala llena de gente, paseó por los pasillos disimulando buscar un lugar, una persona, fijándose en todas las caras sin ningún resultado para lo que él buscaba. Estaban los clásicos, los dirigentes en las primeras filas, pero nadie que él pudiera reconocer de la organización valenciana. ¿Se habían quedado en casa? Algo no iba bien. Algo estaba siendo inusual.

En el hotel, volvió a repasar los informes de la embajada. Volvió a repasar las fotos de los subversivos que podían haber encontrado escondite en París. Volvió a trazarse una ruta. Tachó los lugares comunes: la Casa de España, los locales del PCE, los bares que frecuentaban los emigrantes españoles. Y de entre todos destacó un café que jamás había visitado con anterioridad: Le Cloitre. Un café en el Barrio Latino que según aseguraba el informe era frecuentado por extremistas terroristas en su mayoría españoles, aunque el informe nombraba también a terroristas latinoamericanos, italianos y alemanes. Lo puso en el primer lugar de su ruta. Para el día 20 por la tarde. Era el día del juicio a los comunistas de Comisiones Obreras y supuso que habría movimiento en el cafetín.

Escribió el informe de su asistencia al mitin y su encuentro con el agrónomo y la morenita. Recordó las detenciones de mayo. A pesar de haber sido felicitado no logró el ascenso, la Guardia Civil se llevó las condecoraciones y no estaba satisfecho con sus resultados.

Se le habían escapado los dos principales dirigentes. Y sí, había logrado un éxito mediático con el descubrimiento de las armas y los explosivos en el piso de Santiago Baset, pero ninguno de los detenidos reconoció haber cometido ningún atentado ni tampoco se comieron los artefactos incendiarios. Su preocupación, y con ella divagaba él mismo sin exteriorizarlo, era: hasta qué punto el FRAP iba a usar las armas. Estaba completamente convencido de que ni las armas encontradas ni los explosivos habían sido utilizadas, ni los detenidos hubieran sido capaces de hacerlo. Eran todos unos estudiantillos, de buenas familias, educados en colegios religiosos. No los veía con una pistola en la mano. En este punto de su reflexión se deprimía. Era el momento de pasar la mano por la calva. Todo estaba cambiando: los subversivos eran otros, más jóvenes, con aspectos diferentes. Él ya no cuadraba entre ellos. Y sin embargo era el momento de ascender en el escalafón, nunca estaría mejor que con el Almirante en el Gobierno y Sánchez-Malo en Gobernación. Podría subir cuanto quisiera. Pero necesitaba un triunfo, un hito en su carrera, como la detención de todos los dirigentes de Comisiones a nivel estatal. Eso sí que era un éxito y no andar detrás de estudiantes toca huevos.

20 de Diciembre de 1973

### *Rue de Saint-Jacques*

¡Carrero! Pam-pam ¡Carrero! Pam-pam ¿Qué haces subido en el alero?

Una y otra vez, los centenares de jóvenes que atiborraban la Rue de Saint-Jacques coreaban saltando y dando palmas el recién improvisado estribillo. En Le Cloitre, Maurice había descorchado botellas de champagne que iban de mano en mano bebidas a gollete entre el júbilo desbordante.

El presidente del Gobierno, el almirante Luis Carrero Blanco, había saltado por los aires esa mañana. Una explosión había elevado su coche por encima del convento de San Francisco de Borja yendo a parar al alero del tejado. Al mediodía su muerte ya era oficial. Y por la tarde, la colonia española en París celebraba el acontecimiento.

*Voló, voló, Carrero voló y hasta el alero llegó.*

La alegría de Lina era tal que abrazaba y besaba a todo desconocido, saltaba, volaba. Por fin un acontecimiento satisfactorio, después de tantos sinsabores. El autor de sus desgracias por fin había desaparecido.

*El jueves antes de almorzar Carrero Blanco fue a rezar. Pero no pudo rezar porque tenía que volar.*

*Y si volaba hacía así. Y si volaba hacía así. Así volaba que yo lo vi.*

La gente volaba. Lina volaba. Todos imitaban el vuelo con los brazos. Una y otra vez repetían las cancioncillas recién inventadas. Una y otra vez saltaban y volaban.

No tenían pena ni remordimientos, al contrario: saltaban de alegría. Carrero había sido ajusticiado. El criminal nazi que no había podido ser juzgado en el Tribunal de Nuremberg lo había sido esa mañana.

Por el chaflán de Saint-Germain subía Juanín con un grupo de vascos portando una Ikurriña, la enseña de la Nación Vasca. Iban con las txapelas y el kaiku vasco. A su paso la gente levantaba el puño, aplaudía y todos cantaban el Eusko Gudariak. Todos, en ese momento eran soldados vascos.

El comisario Minuesa dobló casi en ese momento el mismo chaflán. No tenía ni idea de qué podría pasar al ver tal maraña de rojos melenudos, desarrapados, de ver tanto tabardo militar, tanta trenca, tanta falda corta. Por un momento llegó a pensar si esto era así siempre, una juerga subversiva permanente. Preguntó. ¡La ETA se ha cargado a Carrero Blanco! Buscó una cabina y llamó a la embajada. No podía dar crédito: Carrero muerto. Asesinado en un atentado terrorista. Se hundió el mundo a sus pies. Nada ya sería igual: el al-

mirante era insustituible. Era la garantía de continuidad.

En un momento de lucidez, Lina dejó de cantar y de bailar. La desaparición de Carrero suponía el fin de la dictadura. Suponía la agonía del Régimen. Era el momento de volver y luchar.

La casualidad quiso que Jean-Pierre quedara a su lado. Lina se echó en sus brazos compartiendo su alborozo y él le robó un beso fugaz de su boca, para al momento separarse de ella arrepentido. No quería perder su confianza y amistad.

–No te preocupes, es la alegría –le dijo Lina al descubrir su gesto alejado.

–¡Lina, me vuelvo este domingo a España!

–¿Puedo ir contigo?

–Claro que puedes –le contestó Jean-Pierre volviéndola a abrazar–. Pero, ¿estás segura? –le susurró en su oído–. Es muy duro y peligroso, vamos a cruzar la frontera por un paso de montaña burlando a los civiles.

–Quiero ir, no me importa. Haré lo que sea con tal de irme de aquí.

24 de Diciembre de 1973

*Portillón de Benasque*

Xifre, el viejo anarquista, no esperaba la visita de los dos jóvenes a esa hora de la noche, con ese frío y esa lluvia. Había esperado gran parte del día al compañero Ramón, sobrino de su mujer. Al verlos aparecer empapados como venían los puso frente a la estufa de mazout y les dio una manta a cada uno. Una manta de lana roja y verde de las que daban en los coches-cama de la SNFC, de las cuales él tenía una buena provisión. Por fortuna su casa quedaba a tan solo cinco minutos de la estación, en Emile Zola.

–Poneros... poneros junto al choffach y secaros bien y quitaros esa ropa mojada... ¿Habéis cenado?... No tengo gran cosa... Yo vivo solo...

Xifre sacó de una alacena un par de pepinos, un par de tomates y una hogaza de pan de centeno.

–Soy vegetariano, como buen anarquista –les dijo el viejo.

Jean-Pierre no tuvo gran problema en desnudarse y quedar abrigado con la manta. Lina pidió ir a la sala de baño, pero no había. Se las arregló como pudo en

la letrina para secarse y cambiarse de ropa. El pequeño piso era una sola pieza, oscura y ajada, pero estaba limpia. La estufa de mazout tenía un tubo de humos en el mismo cristal de la ventana que daba a un miserable patio interior y era junto a una mesita camilla y a unas sillas de enea su único mobiliario. En el fondo de la estancia, sobre un poyo de obra había un colchón de borra y en otro poyo más elevado un minúsculo infernillo de gas sobre el que, en escarpías de la pared, colgaban los escasos utensilios de cocina. Las paredes se hallaban recién encaladas y, a pesar del aspecto humilde de todo el conjunto, daban a la habitación una sensación confortable y limpia.

–Lina es mi compañera, vendrá con nosotros –le dijo Jean-Pierre al viejo.

–Y, ¿podrá con la carga? La veo muy enclenque. No te ofendas –contestó el viejo.

–Claro que podrá. Yo puedo llevar una parte más en todo caso. Pero ella podrá. Es fuerte como una roca.

Jean-Pierre había dado con la rodilla a Lina y con un gesto le apercibió de su silencio. Lina había puesto una expresiva cara de desconocimiento.

–Bon, es cosa tuya. Me voy a decir que sois dos y a traer un par de botellas de rouge. Tendréis que dormir en el suelo, con un par de mantas.

El viejo salió y Lina aprovechó para preguntar por qué carga:

–Tabaco. Hacen contrabando de tabaco –le contestó Jean-Pierre escondiendo la mirada.

–¿Tabaco? ¿Cómo es posible? Pero... ¿te has vuelto loco?

–Es lo que hay. Ya te dije que era un marrón. Ellos nos pasan la frontera y nosotros aportamos una carga de cartones de Marlboro americano.

Lina estaba enfurecida. Ponía esa cara enfadada que le hacía parecer cien años más vieja y que mostraba la parte de sí misma que hasta ella desconocía.

–No es para tanto, Lina. Solo son unos cuantos cartones de tabaco, nada más. Hace nada pasaban a los maquis por los pasos del Pirineo jugándose la vida y ahora hacen contrabando. No tienen otra cosa: son los perdedores de la guerra.

Y por favor: no digas que eres comunista –pidió Jean-Pierre a Lina con las manos juntas.

Xifre volvió al poco con las dos botellas de vino y ellos comieron los pepinos y los tomates con pan. El viejo anarquista sacó vasos y bebieron vino. Xifre, solitario desde hacía años, carecía de grandes ocasiones para hablar y contar y con un par de vasos se desató. Era un viejo simpático, enjuto y fuerte, con ojillos de diablo que brillaron con el vino. Vivía de la pensión de viudedad y de forma ocasional del matute por la frontera, que conocía como su palma de los tiempos de los maquis.

–¿Habéis oído “La Pirenaica” estos días? –les preguntó el viejo.

–No, no la oímos –le respondió Jean-Pierre.

–Pues escuchad: los comunistas han condenado el atentado a Carrero. Llevan tres días repitiendo lo

mismo. Dicen que no ha podido ser la ETA, que no tienen la estructura necesaria, que es mentira y que es un montaje de la policía.

–Hay que ser gilipollas –apuntó Jean-Pierre.

–Dicen que todo ha sido para desprestigiar la movilización contra el proceso a Comisiones Obreras y señalarles a ellos como violentos. ¿Qué creéis vosotros? –preguntó el viejo.

–Que están rabiando porque se ha señalado el camino a seguir: la lucha armada. Y ellos, los del PCE de Santiago Carrillo, se quedan sin protagonismo. Pierde influencia su camino pacífico de conciliación con el fascismo: la reconciliación nacional y el cambio democrático que propugnan –respondió Lina de manera sabia.

El viejo anarquista asintió cada una de sus palabras y le dio una palmada en su hombro al terminar:

–Así se habla. La juventud es quien acabará con el fascismo.

–La juventud y la lucha revolucionaria –apostilló Lina.

–Así se habla –volvió a repetir el viejo–. Los comunistas siempre han conciliado con el fascismo en contra del anarquismo.

–Yo... yo soy del FRAP –se le escapó a Lina sin remedio.

–¿Del FRAP? ¿De los que mataron a los policías en las calles de Madrid? –le preguntó el viejo.

–Sí, de esos –contestó Lina.

–Guerrilla urbana. Esa fue la diferencia entre los

guerrilleros comunistas y los anarquistas. Yo estuve con el Quico, ¿sabes? Y estuve con Marcel.lí Massana. Los conocí a todos. Al Facerías también.

–No tengo idea. No sé quiénes eran –le confió Lina al viejo.

–Claro. El fascismo oculta la verdad. Eran guerrilleros anarquistas. Guerrilleros urbanos. No estaban en el monte escondidos, como si la lucha antifascista hubiera que tenerla oculta. Como si estuviera bien, como si se justificara la lucha armada por tener un ejército en los montes y no estuviera bien luchar con las armas en las ciudades. ¿Comprendes lo que te digo?

–Sí, perfectamente –dijeron a la vez los dos jóvenes.

–La guerrilla urbana es el camino de la lucha antifascista –continuó Jean-Pierre–. Por eso estamos aquí.

–¿Sabéis cómo repartía la propagada el Quico Sabaté? –preguntó y se contestó a sí mismo Xifre:

–Con un mortero. Lo llenaba de octavillas y disparaba el mortero. Un día que estaba el cabrón generalísimo Franco en el camp del Barça, disparó un morterazo desde el techo de un taxi y llenó el camp de panfletos contra Franco. Era la hosti, el Quico.

El viejo levantó su vaso y brindó:

–Guerrilla urbana.

–Guerrilla urbana –brindó Jean Pierre.

–Guerrilla urbana –chocó los dos vasos Lina.

Habían subido en la trasera de una Esttaffete azul

cielo con el techo blanco y recostados en las cajas rotuladas con el anagrama Malboro, trataban de acomodarse al tiempo que cambiaban sus ropas. Lina se embutía un pantalón de pana marrón, gastado, del que le sobraba media pernera y hacía dobladillos en los camales. Luego se puso, uno tras otro, dos pares de calcetines de lana gruesos y se acopló unas botas de montaña. Unas botas pesadas de cuero a las que untó, sin mucho cuidado, grasa de caballo de una lata. Jean-Pierre se había puesto una camiseta interior de felpa oscura y estaba escogiendo entre varios jerséis de lana, ante la mirada expectante de Xifre, que ya venía mudado con ropa abrigada para la ocasión.

La Renault tomó la E80 tras dejar atrás Toulouse con destino a Bagnères de Luchon, el pequeño pueblo fronterizo a tan solo quince kilómetros de Benasque, en Huesca, el destino de su cargamento de tabaco.

–No va a nevar, eso está seguro –anunció el viejo Xifre–. Pero habrá nieve y es posible que algún hielo en el sendero. Hay que ajustarse los crampones a las botas y probarse los guetres.

El viejo abrió una vieja maleta y sacó varios pares de crampones y polainas. Con gran habilidad, sobre las botas de los jóvenes, y provisto de una llave fija del 10, desmontó las tuercas de regulación del largo de los crampones y los ajustó a sus botas. Apretó sus correas al tiempo que les daba las convenientes explicaciones sobre su uso. Jean-Pierre conocía su manejo, pero Lina era la primera vez que veía tales materiales de montaña.

Las mochilas, antiguas, de tela verde oscura, de procedencia militar estaban apiladas en un rincón y el viejo asignó una a cada uno, junto con una capa de lluvia rígida, también del ejército.

-Hay que hacer cinco mochilas. Empezad a llenarlas de cartones. Mirad –el viejo abrió una de las cajas de tabaco y comenzó a embutir los cartones en una mochila, cuidando de no dejar huecos.

Una vez llena la mochila, apretó fuerte el cordón de cierre y continuó apilando cartones sobre ella. Tapó el conjunto con una capa de lluvia que encordeló con un fino cabo. Después cortó varios trozos de cinta reflectante adhesiva y los pegó en el plástico sobre la capa de lluvia que ahora recubría la mochila.

En la noche, ya atardecido, con el traqueteo de la furgoneta y un par de linternas, terminaron los bultos a tiempo, casi entrando en Luchón.

Un viejo Land Rover les esperaba en las afueras, con tres contrabandistas más. Subieron, apretados, con sus bultos del matute a la trasera del vehículo. En total seis, dispuestos a marchar por el sendero hasta Benasque. El Land los condujo por un camino de tierra, a trozos con nieve, a trozos embarrado, hasta el Hospice de France, el hospital de peregrinos que los Templarios construyeron en el siglo XIII como hito del Camino de Santiago. Allí comenzaba la marcha, la dura ascensión hasta el Portillón de Benasque, uno de los tres pasos fronterizos a los que el Hospice daba acceso.

–Marchad uno tras de otro, sin separarse, sin dejar de ver las marcas luminosas de la mochila del que va

delante –dijo uno de los contrabandistas, no tan viejo como Xifre.

Al lugar de encuentro, el pequeño aparcamiento frente al Hospice, se unieron una decena más de sombras de las que resaltaban la descomunal pila que asomaba por encima de sus cabezas, tras sus espaldas. Nadie habló, ni se saludó. Comenzaron la larga fila, alejándose de la abandonada construcción en la más completa oscuridad y silencio.

Si en todos los allí congregados las mochilas sobresalían dos palmos de sus cabezas, en Lina el pesado bulto la sobrepasaba su misma altura. Xifre se situó delante de ella y Jean-Pierre a su espalda, sin dejar de darle ánimos. Ella iba segura de sí misma, con sus pequeños pasos continuos, con el ritmo y la decisión que su voluntad le dictaba.

Los crampones metálicos, atados en un lateral de la mochila, no podían evitar su soniquete, que multiplicado por quince hacían que se escuchara el paso de un rebaño de cabras. Las marcas reflectantes de las mochilas refulgían con el destello de la nieve en el suelo, a pesar de estar el cielo cubierto. Una nieve blanda de poco espesor que no hacía necesarios los crampones ni dificultaba excesivamente el caminar.

Abandonaron el falso llano del Hospice, en el Vallée de la Pique, para comenzar a ascender por el camino del Vallée du Port. La ascensión era una línea recta, sin serpenteos, siguiendo el torrente en dirección Sur. Un prolongado ascenso de 700 metros de desnivel

y cinco kilómetros de longitud hasta el Portillón. Una marcha de cinco horas, tres para subir y dos para bajar.

–Antes lo hacíamos con mulos –dijo Xifre volviendo la cabeza–. Es el único camino de caballerías que cruza la frontera. Por eso es el más vigilado por los civiles que suelen estar al otro lado, en el llano del Hospital, en una garita.

El viejo hablaba sin denotar el esfuerzo de la ascensión. Sin que su respiración se notara afectada por la dificultad del camino.

–Anda que hoy... estarán celebrando el nacimiento de su dios. Que vaya... no es el nuestro. ¡Ni dios, ni patria, ni rey! El nuestro es la humanidad. ¡Qué contradicción, el nacimiento de Dios y no habrá ni dios ahí abajo!

–Por si acaso: id en silencio –recomendó el que parecía más jefe, parado a un lado del camino, comprobando que todos iban bien.

–No pararemos hasta llegar arriba. Habrá que ponerse crampones a la altura de los Boms, ya nos lo han advertido. Aprovechar entonces para comer algo.

Jean-Pierre y Lina habían comprado tabletas de chocolate en abundancia y algunos higos y ciruelas secos. Jean-Pierre llevaba además una cantimplora abrochada al cinto de la mochila.

Lina marchaba bien. El aire puro y frío entraba en sus pulmones con una cadencia aceptable y no había necesitado respirar por la boca. El pasamontañas que cubría por entero su cabeza la calentaba y mantenía el calor corporal por el propio esfuerzo.

Los tirantes de la mochila comenzaron a molestarle y los estiraba de cuando en cuando con sus manos enguantadas. Estaba convencida que aguantaría como el que más.

El viejo Xifre acompasaba sus pasos a los de Lina, retrasando la marcha. Podía seguir el camino con los ojos cerrados, sin necesidad de tener delante la referencia luminosa de la mochila del compañero. Lina no veía otra cosa que el resplandor de la nieve a sus pies y las marcas del viejo que la guiaba.

Pararon la marcha antes de llegar a los Boms del puerto, los ibones que se encuentran al pie del Portillón, para colocarse los crampones. Una rampa helada de unos doscientos metros les impedía continuar el camino sin ellos. En una noche clara hubieran adivinado la brecha del Portillón, un estrecho pasillo excavado con dinamita entre los picos de Salvaguardia y de la Mina pero, era una noche cerrada de luna y solo en escasos momentos se adivinaban las abruptas cumbres que los rodeaban.

En el Portillón, junto al peirón que anuncia la línea fronteriza pararon por fin a reponer las fuerzas. Lina respiró aliviada al quitarse el pesado fardo y se sintió grácil y voladora de cuerpo y mente. Se sintió satisfecha de su logro, capaz de superar cualquier reto, cualquier desafío, tras aquello que acababa de coronar. Había alcanzado la cima valiéndose de su propio esfuerzo y ello le producía una sensación dichosa, radiante de felicidad.

Al amanecer, en el Plan del Hospital, les esperaba una furgoneta. No había ni rastro de la Guardia Civil. Lina y Jean-Pierre se despidieron del viejo Xifre y montaron en ella, junto con la carga transportada. Se quedaron dormidos hasta despertar en Barcelona.

–No querrás quedarte ¿verdad? –le dijo Jean-Pierre en la puerta de la estación de Sants, donde la había acompañado.

–No... No puedo. Mi sitio está en Valencia. Tú lo sabes.

Lina lo abrazó fuerte:

–Te quiero mucho –le dijo en un susurro.

Jean-Pierre sabía cómo lo quería. No cómo él a ella. Y percibió una sensación de abandono con su abrazo y sintió el deseo de mantenerse junto a ella. Notó las formas de su cuerpo, sus sólidos pechos clavados en el suyo y se embriagó con ello. La besó en un lado de la frente, tomó su mano y sin apartar la mirada, perdida en sus bellos ojos magiares:

–Echaré de menos mirarme todos los días en tus bellos ojos profundos, no de abismo sino de alegría y sinceridad.

Y cuando Lina se marchaba le gritó:

–Yo también te quiero mucho, más que tú.

Él sabía que no la volvería a ver.

Mayo de 1975

### *Grupo de Combate*

—Camaradas —se dirigió Botí a los allí reunidos— me es doloroso comunicaros la muerte de nuestro Presidente, el compañero Julio Álvarez del Vayo, una pérdida irreparable, no solo para el FRAP, sino para todo el campo consecuentemente antifascista y republicano en España, y para todos los progresistas y antiimperialistas del mundo. Ha muerto de forma imprevista, a los pocos días de haberse celebrado una esencial reunión de la Permanente del FRAP, en donde se han decidido directrices de una gran importancia, y que son la causa por la que nos encontramos reunidos.

Los allí reunidos, Botí y cuatro militantes, tres hombres y una mujer, recibieron con dolor y recogimiento la muerte de Álvarez del Vayo.

—Yo le vi una vez en París —dijo Lina compungida— y hasta hablé con él. Era una figura imponente. Un revolucionario que impresionaba a pesar de su extrema sencillez. ¡Pensar que estuvo con Rosa Luxemburgo en la revolución espartaquista de Alemania! Estremece. Era un inmenso líder revolucionario, a la altura de

Lenin o Mao. La pena es que ha muerto sin ver acabada su obra: en el exilio, sin revolución en España y antes que el hijo puta de Franco.

–Así es la vida, que él vivió con intensidad y dedicación a la revolución –contestó Botí–. Ahora tomad –dijo mientras repartía un cuadernillo editado en imprenta– es el informe del Comité Permanente del FRAP.

El cuaderno, con tapas de papel de elevado gramaje, en cuya portada figuraba un antebrazo elevado con un subfusil Schmeisser MP 18, el “Naranjero” fabricado en Alberique, era el *Informe del Comité Permanente del FRAP (Ampliado)* de Abril de 1975.

–Repasad en casa el documento completo. Lo importante, lo que vamos a tratar aquí es relativo a la parte que aborda la violencia revolucionaria. Habla de dar un paso adelante, de comenzar a preparar embriones del futuro ejército popular. Es el principio de una larga guerra popular. Vamos a crear una rama armada, grupos de combate, uno de los cuales va a ser el vuestro. Nadie nos va a ayudar, somos nosotros mismos los que debemos aprender con nuestra propia práctica. El grupo estará completamente al margen de la organización regular: no acudiréis a manifestaciones ni a ningún otro tipo de acciones. El Partido ha decidido que el responsable sea el camarada Cofrentes –dijo Botí señalando a uno de los reunidos.

Lina asintió. Llevaba medio año esperando el momento. Ella conocía a dos de los asistentes. Al otro no lo había visto nunca. Al responsable, Salva, lo conocía

casi desde el principio de la FUDE. Era estudiante de Maestría Industrial y tenía su misma edad. Recientemente habían coincidido en la célula obrera de Macosa, el primer lugar al que Lina se incorporó a su vuelta de París, después de seis meses descolgada, de una completa inactividad revolucionaria. Aprovechó ese tiempo para asistir a clase por libre y obtener inmejorables resultados. Ya estaba en cuarto de carrera. Salva, el recién nombrado responsable, era un poco más alto que ella, pero de complexión fuerte. Parecía un obrero. Traía el pelo al cero, era moreno y con la barba cerrada y a pesar de su juventud, parecía mucho mayor. Al mes de trabajar juntos, Salva le pidió salir. Lina le dijo que bueno y ahora eran compañeros, en el sentido que los comunistas dan a la palabra, evitando la pareja. El otro era Josu, un estudiante de primero de económicas que Lina había organizado unos meses atrás. Con tan solo dieciocho años, Josu era alto, delgado y aparentaba ser un crío, por su carita despistada sin rastro de barba. A Eusebio, el que terminaba el trío de varones del grupo, no lo conocía de nada, era la primera vez que lo veía. Era mayor que ellos, de unos veinticuatro o veinticinco, también alto como Josu, bien vestido, de manera clásica, como pijo, moreno y bien parecido, de una guapura exótica por sus ojos chinos y sus pómulos sobresalientes.

Discutieron el documento. Todos preguntaron infinidad de asuntos, menos Eusebio al que no se le escuchó la voz, tan solo tomaba notas. Botí les puso los nombres de guerra: Lina se llamaría Alfafar, Salva sería

Cofrentes, Josu, Bonrepos y Eusebio tomaría el de Masanasa.

–Vuestra primera labor es foguearos, debéis conseguir armas, coches y realizar expropiaciones económicas para sostener el Partido. Tened muy en cuenta que solo contamos con nuestras propias fuerzas. Nadie os va a entrenar ni jamás permitiremos recibir ayuda de nadie. Ya me entendéis. Y algo muy importante: si caéis en una acción, declararos delincuentes comunes, no reveléis jamás, jamás, vuestra militancia. Por el momento, en esta nueva fase de lucha, nuestra actividad debe permanecer secreta.

–¿Qué piensas? –le preguntó Lina a Salva, una vez solos en la calle.

–Pues que no sé por dónde empezar.

–Yo sé de dónde podemos sacar una pistola –le dijo Lina.

–¿Una pipa? ¿De dónde? –le preguntó Salva.

–De un sereno. Un vejete. Siempre que lo veo, lo pienso. Lo a huevo que lo tenemos. Parece mentira que les dejen llevar pistola.

–¿Y, dónde es eso?

–En la calle Burriana –le contestó Lina.

–¡Estás loca! ¡Si es tu barrio!

–Ya, pero hace dos años que yo no vivo ahí y puedo ir disfrazada, no me va a poder reconocer con un pasamontañas. De verdad, está tirado. Llevamos cloroformo, lo llamamos para que nos abra un portal,

lo empujamos dentro y le quitamos la pipa. El sereno es un agüetele enclenque, la pistola es más grande que él.

No era muy tarde. No serían ni las doce. Llamaron con palmas al sereno repetidas veces hasta que se oyó el ¡Ya voy!

Estaban los cuatro frente al portal número 46 de la calle Burriana, casi esquina con Salamanca. Ninguno había tenido la precaución de enmascararse ni cambiar su aspecto. Únicamente Lina se había recogido el pelo dentro de una gorra de visera.

El sereno llegó, les dio las buenas noches sin sospechar lo más mínimo y desabrochó un inmenso manojo de llaves de su cinturón. Con la escasa luz, vuelto hacia las farolas escogió la llave, abrió el portal y a trompicones, entre los cuatro lo empujaron dentro del patio. El vejete se revolvía con una fuerza inusitada, sin dejarse ni atrapar ni siquiera aproximar el pañuelo empapado con cloroformo. Tras unos instantes de confusión y forcejeo, salieron los cuatro corriendo. Cada uno por su lado.

Solo Salva sabía que había conseguido su objetivo. Aprovechó el forcejeo con los otros para extraer la pistola de su funda y salir corriendo. Los demás al verle escapar, hicieron lo mismo, a la carrera. Hasta la siguiente cita no conocieron el éxito de la acción.

—A ver, no podemos hacerlo así. Ha sido una chapuza —les recriminó Eusebio.

–Tenemos la pipa, ¿no? –le contestó Salva.

–Tú sí que sabías que tenemos la pipa, pero yo me fui sin saberlo. ¿Y tú, Lina?

Lina era la primera vez que escuchaba la voz de Eusebio y con ese tono no sabía qué contestar. Lo sentía por Salva, pero tenía que decir la verdad:

–No, la verdad es que no me di cuenta de nada. Pero estamos aprendiendo. No valen las recriminaciones.

–Vale, estamos aprendiendo y lo primero que uno aprende es que todos estamos en esto. Uno no puede salir corriendo sin saber qué ha sido de los otros. Empezamos juntos y salimos juntos. ¿Traes la pipa? –preguntó a Salva con gesto ávido.

–No, no la traigo, la tengo en casa –contestó Salva– no es para jugar. ¿Tú sabes conducir Eusebio?

–Claro.

–Pues eres el único. Nosotros no sabemos. Hay que ir a por un coche. Necesitamos un vehículo para las acciones. ¿Te atreves a hacerte con uno?

–Claro, es muy fácil –le respondió Eusebio–. A ver, un 850, un Simca, coches fáciles de abrir. El contacto es en todos igual. Muy fácil.

–Pues esa va a ser nuestra próxima acción. Y hay que ir mirando ya, entre todos, una expropiación. Mirad comercios, fijaros en donde guardan el dinero, la gente que hay, la hora mejor...

Eusebio había abierto el Simca 1000 con un destor-

nillador. Había forzado la cerradura de manera fácil con la simple punta de la herramienta. Entró en su interior, al volante y subió los seguros de las otras puertas.

–Entrad todos –les dijo– así veréis cómo lo arranco.

Salva se sentó a su lado y Lina y Josu, el chaval más joven, en el asiento trasero. Eusebio, agachado trasteó en el contacto, estiró los faston que unen los cables y con ellos en la mano los enseñó al resto.

–El rojo es el común, el que lleva la corriente, de los otros dos, no importa qué color, probamos uno, lo unimos al rojo y vemos que se enciendan las luces del salpicadero. Si con éste no se encienden, probamos el otro y se encienden. Veis ahora.

Las luces del salpicadero estaban encendidas y Eusebio unió de manera permanente los dos cables con un hilo de alambre.

–Ahora el arranque: juntamos los dos cables con el otro y actuará el motor de arranque. Antes hemos buscado el punto muerto de la palanca de cambios y ahora...

El coche se puso en marcha con un par de acelerones.

–Salva, ¡ayúdame a romper el bloqueo del volante! Dobra con fuerza el volante hacia la derecha.

Los dos giraron con fuerza el volante hasta escuchar un ruido fuerte y seco. A continuación giraron el volante en el sentido contrario y repitieron la rotura del bloqueo.

La calle estaba desierta a esas altas horas de la madrugada. Habían elegido un barrio apartado, obrero, en las calles adyacentes de la Carrera de Malilla. Eusebio condujo con precaución, evitando giros bruscos del volante, ya que todavía se atascaba al girar. Él, conforme conducía les iba dando instrucciones de las maniobras que iba efectuando. Los llevó al extremo opuesto de la ciudad, al barrio de Benimaclet y allí dejó el coche aparcado.

–Nos tienes que enseñar a todos –le dijo Salva al terminar– Yo quiero aprender.

–Bueno, es quedar un día y podemos ir a la avenida de la Plata o al Saler, que es dónde va todo el mundo a hacer prácticas. No llamaremos la atención en estos lugares.

–¿Tenemos algo ya mirado? –preguntó Salva, dirigiéndose al resto.

–Josu y yo –respondió Lina– hemos visto una Farmacia en Benicalap. Solo hay una dependienta. Es entrar coger la pasta e irnos.

–Vale, está bien. Yo he visto los cines Martí –dijo Salva– Ahí debe haber una buena recaudación un sábado o un domingo. He tratado de controlar, pero hay que pasar mucho tiempo a la vista. Debemos turnarnos para no levantar sospechas. La mejor coartada es la de la parejita. Podemos estar con Lina en la puerta, o en un banco de la Avenida de José Antonio, frente al cine. Por turnos.

–Yo creo que no hará falta –intervino Eusebio–, con estar a la última hora, cuando hayan cerrado la taquilla

por la noche, a algún lugar tendrán que llevar el dinero del día. Yo me ofrezco a ir con Lina. A otras horas no puedo.

–¿Qué dices Lina? –le preguntó Salva.

–Bien, muy bien. Podemos empezar controlando de esa manera y si no da resultado podemos cambiar –contestó Lina.

–Ayer no viniste a la acción de la farmacia –le dijo Lina a Eusebio.

–No, no pude. Ya dije que a esas horas no puedo la mayoría de las veces. ¿Qué pasó?

–Nada, un completo fracaso. Entramos Josu y yo en la farmacia con la pipa, apuntando a una pobre chica que casi se muere del susto. Nos dio lo que tenía: trescientas pesetas. Ya ves.

–¿Pasaste miedo?

–No, la verdad es que no. Nervios antes de entrar, pero se me pasaron en cuanto entramos.

–¿Y quien llevó la pipa? –preguntó de nuevo Eusebio.

–Yo.

Lina puso una mirada maliciosa al reconocer que ella había empuñado el arma. Estaban en un banco de la Avenida de Jose Antonio, sentados en su seto central desde donde observaban los movimientos de la puerta del cine Martí. Las grandes cristalerías de la entrada dejaban al descubierto el hall y desde donde estaban tam-

bién tenían a la vista la puerta de madera que daba acceso a las taquillas.

Pero estaban bastante distraídos. Ninguno de los dos tenía prisa alguna y se encontraban a gusto hablando entre ellos. A las once cerraron la taquilla y unos minutos más tarde vieron marcharse a la taquillera. Esperaron un rato y decidieron volver al día siguiente.

Conforme pasaron los días se iban encontrando más a gusto entre ellos. Pasaban las horas sin apercebirse del tiempo transcurrido en conversaciones, a veces vanales, tratando de alargar el tiempo de espera hasta la media noche, desatentos a los movimientos en el interior del cine. Tan solo habían descubierto la rutina de la taquillera, que momentos antes de cerrar la taquilla, una vez comenzada la última sesión, subía las escaleras hasta el primer piso y bajaba de nuevo a la taquilla a los pocos minutos.

Tan absortos se encontraban uno con el otro que ni se percataron que Esther, la amiga de Lina, remoloneó en torno a ellos uno de esos días.

—Te vi antes de ayer, en un banquito de la Avenida de José Antonio, con el camarada no-sé-cómo-se-llama —le dijo Esther con un cierto retintín al pronunciar el nombre.

—Sí, es verdad. No te vi —le respondió Lina, sin ánimo de entablar esa conversación.

—¿Sabes? Ese camarada estuvo en mi casa, lo traje

Botí porque tenía problemas de clandestinidad. En principio me dijo que iba a estar unos días escondido.

–Bueno, yo no lo conozco de nada –reconoció Lina.

–De algo lo conoces, estaba contigo –insistió Esther.

–Sí, vale. Está en mi célula, pero no quieras saber más, no es lo correcto –dijo por terminada Lina la conversación.

–¿Célula? No lo veo a ese en una célula.

–Pues así es. Es una persona de lo más normal, ¿Por qué no iba a estar en una célula?

Lina se dio cuenta que no supo callar. Había dado pie para seguir la conversación.

–Porque es muy raro, te lo juro. Yo creo que es un extraterrestre –le sorprendió Esther.

Lina se rió, y con la mano le hizo un gesto para que cortara. No quería que siguiese con el tema.

–En mi casa le hice la comida, ya ves: espaguetis con laurel. Sin nada más, y sabes que él no sabía lo que eran los espaguetis. ¿Te lo puedes creer? Los devoró como un salvaje y se comió dos platos.

Lina guardaba silencio, pero había despertado en ella la curiosidad.

–Luego charlamos sentados en el sofá y por la noche le pedí que se acostara conmigo. No así, claro. Pero poco más o menos.

–Lina, ¿me escuchas?... ¿Tú te corres follando?

Lina enrojeció como una manzana. No sabía dónde mirar.

–Quiero decir, si tú tienes orgasmo natural o tienes que tocarte. Yo me acaricio el clítoris mientras lo hacemos. Siempre. Nunca me he corrido sin tocarme. ¿Y tú?

Lina permaneció callada, azorada, esquivando la mirada de Esther.

–Venga, nana, es lo más natural hablar de estas cosas entre chicas.

–Yo sí... me corro a veces natural, como lo has llamado.

–¿Y con ése que estabas en el banquito?

–Es un camarada –le respondió Lina, sonrojada– no tenemos nada.

–Vamos, vamos, os estuve mirando un rato y estás colada por él. No os dejabais de mirar como dos tortolitos. Y tú con esa boca de chica. ¿A qué santo te maquillas?

–Tía, te estás pasando. Me pinté los labios por cuestiones de trabajo –le paró Lina.

–Te cuento una cosa con él. Para que veas. Nos acostamos y... en cuanto me empiezo a tocar mientras follamos, todos los tíos, sin excepción, aprietan más el vientre contra el mío, como si les molestase que yo me toque. Ya sabes, los tíos y su polla. Como si fuera el origen del universo y del placer universal. Pues bien, al acariciarme, no-sé-cómo-se-llama, se retiró un poco en vez de hundirse más y me dejó que yo me acariciase y me gustó mucho, la verdad. No sé cómo lo hizo, pero no noté su peso, ni su cuerpo encima de mí. Sólo no-

taba su pene dentro de mí y en un momento desapareció...

–¡Tía, estás diciendo tonterías! –exclamó Lina, cada vez más sonrojada.

–Nana, te juro que vi un resplandor luminoso, una luz intensa y él desapareció. Te juro que es un extraterrestre.

–A ver si no va ser que te corriste, te dormiste y él se marchó a su casa después. Normalísimo.

–¡Te juro qué no!

Lina dejó pasar unos segundos de silencio y sin advertirlo preguntó a su amiga:

–¿Tú tomas la píldora?

–Claro –le respondió Esther– ¿Tú no?

–No, no sé cómo conseguirla.

–Espera un momento.

Esther salió un momento del salón y regresó con un par de cajas de anticonceptivos.

–Ten éstas y mira, esta es la dirección de un gine que te ayudará a conseguirlas –le dijo, pasándole una tarjeta de visita.

Esta vez la conversación languideció en el banco de la Avenida de Jose Antonio. Lina esquivaba la mirada de Eusebio, envarada ante su presencia, atenta a los movimientos del cine.

–Me esquivas la mirada –le dijo Eusebio–. Nunca antes lo habías hecho. Nos hemos mirado a los ojos y

en ellos he encontrado las formas naturales del ser humano.

–No sé a qué te refieres –dijo Lina, cuya mirada era cierto que había cambiado.

–Sabes, detesto el juego de géneros. Me resulta hasta desagradable asumir el rol asignado para los hombres frente al papel de las mujeres. Todo es falso, fingido, hipócrita. Y hasta el momento, entre nosotros no se ha dado esto. Yo por lo menos no lo he sentido. Me he sumergido en tu mirada, en tus bellos ojos turquesas sin ningún atisbo de artificialidad. Pero no sé, ahora parece que estés coqueteando conmigo.

Lina estaba sorprendida. No era su intención el coqueteo, pero tras la conversación con Esther algo había cambiado: no lo podía mirar con la transparencia de días pasados.

–Tú estás fuera de mi alcance, Lina. Pero yo también estoy fuera del tuyo. Nuestros universos están distantes años luz.

Lina se sonrió, recordando al extraterrestre de Esther, pero no dijo nada. Pensó en preguntar el porqué, pero se calló, por vergüenza.

–Pero tú me gustas –continuó Eusebio–. Me gustas mucho. Me siento a gusto contigo. Me hechiza tu mirada. Me hechizan tus ojos. Es lo más bello que he visto nunca y veo todos los días multitud de cosas bellas. Trabajo con cuadros, con artistas.

Lina se echó derretida en sus brazos, casi con un maullido, dulcemente. Le rodeó los hombros y le besó en la boca. Eusebio respondió a su beso con otro más

dulce, ajustando sus labios al carnoso labio superior de Lina. Separaron sus bocas y ahora sí, sus miradas embelesadas se encontraron transparentes. Lina tenía los ojos muy bellos, profundos, almendrados y turquesas que deslumbraban con menoscabo de la belleza de su rostro.

–He soñado con esto –le susurró Eusebio paseando los labios por su cuello y llevándolos al lóbulo de su oreja–, de verdad he tenido este sueño con esta misma sensación. Tú me besabas como has hecho y yo te besaba muy dulce y me desperté con esta misma impresión de placer. Me volví a dormir y continué soñando lo mismo. ¿Has soñado cosas que parecen reales? Te despiertas y parece que lo soñado ha sido real. ¿No?

Los susurros en la base del cuello habían alterado sensiblemente su piel y Lina sentía un placer que nunca antes había experimentado. Un alud de procesos químicos estaban provocando en ambos una auténtica conmoción en sus organismos. Volvieron a juntar sus labios y sus lenguas y sus niveles de dopamina se dispararon. Sus glándulas adrenales segregaron torrentes de adrenalina que aumentaron su presión arterial y la frecuencia cardiaca. Flotaron por encima de las palmeras de la avenida por efecto de la oxitocina segregada por la glándula pituitaria situada en la base del cerebro. Y las hormonas de la felicidad, las endorfinas, liberadas en su torrente sanguíneo crearon la mayor sensación de felicidad jamás experimentada y la puerta del cine, su cometido y la revolución desaparecieron de sus vidas por un tiempo.

El tiempo suficiente para no darse cuenta que el propietario del cine Martí abandonaba éste con una cartera negra en su mano, seguido de uno de los conserjes que acompañaba su paso dos metros por detrás.

–La taquillera, en cuanto comienza la sesión de las diez, sube al primer piso, entra en un despacho, deja el dinero y vuelve a bajar –explicó Lina al resto.

–¿Habéis visto si lleva el dinero? –preguntó Salva.

–No, la verdad es que no lo hemos visto, pero es fácil de suponer –respondió Eusebio– que la recaudación de todo el día la tengan en la oficina. Contarán el dinero y lo guardarán allí hasta el día siguiente cuando abran los bancos.

Salva, con la información recogida, les comunicó su plan:

–Hay un conserje en la puerta, luego está la taquillera y no sabemos lo que hay en la oficina. Lo haremos de la siguiente manera: entraremos Josu y yo en cuanto la taquillera suba al piso y nos llevaremos al conserje hasta la oficina; no podemos dejarlo en la puerta y no tenemos otra manera de entrar. En la oficina cogemos la pasta y los dejamos encerrados. Los amenazamos que no salgan hasta pasados diez minutos. Eusebio estará con el coche en marcha esperando en la calle y Lina estará en la puerta con un cóctel. Lina tú no intervendrás, salvo si hay complicaciones, para asegurarnos la huida. No conviene que vean una mujer en la acción. Los delincuentes no llevan mujeres.

Siguieron la rutina planeada: Lina se quedó en un lado de la puerta, disimulando una espera, con su ma- cuto; Eusebio en doble fila con el Simca en marcha y Salva y Josu entraron en el cine. El amplio hall y los pel- daños de escalera dejaban en un segundo plano la puerta, donde el conserje estaba situado, y quedaron fuera de la vista de los transeúntes. Amenazaron al con- serje con la pistola y lo hicieron subir al primer piso, hasta la puerta de la oficina. La puerta tenía pasado un pestillo interior. No se abrió. Llamaron y oyeron cuchi- cheos en su interior, pero nadie les abrió. Cargaron con- tra la puerta intentando forzarla, pero notaron la resistencia de personas que empujaban en el sentido contrario. Cargaron de nuevo y asustados por el ruido de sus propios golpes, tuvieron que desistir y salir co- rriendo.

Lina los vio salir, subir al coche y ella, sin prisas y de forma disimulada caminó por la acera hasta la Gran Vía de Marqués del Turia. En el chaflán, un zeta de la policía entraba por José Antonio a toda velocidad, con la sirena puesta.

En la puerta del cine, mientras esperaba la acción, una tormenta de pensamientos la había abordado. No encontró ningún sentido a su lugar en la acción: sintió que ella estaba de sobra. Y se debatía en su relación con Salva. Le había defraudado como compañero, apartándola del lugar que ella estimaba que era el suyo en los grupos, como uno más. Y quería y deseaba a Eu- sebio. Sus besos le habían embriagado. Quería seguir con él.

Salva estaba furioso y su furia revertía en la cartera de piel marrón de colegial que siempre le acompañaba: golpeaba repetidas veces la cartera:

–¡Qué mal, qué mal! ¡Nos ha salido todo mal!

–Ha salido mal porque no podía salir de otra manera –dijo Lina–. No podíamos saber lo que había en la oficina. Hemos ido a probar suerte y ha salido: ¡Mala suerte!

–Pues el Partido me exige resultados y hay que conseguir resultados. Esta noche nos vamos a hacer una gasolinera. Así, la primera que pillemos. Vamos con el coche por la carretera de Liria y la primera que veamos nos la hacemos. No hay nada que más que hablar.

Esa noche atracaron la gasolinera Mariola de Paterna, cercana a San Antonio de Benagéber. Un par de miles, sin riesgo. Amenazaron al gasolinero y éste les dio lo que llevaba en su bolsa de bandolera: un par de miles de pesetas.

Eusebio se percató del movimiento inusual de dos mujeres que se acercaron al coche en la estación de servicio de la pista de Silla, mientras ponía gasolina al Simca, pero no hizo caso a su intuición. El resto del grupo, en el interior del vehículo, ni se dio cuenta.

Siguieron su camino hasta la avenida de la Plata, una amplia avenida recién urbanizada, donde en su parte central existían calles y plazas de asfalto sin edificar. Era un lugar usual de los aprendices de conduc-

tor, donde realizaban prácticas con automóviles de amigos o familiares. Era el lugar elegido por Eusebio para dar unas lecciones de conducción a los del grupo.

Estaba enseñando la funcionalidad del cambio, embrague, freno y acelerador, cuando un 124 rojo con cuatro camioneros como pasaje frenó bruscamente al costado del Simca 1000 cerrándoles el paso. Los cuatro individuos se bajaron de manera brusca y con agresividad abrieron la puerta del conductor, sacando a Eusebio de su asiento y quedando éste sujeto por dos de los forzudos. El resto del grupo escapó corriendo.

Eusebio se debatía tratando de zafarse y gritaba:

–¡Saca la pipa y dispara!

Salva había recorrido unos veinte metros y al oír la llamada de socorro de Eusebio se paró, quedando frente a los hombres que lo sujetaban. Hurgó en su cartera y sacó la pistola. Uno de los hombres que se acercaba a él, al ver la pistola moderó su paso.

–¡Dispara! ¡Dispara! –le gritaba Eusebio.

Los que le agarraban lo soltaron y dieron unos pasos hacia atrás, impresionados por el arma. Salva disparó dos veces al hombre que se le acercaba y Eusebio, aprovechando el temor de los que le habían sujetado, se marchó atravesando un cordón de curiosos que rodeaban la escena. Pasó junto a un policía que llegaba en ese momento y siguió su camino. Nadie le retuvo.

Más tarde, rehaciendo lo ocurrido le sorprendió ese hecho. Era evidente que él estaba retenido por los dos hombres, pero nadie de la veintena de personas

que presenciaban la escena trató de detenerle, ni siquiera señalarle cuando se marchó. Llegó a la conclusión de que él iba muy bien arreglado y los otros no. Él con su polo Lacoste verde claro, pantalones beige de raya acampanados, un cinturón de piel y unos buenos zapatos, bien vestido y bien peinado no podía ser el malo.

A Lina no se le ocurrió otra cosa que esconderse debajo de un coche aparcado a escasos metros. Y allí permaneció escuchando, atenta a los movimientos de las piernas que podía divisar, muerta de miedo, hasta que pudo comprobar que todo volvía a su tranquilidad. Un coche de la policía había acudido, con la sirena puesta y al poco tiempo desapareció del lugar. No pudo saber nada del resto de sus camaradas.

Al día siguiente, la prensa local daba cuenta de la detención de dos muchachos en la avenida de la Plata. Acababan de sustraer un automóvil y efectuaron un disparo, al ser reconocidos, con una pistola de aire comprimido, que alcanzó a un peatón, causándole una pequeña herida en el estómago. Pasaban a disposición judicial.

Eusebio no salía de su asombro, pues él había visto disparar a Salva a bocajarro al cuerpo del hombre que se le acercaba. No podía haber fallado, estaba a dos metros frente a él.

Desconectada de nuevo. Lina había acudido a su cita con el grupo pero nadie acudió. De nuevo cita de

paso. Ella también había visto el periódico y tenía claro que dos de los camaradas habían caído. La prensa daba la noticia como si fueran delincuentes, sin relacionarlos con el FRAP. De hecho habían pasado al juez en un día, según aseguraban. Como políticos los habrían tenido mucho más tiempo, con armas por el medio. Les habrían aplicado la antiterrorista.

A los dos días acudió Botí a su cita de paso:

–La situación es peor de lo que aparenta –le dijo a Lina–. El padre de Josu, parece que ha dicho al juez que su hijo no es un delincuente, que estaba metido en política.

–¡Hostia qué medida de pata!

–El Partido ha dispuesto un abogado para Salva, a través de su familia, pero el padre de Josu no ha querido saber nada. Se van a complicar las cosas. Seguro que los vuelven a llevar a Jefatura, esta vez con la BPS. Ayer el FRAP reivindicó el ajusticiamiento del Policía Armada muerto en Madrid, o sea que lo van a tener mal, mal, muy mal como digan algo que les relacione.

–¿Y de Eusebio, sabes algo? –preguntó Lina.

–Está bien. He estado con él.

–¿Y ahora, qué vamos a hacer nosotros? –Volvió a preguntar Lina.

–Esperar. No podemos hacer otra cosa hasta que no sepamos el alcance de las declaraciones de los camaradas. Vamos a quedar en una semana. Ya lo sabe Eusebio.

El 17 de Julio, cinco días más tarde de la detención, apareció en prensa:

### **DETENIDOS DOS PRESUNTOS MIEMBROS DEL F.R.A.P.**

Dos jóvenes, presuntos autores de varios robos destinados a allegar fondos para la organización subversiva Juventud Comunista de España-Marxista-Leninista (J.C.E.-M.L), perteneciente al denominado Frente Antifascista Revolucionario y Patriótico (F.R.A.P.), han sido detenidos en Valencia, según informa la Jefatura Superior de Policía.

Se trata de J.C.D. y S-T.C., de 18 y 20 años respectivamente, que fueron sorprendidos, junto con otros dos jóvenes, por el propietario del vehículo que habían sustraído días antes y dos amigos que le acompañaban, en las proximidades de la Fuente de San Luis de Valencia.

Cuando éstos trataron de retener al joven que estaba al volante, se dieron a la fuga tres de los ocupantes, mientras un cuarto, haciendo uso de una pistola, hizo varios disparos contra los que pretendían detenerle.

Tras duro forcejeo, y gracias a la actuación de los transeúntes, que auxiliaron a un miembro de la Policía que acudió al lugar del suceso, fueron detenidos los dos jóvenes mencionados, que resultaron ser los autores de los robos a mano armada cometidos el 2 de este mes en una farmacia, el día 4 en la taquilla de un cine y el 6 en una gasolinera, habiendo tomado parte asimismo en el robo de la pistola a un vigilante nocturno de la capital valenciana.

Las acciones, según la información de la Policía, estaban destinadas a crear inquietud social y allegar fondos para la ilegal y subversiva J.C.E.-M.L. mediante las cuales financiar la campaña de agitación y atentados iniciada últimamente.

Lina se cercioró que no habían preguntado por ella en casa de sus padres. Estaba convencida que Salva no la delataría, pero no las tenía todas consigo con Josu. En cuanto a ella, se consideraba segura en casa de su tía, donde vivía tras su vuelta de París. Quiso evitar preocupaciones continuas a sus padres sobre sus entradas y salidas en torno a su actividad política.

Pero tras la caída, volvió a sentir esa ansiedad, ese temor a ser detenida y volvió a tomar sus precauciones: a asegurarse de no ser seguida; a mirar la calle por la ventana de su casa; a entrar dando antes un rodeo. La noticia en prensa le dio evidencia que los camaradas detenidos, por lo menos uno de ellos, se derrumbaron ante la policía.

Al cabo de una semana, pasado ese tiempo prudencial acordado, acudió a la cita con Botí. Éste le aseguró que en las declaraciones de los camaradas detenidos, que habían facilitado los abogados, no se hablaba de ella. No salía inculpada y podían confiar que no estaban cantados ni ella ni Eusebio, aunque en la causa quedaban relatados: "... los no identificados (a) Masanasa y la mujer conocida con el nombre de guerra de Alfafar atracaron siendo portadores de pistolas la gasolinera Mariola de Paterna...".

Anduvieron charlando hasta los Jardines de Viveiros donde esperaban Eusebio y dos jóvenes más. Un chico alto y delgado, con fino bigote y lacio pelo largo que Botí presentó como Almacera, el nuevo responsa-

ble del grupo. El otro era más bajo y grueso, con el pelo muy corto y rubio, también con bigote. Se dijo llamar Xúquer. Iniciaron una reunión al aire libre, constantemente interrumpida, donde Botí resumió las acciones de Madrid e insistió en la nueva fase de auténtica lucha armada en la que se encontraban. Les insistió en que debían abordar y planificar ataques directos contra los cuerpos represivos. El nuevo responsable tenía preparada una acción de comando en los locales del Instituto Nacional de Previsión, una recuperación de una pistola a un agente de la policía municipal y un ataque a la comisaría de policía del Cabañal.

Al terminar la reunión, Eusebio le pidió a Lina que se quedara un momento, que tenía que hablar con ella:

—¿Quieres que quedemos? Tengo un sitio donde podremos estar solos.

Lina no deseaba otra cosa que estar con él.

El sitio era un piso sencillo en estado de mudanza, no se sabía si entraban o salían, pero los muebles aparecían desmontados, apilados sin orden en un pequeño salón interior. Una cama desmontada en el dormitorio principal junto a los tableros de un armario y una cama con colchón en un estrecho dormitorio infantil. Ningún rasgo de humanidad, ningún objeto o pertenencia personal. Oscuro, interior, sin nada a su alrededor que incitase al erotismo, a la menor intimidad.

Se sentaron en la cama infantil sin saber qué hacer ni qué decir, cohibidos.

–Salva era tu novio, ¿verdad?

–Novio no, compañero. La verdad es que no: era un buen amigo –le contestó Lina.

–¿No sientes su pérdida?

–No. Es extraño. No he pensado en él, en esos momentos he pensado más en mi, en ponerme yo a salvo que en lo que les estaba pasando a los otros.

–Yo también he pasado por ahí. Los humanos somos así.

–El otro día me dijiste palabras que me hicieron temblar. ¿Las sentías de verdad?

Eusebio apartó la mirada un instante y volvió de nuevo al hechizo de sus ojos:

–Las siento de verdad.

–¿Por qué dijiste eso de la distancia, de estar separados a años luz?

–No te lo puedo decir. No debemos saber nada de nosotros. Esa ignorancia nos salvará. Yo no podré decir nada de ti ni tú de mí. Lo único que tenemos nuestro es este momento.

Eusebio acercó sus labios a los suyos y los besó. Volvieron a sentir la pérdida de la consciencia y de nuevo sus organismos entraron en la espiral de las segregaciones opiáceas.

Pronto la dulzura de las primeras sensaciones se transformó en agresividad. Una agresividad compartida, deseada. Él acariciaba sus hombros desnudos con la cadencia adecuada para hacerle sentir el placer de la caricia, a la velocidad necesaria para disparar sus

terminaciones nerviosas y transmitir con mayor intensidad las sensaciones al cerebro. Le quitó la camiseta y rozó sus senos, los abarcó extasiado, besó sus pezones y lamió sus dilatadas areolas. Le quitó los pantalones y le pidió que se volviera.

–No, no quiero, no me gusta –le respondió Lina.

–Vuélvete y déjate acariciar. Esto es solo para ti. No tengas reparos.

Desnudos, el dorso de la pequeña Lina ocupaba un lugar mínimo en el pecho de Eusebio y éste lamía su cuello, alargaba su beso hasta su rostro forzado de su lado y lamía su boca, acariciaba sus pechos. Su piel se pobló de sensaciones que corrieron a activar la corteza sensorial de su cerebro, de forma que el mínimo roce en la piel provocaba un estado general de sensibilidad en todo su cuerpo y desconocidas sensaciones le abordaban causando placer, excitación y de manera contradictoria, abandono. Una placentera carga eléctrica recorría su cuerpo dopando su cerebro con un soberbio estupefaciente.

Eusebio deslizó la mano hasta sus nalgas, firmes, redondas. Acarició su rabadilla y su dedo índice comenzó a recorrer la hendidura entre las nalgas, hasta alcanzar el rodal perianal. Mojó el dedo con su saliva y volvió a repetir la secuencia hasta apretar con débil fuerza su esfínter al tiempo que lo rodeaba con pausados círculos. El placer que Lina sentía era otro ahora. El área genital de la corteza sensorial había comenzado su activación y sentía placer sexual. Lina arqueó su columna, echando hacia atrás sus nalgas para que el

dedo de Eusebio pasara a su región genital. Eusebio abrió los labios de su vagina y acarició el interior con el suave movimiento pendular de sus dedos índice y corazón, activando el sistema límbico en el cerebro. Pinzó dulcemente entre los dedos el prepucio y comenzó a apretar y aflojar de manera rítmica. En Lina, el cerebelo y la corteza frontal se mostraban mucho más activas y en el punto en que el hipotálamo segrega oxitoxina, la sustancia química que induce placer y que hace que el útero se contraiga en la proximidad del orgasmo, Eusebio mordió suavemente su cuello y con su lengua presionó fuertemente la arteria carótida reduciendo la sangre que fluía a su cerebro. El orgasmo no llegaba, reducida la cantidad de oxígeno que en ese crucial instante necesita el cerebro y el placer resistía en su meseta. Eusebio retiraba la presión sobre la arteria y parecía que éste iba a llegar, pero de forma inmediata volvía a presionar para cortar de nuevo el flujo sanguíneo. Lina, enloquecida de placer, gemía y gritaba, ausente de inhibiciones.

Eusebio le susurró al oído, acentuando las sensaciones provocadas por el tacto con el aire que expulsaba su boca:

–El arte no puede darte esto, el placer, las emociones de este contacto. No hay obra literaria, cuadro o expresión artística que pueda provocar estas sensaciones. Esto es más que La Gioconda y las tragedias de Shakespeare. No hay artista ni obra que te puedan dar este placer, despertar de esta forma tus sentidos.

Por fin, cuando Eusebio cedió, este llegó y Lina re-

cibió el fognazo de luz y su cuerpo recorrido por un torrente eléctrico pareció ausentarse, para volver un instante después sensible por entero y su cabeza parecía tener un volumen y masa inusitada.

–Lina, Lina –susurraba Eusebio abrazado al cuerpo adormecido– despierta. Nos tenemos que marchar.

–No puedo... ¿por qué?

–Nos tenemos que ir. Nos hemos dormido y llego tardísimo.

–No te vayas...

–Nos tenemos que ir de aquí enseguida.

–No puedo. Vete tú y déjame aquí.

–Vamos Lina, no puedes quedarte aquí. Tenemos que marcharnos. Tenemos que abandonar este sitio ahora mismo.

Lina contestaba entrecortada, con un débil hilo de voz, adormecida, sin fuerzas para moverse.

–Me debe haber bajado la tensión. Por favor dame un poco de agua con sal.

–No hay agua en la casa. Ven, te ayudaré a vestirte.

Eusebio la vistió, le ayudó a levantarse y la abrazó subiéndola sobre sus caderas.

–Abrázate a mí, cógete fuerte de mi cuello. Tenemos que irnos. ¿Dónde vives?

–En la Isla Pérdida.

–¡Hostia! Eso está a tomar por culo.

–Sí, en el camino de Almirós.

Eusebio bajó las escaleras con ella a cuestas entre sus brazos. Tenía aparcado en la misma calle un Morris 1100, verde claro y depositó a Lina en su asiento delantero, al lado del conductor.

–No te asustes, vamos a ir muy deprisa –le dijo antes de dar el contacto.

Estaban en una estrecha calle, del Médico Esteve, una travesía de la avenida Giorgeta. Eusebio hizo una pequeña trampa atravesando la calzada y se plantó en el puente que cruza las vías. Había hecho cien veces ese trayecto por la avenida de Perís y Valero y sabía que podía atravesarla con todos los semáforos en verde si conseguía sortear las caravanas de camiones a tiempo. Acostado en su asiento del Morris usaba el cambio deportivo, una pequeña palanca de escaso recorrido entre marchas, tercera cuarta, al tiempo que daba la luz larga con el pie izquierdo. A la máxima velocidad cruzó la ciudad de un extremo al otro, desde el sur al norte sorteando camiones que formaban largas filas en esa senda de elefantes. Llegó en escasos minutos al final del Paseo al Mar, con los edificios de la Isla Perdida a la vista entre las huertas. La entrada al barrio era un camino de tierra irregular, poblado de socavones y su coche, extremadamente bajo, chocó contra un montón saliente, perdiendo el tubo de escape. Paró y lo guardó como pudo en el maletero.

Lina continuaba en apariencia desmayada, sin palabras, sin tener consciencia de lo que estaba pasando.

–¿Dónde es? –le preguntó Eusebio meciendo su hombro.

–Ahí, en el número 12.

Eusebio la subió a su casa tal como la había bajado y al abrir la puerta del piso se dio de bruces con la tía de Lina, una mujer mayor que asustada preguntó qué pasaba.

–No pasa nada, no se asuste. Le ha debido bajar la tensión. Dele algo salado y llame al médico. Yo no puedo quedarme, tengo que volver a la Facultad. Soy un compañero de estudios.

Lina despertó al día siguiente con la sensación de irrealidad sobre lo que había sucedido el día anterior. Su cuerpo revivía sensaciones y ella, conforme despertaba de su profundo sueño cayó en la cuenta de lo realmente vivido. Notó las costuras del pantalón húmedas sobre las ingles, se desabrochó y tocó sus bragas mojadas. El refuerzo en la entrepierna estaba empapado de semen y flujos vaginales. Una pasta espesa, amarillenta, que desprendía un fuerte olor. Un olor que la transportó a su pasado inmediato y le hizo revivir el acto amoroso. Un olor que decidió conservar para siempre.

Acarició con los dedos su sexo, los mojó con los jugos que todavía permanecían en él y probó su sabor y los pasó sobre su nariz, aspirando profundamente su perfume. Pinzó con los dedos los labios menores de su vagina, tal como había hecho Eusebio y se excitó. A su mente volvieron sensaciones y visiones y gozó con ellas.

En sus muslos, rozando sus caderas quedaban

como marcas violáceas los dedos de Eusebio como prueba de su existencia. ¿Cuándo volvería a repetirse?, se preguntó ante la inexistencia de promesa de ulterior relación.

Julio de 1975

### *París*

El grupo de combate, el formado tras la caída de Salva y Josu, fue criticado y disuelto. No habían estado a la altura que la nueva situación exigía. Las acciones que realizaron correspondían a una fase anterior, de fogueo y preparación, y no habían sabido dar el salto a la verdadera violencia revolucionaria, a la auténtica lucha armada. Un par de cocteladas y una recuperación de arma no era lo que estaba planificado. Habían incumplido el objetivo de pasar a las acciones armadas contra las fuerzas represivas como habían hecho los camaradas de Madrid. Este fue el escueto informe que Botí presentó a sus responsables en el regional.

Lina, apartada de los grupos de combate, fue adscrita al aparato de propaganda bajo estrictas condiciones de seguridad. Ella aceptó. Debía marcharse oficialmente a París, pasar una semana aprendiendo el oficio de impresor y volver clandestinamente a Valencia para hacerse cargo del aparato. Nadie debía saber de ella, ni sus camaradas ni su familia, a la que diría que permanecía en Francia estudiando por medio de

una beca conseguida. Debía mantener correspondencia a través de un intermediario en París. Con la condición de liberada del Partido, debía cambiar su aspecto para no ser reconocida.

Lo primero que hizo al llegar a Créteil fue ir a una peluquería y cambiar su aspecto. Ahora era una chica rubita con el pelo corto, al estilo muy francés. Se alojó en casa de uno de los camaradas que trabajaba en la imprenta del Partido, Severino, "Seve". Este tenía un apartamento F2 en el barrio Nouveau Créteil, una zona urbana de nueva construcción cercana a París. La imprenta quedaba muy cerca, alojada en una planta baja del mismo barrio. En ella trabajaban con Seve dos hombres más, de una edad similar, pasados de los treinta.

–Te vamos a enseñar los rudimentos de la impresión offset –le dijo Seve a Lina, señalando un máquina de impresión enorme–. Esta es una Wifag, un poco antigua, de segunda mano. Con ella imprimimos casi todo y, sobre todo, el *Vanguardia Obrera*. Aunque lo que tienes que aprender como una profesional es el ciclostil, que son las máquinas a las que vais a tener acceso en España, expropiándolas claro.

Lina escuchaba retraída, no se encontraba capaz de manejar esa imponente máquina. No apreciaba en sí misma aptitudes aventajadas para desempeñar tal oficio.

–Empezamos con la plancha –dijo Seve haciendo vibrar en su mano una hoja fina de aluminio–. Es como el cliché, donde está grabado lo que queremos repro-

ducir. La plancha toma tinta en las partes donde hay un compuesto hidrófugo y el resto de la plancha se moja con agua para que repela la tinta. Es lo primero que hacemos, frotamos bien la plancha con un compuesto químico muy diluido con agua. ¡Hazlo tú, es muy fácil!

Lina froto con un trapo mojado la fina hoja de aluminio en tanto que Seve la observaba e insistía en no dejar lugar alguno sin mojar. Una vez empapada, colocó la plancha en el rodillo de acero de la máquina.

–La imagen o texto se transfiere por presión a esta mantilla de caucho para pasarla finalmente al papel por presión.

Lina pasó el día manejando la offset hasta llegar a hacerlo bien, siempre que la máquina no presentase averías o imprevistos. No le resultó difícil, pero era impensable su manejo sin disponer de un técnico capaz de solventar averías. Impensable en España con la situación de clandestinidad.

Al día siguiente aprendió con una multicopista ciclostil Gestetner, eléctrica.

–Debéis tener siempre dos máquinas al menos –le recomendó Seve– para cuando una se estropee. Son fáciles de conseguir en institutos y facultades, el único problema es que el Régimen obliga a Gestetner a referenciar sus máquinas y dar parte a la policía de los datos del propietario, de forma que es muy difícil acudir al servicio técnico con una robada. Pero siempre es posible encontrar un mecánico *simpa* que solucione los problemas.

Lina asintió, había visto un ciclostil en su Facultad, en la delegación de alumnos que controlaba el SEU, el sindicato universitario fascista.

–La plancha en el offset se sustituye por el cliché o esténcil, que en vez de ser de aluminio es de papel encerado, en el caso del tipo sencillo o por el cliché electrónico. Te recomiendo que os hagáis con una clichadora electrónica, de tipo térmico, facilita mucho la impresión. El cliché de cera está limitado al texto que picas con una máquina de escribir. El electrónico reproduce, sin necesidad de escribir, un original, realizando una copia exacta. El procedimiento usual es que vosotros debéis tener un buzón, una dirección de gente simpatizante no mezclada con la organización, que recibe los originales que nosotros enviamos y vosotros no tenéis más que reproducir.

Seve colocó un cliché virgen en la clichadora, colocó un original y dio marcha a la máquina que lentamente imprimió el cliché por contacto térmico. Luego, enganchó el cliché en el rodillo de la Gestetner, cerró la pletina que lo tensaba, verificó la tinta, colocó un paquete de folios y le dio marcha. En pocos minutos la máquina realizó unas doscientas copias de gran calidad.

–No vale más que para pequeñas tiradas, nunca más de quinientas. Después hay que poner otro cliché nuevo.

Lina probó con un nuevo cliché, experimentando la secuencia completa.

–El plan que yo os recomiendo es: dais un palo en

una tienda Gestetner, os lo lleváis todo; antes debéis tener un local adecuado e insonorizado; y debéis montar un sistema de buzones seguros para recibir los originales. Y mucha, mucha medida de seguridad, vais a ser objetivo prioritario de la social.

Eusebio no podía vivir sin Lina. Pensaba en ella a todas horas. Recordaba cada instante de su presencia, cada beso y cada caricia. Trataba de contemplarla en otras mujeres, buscaba sus ojos, su mirada, los rasgos de su cara, su cuerpo. Aislado en su grupo armado, sin ningún contacto con la organización regular, no podía encontrar ningún acceso a Lina. Decidió por último, venciendo el resquemor de la seguridad y la disciplina, ir en su busca. Sabía dónde vivía y allí se plantó. Le abrió la puerta su tía y a su pregunta: ¿Está Lina? La mujer respondió:

—¿No lo sabes? Lina está en París estudiando, le han dado una beca en la Sorbona. Pasa, pasa y te enseño la postal que he recibido.

Una postal del Arco de Triunfo con unas breves líneas asegurando que estaba muy feliz en París.

A Eusebio se le hundió el suelo bajo sus pies. No podía entender qué había pasado, porque Lina se había marchado.

Más tarde pensó que quizás tendría otros motivos militantes. Le vino a la cabeza la última vez que estuvo con ella, en el interior de un coche robado, cuando él y ella esperaban a los otros en su acción, en la comisaría de policía del Cabañal. Los otros dos habían avanzado

sigilosamente hasta la puerta, una puerta de madera a la calle con un cristal superior donde se adivinaba la presencia de un Policía Armada sentado en una silla dormitando. Almácera y Xuquer vaciaron una botella de gasolina junto a la puerta sin que el guardián se diera cuenta y le prendieron fuego. Ellos mientras, se preguntaron el uno por el otro, él en el asiento del conductor y ella detrás, dejando sitio para que los otros entraran a la carrera. Unos minutos de conversación sin que ninguno de los dos diera un paso que los acercara de forma más íntima.

Eusebio daba la razón a la crítica recibida: no fue una acción de violencia revolucionaria, más bien fue una gamberrada alejada de la lucha armada. Con lo sencillo que hubiera sido meterle dos tiros al policía. Tenía claro que el grupo no daba más de sí y que no tenía sentido mantenerlo. Pero no estaba en sus planes separarse de Lina. No contaba con no volver a verla.

El nuevo grupo, en el que continuaba ejerciendo de chofer, era bien distinto, compuesto por militantes curtidos, concienciados, con un alto nivel de fortaleza y compromiso. Desde el principio y siguiendo las instrucciones recibidas, decidieron aparentar verdaderos delincuentes. Desde sus nombres de guerra hasta su aspecto. Así se conformaron Pepe “el Chino”, Charly “Pelos”, Carlos “el Largo” y “Masanasa”. A Eusebio le pareció adecuado conservar el Masanasa. Era un nombre sonoro y semejante al famoso Massana, el guerrillero anarquista.

Agosto de 1975

## *Valencia*

A Lina le resultaba extraño salir a la calle como una desconocida en su propia ciudad, a tan solo unos pasos de sus conocidos, familiares y amigos. Recluida en un estrecho círculo de calles del barrio de Tendetes, apenas circulaba por ellas más que para hacer las escasas compras imprescindibles. El piso que ocupaba el aparato estaba en la calle Rompehielos, en el número cinco, una pequeña travesía peatonal entre idénticas manzanas de edificios de ladrillo cara vista encarnado de cinco plantas. En el conjunto de edificios similares todos los bajos eran viviendas y habían alquilado una planta baja, por comodidad y discreción, para entrar y salir cargadas de paquetes sin cruzarse en la escalera con vecinos. El inconveniente era que tenían que mantener las persianas de las habitaciones a la calle permanentemente bajadas.

El aparato ocupaba una habitación interior que daba a un estrecho patio de luces y tan solo consistía en una multicopista Gestetner eléctrica y una clichadora electrónica dispuestas sobre una tabla apoyada en caballetes. En otra tabla se amontonaban copias im-

presas y paquetes de folios. Las paredes estaban forradas de hueveras de cartón como aislante acústico y el cristal de la ventana era lo bastante opaco para no dejarse ver. En la habitación contigua tenían otra Gestetner, de reserva, y un par de mesas con máquinas de escribir Hispano-Olivetti rodeadas de estanterías metálicas donde se acumulaban infinidad de libros, prensa y octavillas.

Lina compartía el piso, la vida, la célula y el aparato con una pareja en idénticas condiciones de clandestinidad: Marta y Rogelio. Marta era muy delgada, con gafitas redondas de metal y Rogelio era también un larguirucho pelirrojo, de esos que en Valencia llaman “roget”. Allí trabajaban y vivían sin apenas salir al exterior. Sin contacto con sus familias ni con la organización.

No hubiera sido difícil para cualquier vecino descubrir la verdadera naturaleza del piso de los aparentes estudiantes: la Gestetner producía un ruido infernal acompasando dos tiempos asíncronos –clock clack– y el continuo tecleo de las máquinas de escribir no dejaban dudas sobre el trabajo que realizaban los estudiantes, por más casetes musicales que trataran de disimular el escándalo.

Apenas descansaban. La ofensiva del FRAP de ese verano acumulaba infinidad de comunicados, octavillas y prensa que debían, en la mayor parte de las ocasiones, escribir a máquina sobre el esténcil para después pasarlo a la multicopista. El tabloide del *Vanguardia Obrera* no era posible meterlo en la clichadora

y costaba un enorme esfuerzo pasarlo a folio. Después, tenían que distribuir la propaganda a la organización.

Las citas para la distribución las solían realizar en una zona cercana, para no tener que andar cargadas grandes distancias, en calles cercanas al Llano de Zaidía casi siempre. Los paquetes los ataban con cuerdas y los encubrían con bolsas del Corte Inglés. En apariencia no daban la impresión de ser portadoras de pesados bultos. Llevaba un par cada una y se turnaban en el reparto a los militantes.

Cada vez que salían a repartir, Lina esperaba encontrarse con Eusebio. Inconscientemente suplicaba este encuentro, hasta que el 6 de Agosto apareció en prensa el atentado contra un guardia civil en la puerta de la Cárcel de Mujeres. Le habían disparado desde un coche. No le cupo duda de que en él iría Eusebio. No, no lo encontraría en una cita de propaganda.

–Vamos a ir a Játiva mañana –dijo Pepe “el Chino”–. Tenemos nuestra primera acción seria, una recuperación económica importante, un millón.

–¿Játiva? Eso está lejos, a más de sesenta kilómetros –dijo Eusebio.

–Sí. Vamos allí porque tenemos la información precisa. La ha pasado un camarada. Un empleado de Grandes Redes Eléctricas recoge del banco la pasta para pagar las nóminas a primeros de mes, en concreto el día antes, o sea el 31 de Julio. Lo haremos durante el trayecto de los empleados que desde el banco vuelven a la sede de la empresa con el dinero. Eusebio se que-

dará en el coche esperando y nosotros tres los asaltaremos en plena calle. Yo llevaré la recortada, Carlos la pipa y tú Charly un cuchillo.

–Pero volver a Valencia desde Játiva es como una hora, ¿y si dan aviso a la guardia civil y nos paran? –advirtió Charly “Pelos”.

–No les dará tiempo. Entre que van y denuncian ya estaremos lejos. Es un riesgo que tenemos que correr –respondió Pepe “el Chino”.

Habían comprado unas pelucas de mujer en una tienda de disfraces. Unas pelucas de pelos sintéticos desordenados que les conferían el aspecto ruin de auténticos quinqués. Malcarados, esperaban dentro del Simca en la Bajada de la Estación de Játiva, a un par de manzanas de la Alameda, la calle principal. Por la acera, aún a una buena distancia, bajaba un hombre bien vestido acompañado de un joven, que al acercarse al coche hizo gestos con la cartera que portaba. Gestos nada improvisados que declaraban su propósito: confirmar que llevaba el dinero en su cartera. Los tres bajaron del coche de forma abrupta, intimidaron a la pareja y en un momento se hicieron con la cartera que el joven llevaba, sin mayor resistencia ni disputa alguna. Montaron de nuevo en el coche y salieron en dirección a Valencia.

Eusebio condujo precavido, sin grandes prisas y no tuvieron ningún percance tras una hora tensa, enervados ante cualquier presencia de guardias en la ca-

rretera. La cartera llevaba un millón ciento veinticinco mil pesetas.

Los repartos de propaganda les ocupaban una tarde entera. Lina y Marta salían del aparato cargadas cada una con dos paquetes, se desplazaban cuatro manzanas siguiendo el cauce del río Turia hasta un lugar cercano a las citas y esperaban. Acudían por turno, un paquete cada vez a la cita y realizaban una entrega. Así hasta cuatro. Luego volvían al aparato y repetían de nuevo la operación con otros cuatro paquetes.

Todas las precauciones que tomaban eran pocas. Era como tomar contacto con un virus letal: cualquiera de los militantes que acudían a las citas podía haber sido seguido. Volvían pues, dando rodeos, comprobando sus espaldas, reteniendo sus pasos hasta estar seguras de no ser seguidas.

Rogelio, el compañero de Marta, fue el que se dio cuenta. Junto a la tapia del solar que daba entrada a su calle estaba el 124 blanco con los dos sociales dentro. Él pasó de largo, sin entrar en su calle peatonal. Era evidente, estaba seguro que eran dos policías. Volvió a pasar dos horas más tarde y seguían allí. Pasó de nuevo de largo y ya no regresó hasta la noche. No les vio y se arriesgó a entrar en el piso:

–¡Tenemos que salir de inmediato! –Advirtió a sus camaradas– ¡La policía está vigilando el piso!

–¿Estás seguro? –le replicó Lina.

–Y tan seguro. Han estado toda la tarde en un 124 blanco ahí enfrente. Tenemos que irnos.

–Pero, ¿y el aparato? No podemos dejar esto como si nada.

–Pero, sé realista. No podemos llevarnos todo esto por la calle, a mano. Hará falta una furgona por lo menos.

–¿Y de dónde la sacamos? –dijo Marta.

–Por lo menos cualquier vehículo, un coche, un seiscientos. Nos vale con llevarnos las máquinas. La propa da igual, pero no podemos dejar las máquinas –acabó Lina.

–El Partido nos felicita –dijo Pepe “el Chino” con el gesto deslumbrante.

Pepe “el Chino” era de bastante mayor edad que el resto del grupo. Moreno con la piel clara, miope de cinco dioptrías que quedaban reflejadas en el grueso cristal de sus gafas de pasta, bajo y fuerte, era un firme responsable, exigente, que les hacía reunirse los domingos durante toda la mañana con un orden del día extenso y cargado de contenido político. Sabía que lo que iban a realizar exigía un gran convencimiento por parte de la militancia y trataba de transmitir su propio compromiso. Él ya venía huido de Zaragoza, vivía en la clandestinidad y conocía bien el riesgo que suponía militar en una organización que había pasado a la lucha armada.

Charly, el “Pelos” era el más joven, con apenas dieciocho años. Su largo pelo castaño y lacio descansaba

sobre sus hombros y sus rasgos aniñados le conferían el aspecto frágil de un adolescente quinceañero. Carlos, “el Largo” al contrario, aparentaba mayor edad debido a la rigidez de sus rasgos, su altura, el cetrino de su piel y el bigotillo que estiraba de forma nerviosa. Eusebio, “Masanasa” también había dejado crecer los pelos del bigote y ahora llevaba unas gafitas de metal con el cristal tornasolado de escasa graduación miope.

Los tres del grupo compartieron la satisfacción por el éxito de la expropiación y sentados alrededor de una mesa camilla se dispusieron a tomar notas para comenzar la reunión que Pepe “el Chino” se aprestaba a dirigir.

—Sin embargo, el Partido nos urge a enfrentar lo antes posible las acciones contra los cuerpos represivos. Y no tenemos nada. Ninguno de vosotros se ha preocupado por vigilar a policías, militares o guardias civiles. Así que, mañana por la mañana saldremos a lo que salga, a la caza con el coche por las calles, al primero que veamos le dispararemos.

Pepe “el Chino” había sido seco, contundente en sus exigencias, al tiempo que las remarcaba dando golpecitos con su libreta sobre la mesa. A los otros tres se les encogió el estómago.

Septiembre de 1975

### *Guerra al FRAP*

El comisario Minuesa hojeaba sin prestar demasiada atención el semanario *Cambio 16*, un ejemplar del pasado mes de agosto cuya portada con grandes titulares amarillos titulaba: "Guerra al FRAP". La foto de primer plano de un policía de los antidisturbios rubricaba tal declaración de guerra. Pero en su interior no encontró nada interesante. Vaguedades de mal periodista. Ni tan siquiera el Jefe Superior aclaraba nada en sus declaraciones. Daba la impresión que no tenía ni idea cuando, a los pocos días desarticuló el primer comando causante de la muerte del policía armada Lucio Rodríguez mientras prestaba servicio en las oficinas de Iberia.

—Se ha hecho bien en cerrarla —pensó en voz alta.

—¿Minuesa? —oyó decir al inspector Solsona tocando a su puerta.

—Pasa, pasa.

—Han volado del nido, comisario.

—¿Quién? —Preguntó Minuesa.

—El aparato de propaganda que teníamos vigilado.

Se han marchado del piso donde estaban. Nos han debido descubrir.

–No me digas que el servicio se hacía desde el coche camuflado.

–No había otra manera. El local estaba en una calle sin ningún tránsito, sin comercios y sin apenas otros inmuebles. Los compañeros no podían estar de plantón en la calle sin despertar sospechas.

–Ahora mismo no es el aparato lo que me preocupa. Ya caerá. Igual que llegamos a ése llegaremos al otro. Lo que me preocupa es que llevamos tres atentados en Valencia sin tener ni puta idea de quiénes son los que forman el comando terrorista. Tres. Y la suerte es que no ha habido fiambres. Podían haber sido tres muertos y nosotros aquí, sin operativo y con todo el Gobierno encima de nosotros exigiendo resultados.

–Estamos vigilando a los elementos identificados las veinticuatro horas, comisario. Tienen que integrar el comando terroristas venidos de fuera.

–O sencillamente: los han organizado como un grupo terrorista exclusivo, sin contacto con la organización regular. Esta opción va a ser la más probable: elementos forasteros que actúan por su cuenta.

–¿Sin disciplina de partido, Minuesa? –se atrevió a preguntar Solsona.

–No. Sin disciplina de partido no. Deben estar integrados en una rama armada. Para cogerlos tenemos que llegar a lo más alto, al regional. Allí estará su jefe.

–¿Tiramos del hilo, comisario?

–Todavía no. Mañana tengo un encuentro en Gobierno con el teniente Cebrián. Los jefes están insistiendo en la unificación del operativo con la Guardia Civil. Y parece que ésta tiene algo. Por lo que ha dicho el Gobernador Civil, han efectuado detenciones importantes en la provincia.

–¡Los muy capullos van y se atracan a ellos mismos! –exclamó el teniente Cebrián a carcajadas, temblando su aguda voz–. El chaval que acompañaba al gerente de la empresa de Játiva atracada era del FRAP y dio la información al comando para que lo atracaran. No podía ser de otra forma. La pista que seguimos era segura: los atracadores iban a tiro fijo. Alguien les tenía que haber informado del cobro de la nómina, cuándo y cómo. Estaba preparado de antemano, con conocimiento de causa. Así que seguimos con discreción a algunos empleados y mira por dónde damos con el FRAP. Hay una veintena de detenidos en las poblaciones de Játiva y Alcira.

Al uniformado teniente le escuchaban media docena de hombres de edad avanzada: el Gobernador Civil, Oltra Moltó, el Jefe Superior de Policía, Antonio Cano, el Capitán General de la III Región Militar, Gómez Hortigüela, el comisario Minuesa y un par de inspectores subalternos.

–¿Tenemos al comando terrorista? –preguntó Gómez Hortigüela, el Capitan General.

–No... No, todavía no –contestó azorado el teniente de la Guardia Civil–. Pero tenemos una pista segura.

Entre los detenidos figura el máximo responsable, el que ha dictado las órdenes: el secretario del Comité Regional del Partido Comunista, uno llamado José Garés, alias “Carcer”.

–Debe pasar de inmediato a la jurisdicción militar en aplicación del Decreto-Ley 10/1975. Se le abrirá Consejo de Guerra Sumarísimo –intervino con violencia el Capitán General.

–A sus órdenes mi general. Pero, con la venia de su Excelencia, todavía no han terminado las investigaciones. No hemos querido hacer públicas las detenciones para no levantar la liebre. Las declaraciones del elemento principal imputan al jefe del comando en Valencia, todavía no identificado, que responde al alias de Pepe “el Chino” y cuya detención, por las indicaciones obtenidas, esperamos que se produzca en breve. No conviene que sea alertada la organización terrorista para que el pájaro no ahueque el ala.

–Perdona que te interrumpa Cebrián –dijo el comisario Minuesa– pero si la detención debe producirse en la ciudad de Valencia nos corresponde a la Brigada efectuarla, está dentro de nuestra jurisdicción y no de la vuestra.

–Señores... señores –interrumpió con firmeza el Gobernador Civil– Estamos aquí para limar diferencias y desde el Gobierno de la Nación se nos exige la máxima colaboración entre los Cuerpos y Fuerzas de Seguridad del Estado. La Benemérita ha efectuado un servicio encomiable deteniendo a estos malhechores, pero ahora debe suministrar de buena fe la máxima in-

formación a la Jefatura Superior para continuar las detenciones hasta la total desarticulación de los terroristas.

–A sus órdenes. Sabemos la próxima cita de encuentro del jefe del comando con su superior, el detenido alias “Carcer”. Será pasado mañana en una calle de la ciudad de Valencia.

–No olviden que han atentado contra militares y no solo contra la Guardia Civil, que lo son igualmente, pero es especialmente grave el intento de asalto al Regimiento de Artillería de Campaña número 19 de Paterna. La familia militar está alarmada por este suceso y clama justicia. Los terroristas tienen que pasar a la jurisdicción militar tal como han pasado los terroristas encausados en Consejo de Guerra en Madrid donde con toda seguridad se van a pedir penas de muerte. No hay que tener en cuenta, como por otra parte se han oído comentarios, que no han causado muertes en las fuerzas del orden, la ley es clara: serán juzgados por un tribunal militar, y condenados igualmente de manera ejemplar. Les ruego encarecidamente, tanto a la Benemérita como a la Brigada de Investigación Social que no escatimen esfuerzos ni muestren signos de debilidad. La condición humana de nuestras fuerzas del orden, por el servicio desinteresado que prestan a los ciudadanos, puede debilitar la firmeza de su actuación. Les ruego que no tiemble su mano frente a tales bestias que no han titubeado en sus crímenes.

–Ahora les dejo a ustedes para que traten sus asuntos –terminó el Capitán General, levantándose de su

asiento, al tiempo que todos se pusieron en pie para rendirle servicio.

El Seat 124 blanco esperaba estacionado en el chaflán de la Gran Vía de Germanías con la calle de Alcoy. Sus cuatro ocupantes permanecían en silencio, con la evidente tensión que manifestaban en la espera. El inspector Solsona acariciaba inquieto la culata de su Star, próxima a su sobaco. El sub inspector Camacho, a su lado en el asiento trasero del vehículo, jugaba con la patilla de sus Ray-Ban y los dos policías que ocupaban los asientos delanteros estiraban sus bigotes. Ninguno de ellos quitaba el ojo de la calle Alcoy, atentos a los transeúntes.

–¿Vendrá armado? –preguntó a nadie uno de los policías.

–Claro que estará armado –contestó Solsona– Quitarle ya el seguro a la fusca y preparaos, faltan cinco minutos.

–¡Ahí viene! Es ese, seguro. Coincide con la descripción que tenemos.

Pepe “el Chino” se acercaba por la Gran Vía. Miró el reloj de muñeca y se paró frente al 124 blanco, en el chaflán opuesto.

–¡Joder! ¿Por qué se para?

–Nos va a ver. Se va a dar cuenta...

Pepe “el Chino” volvió a mirar su reloj y reanudó el paso. Dobló el chaflán y entró en la calle Alcoy. El

124 se puso en marcha y despacio, acompañó sus pasos por la calzada.

–¡Ya! ¡Vamos por él! –exclamó Solsona saliendo impetuoso del auto.

Los tres policías se abalanzaron sobre Pepe “el Chino” apuntándole con sus pistolas gritando al tiempo. Uno le abrazó el cuello en tanto que los otros sujetaban sus brazos. A rastras lo metieron en el vehículo y se marcharon con él.

–No quiere hablar, comisario. No ha dicho ni su nombre –dijo Solsona desde el quicio de la puerta del despacho de Minuesa–. Lleva un documento falso.

–Igual está frío. Calentadlo y refrescadle luego la memoria. No dejéis que se enfríe. Al menos hasta mañana no se va a ablandar. Pero tenéis que estar encima sin que tenga un momento para pensar.

Solsona volvió a su despacho de la segunda planta de la Jefatura Superior.

Pepe “el Chino” se encontraba sentado en una silla de madera situada en el centro de una pequeña estancia, con las manos esposadas por detrás del respaldo torneado. Dos policías de la Brigada miraban por la ventana los movimientos del patio interior.

Solsona batió las palmas. Los dos policías se acercaron a la silla, uno de ellos con un carnet de identidad que leyó en voz alta:

–José Antonio Sánchez Izquierdo, este eres tú –dijo

agachado a escasos centímetros de la cara de Pepe “el Chino”.

–Te voy a quitar las gafas, no se te vayan a romper.

El policía de más edad, en mangas de camisa, tiró al suelo las gafas y las pisó a conciencia.

–Ya no te van a hacer falta. No vas a salir de aquí.

Pepe “el Chino”, miope de cinco dioptrías, cerró los ojos y apretó la barbilla contra la clavícula.

El policía abrió un armario metálico y tomó de él una defensa de 70 centímetros de la policía armada antidisturbios, de las unidades de caballería. Blandió la porra dando pequeños golpes sobre su mano. Alzó el brazo y descargó con fuerza la defensa sobre el muslo del detenido. A Pepe “el Chino” se le escapó un grito y se revolvió en su silla. El policía repitió el golpe sobre el mismo muslo y otra vez sobre el izquierdo.

–No quieres decirnos cómo te llamas ni dónde vives –le dijo Solsona en tono conciliador, acercándose a él–. Es lo menos que nos puedes decir: eres un detenido y debemos tener tus datos. El documento que llevas está falsificado.

Solsona, ante el silencio del detenido hizo un gesto con la mano para que el policía continuara. Este propino un seco golpe sobre el estómago. Recobró fuerzas resollando y volvió a golpear. Tres duros golpes sobre el vientre y un costado, tratando de dañar su riñón derecho. Pepe “el Chino” gritaba desahogado. El intenso dolor no le permitía más que dolerse, perdida su capacidad de articular pensamiento.

Minuesa, con los gritos del detenido abrió la

puerta del despacho y le hizo un gesto a Solsona para que este saliera:

–Ya está a punto –dijo Solsona al comisario.

–Darle un refresco, que sienta que no puede hacer otra cosa más que declarar.

Entre dos de los policías lo izaron de la silla y en volandas llevaron el cuerpo encogido, por el intenso dolor que sentía, hasta un pequeño lavabo. En él había una pileta baja rebosada de agua. Lo arrodillaron y sumergieron su cabeza fuertemente sujeta por las cuatro manos de los dos policías. Pepe “el Chino” trataba de revolverse sin apenas lograr mover la cabeza. Solsona contemplaba la faena desde el quicio de la puerta: ¡Vale! –les gritó.

Pepe “el Chino” cayó sentado al suelo y entre bocanadas balbuceó: ¡Daniel!

–Comisario ya está identificado. He comprobado su filiación: está en busca y captura en el TOP de Pamplona. Debe venir huido de allí.

–¿Llevaba llaves en el momento de la detención?  
–preguntó Minuesa.

–Sí, un llavero con varias llaves –contesto Solsona.

–Hay que hacer un registro en su domicilio. Ahora que ha empezado a hablar ya no va a poder parar. Aseadlo y que os lleve donde vive.

El inspector Solsona tecleaba la máquina de escribir con sólo dos dedos pero el resultado era bastante

satisfactorio a juzgar por la rapidez con que accionaba la palanca del retorno del carro que provocaba un salto de línea en el papel. Pepe “el Chino” estaba sentado frente a la mesa del comisario y este jugueteaba con una escopeta con los cañones y la culata recortados.

–Luego me dirás de donde salió esto. Ahora cuéntame todo, sin olvidar nada.

Pepe “el Chino”, cabizbajo, derrotado, apenas tenía fuerzas para hablar. El repiqueteo de la máquina de escribir alteraba su miedo y su dejadez como si el ruido de cada tecla fuera contra él.

–Empezamos con el 6 de Agosto –dijo Minuesa, tomando en su mano la pistola Star del 9 corto que estaba sobre la mesa–. Pam, pam, –hizo el gesto de disparar el comisario–. Cárcel de mujeres. Tú disparaste un par de tiros al guardia de la puerta... –Minuesa titubeó un momento y rebuscó entre sus papeles– don Prudencio Martínez Sánchez, hiriéndole en un muslo.

–No... No fui yo.

–¿Ah no? ¿Y quién fue? Mira, cuenta desde el principio. Si no fuiste tú, mejor para ti que todo se aclare. Dime cómo pasó todo: el coche, quién iba, qué hicisteis... todo.

–Salimos por la mañana en el coche que trajo Masanasa. Íbamos: yo, Charly “Pelos”, Carlos “el Largo” y conducía Masanasa. Dimos vueltas por el centro, luego fuimos a Capitanía General para ver si encontramos algún militar de graduación y acabamos en el Paseo de la Pechina. Le dije a Masanasa que parara el coche frente a la puerta de la cárcel, donde estaba el

guardia y yo disparé la recortada, pero no le di y Charly fue el que disparó la pistola y sí que le dio.

–Los militares quieren al que disparó. Lo fusilarán como van a fusilar a los que dispararon en Madrid, pero hasta que no se coma esto alguno, tú eres lo que tenemos: el autor material.

–Yo no fui. Yo disparé la recortada y dio en la pared.

–Me lo creo... me lo creo, pero comprende que es tu palabra. Hasta que alguno de vosotros no se declare culpable... comprende... te van a meter a ti el marrón.

–¿De dónde salió la escopeta? –preguntó Solsona.

–La recuperó Charly del padre de un camarada de la juventud, creo que la tenía en un chalet en Montserrat.

Solsona volvió a repiquetear la máquina de escribir. Minuesa se levantó de su silla y salió del despacho con un gesto hacia el inspector:

–Solsona, comunica a la Guardia Civil si ellos tienen una denuncia por el robo de la escopeta. Si suena la flauta tendremos al Charly.

Pepe “el Chino” quedó unos momentos a solas. Encima de la mesa al alcance de su mano estaban las dos armas. Por un momento pasó por su cabeza hacerse con ellas. Pero no, no se movió, esperó la entrada del comisario.

–He dicho que te suban el desayuno, ya han pasado muchas horas, tendrás que tomar algo.

Solsona volvió de nuevo a ocupar su lugar:

–Ya he mandado su recado, comisario.

–Muy bien, continuemos. Diecisiete de agosto sobre las cero treintaicinco horas asaltáis el cuartel de Paterna.

–Íbamos los mismos. Masanasa había traído un coche nuevo, un Morris 1300 azul.

–Efectivamente. Se encontró el coche esa misma noche con la trasera ametrallada.

–Nos acribillaron. Masanasa aparcó el coche en la misma carretera a unos cien metros de la garita de la guardia. Bajamos Charly y yo. Él con la pistola y yo con la recortada. El centinela estaba dormido y fue muy fácil quitarle el Cetme. La verdad es que ni se dio cuenta. Cuando estábamos a punto de llegar al coche, apareció de pronto detrás nuestro hecho un energúmeno y comenzó a pegarnos. Nosotros no queríamos hacerle daño, solo recuperar su arma. Me quitó el Cetme y la recortada mientras Charly le apuntaba en la cabeza con la pistola, pero no pudo disparar, le daba pena. El centinela gritaba todo el tiempo: ¡A mí la guardia! Y empezaron a salir soldados del cuartel. Nos metimos en el coche y empezaron a disparar. Disparaban de todos lados, desde la puerta del cuartel y desde las garitas de la muralla. Nosotros nos tiramos al suelo del coche y Masanasa nos sacó de allí no sé bien cómo. Dejamos el coche por Campanar.

–En el coche encontramos una caja de cartón en la bandeja trasera, ¿para qué era?

–Era para guardar el Cetme y llevarlo escondido por la calle.

–Bueno, ahora dinos quién coño es Masanasa.

–No sé, de verdad que no lo sé. No lo conozco de nada. No sé de donde viene. No lo había visto nunca.

–No me lo creo. A ver si hay que refrescarte la memoria.

–De verdad que no lo sé –insistió Pepe “el Chino” desesperado ante la perspectiva de nuevas inmersiones.

–Vamos, algo sabes que no nos quieres decir. Ocultas cosas. Tiene que ser el mismo que ha estado en todo los fregaos. Tus compañeros nos han dicho quién es: llevaba el coche en la Avenida de la Plata cuando os dieron bien cuatro obreretes.

–No lo sé. Yo no estaba en Valencia.

–Pero algo sabes. El Partido te instruiría sobre quién era. ¿Y la chica?

–No hay ninguna chica –negó con la cabeza Pepe “el Chino”

–El Guardia Civil herido en la Modelo asegura que en el coche iba una chica.

–No iba ninguna chica.

–Te diré lo que sabemos: El primer comando que conocemos tiene un encuentro con los dueños de un coche robado. Detenemos a dos y quedan otros dos. Una chica, Alfafar, y Masanasa, el conductor. Esto está declarado y firmado ante el juez que instruye la causa. No sabemos quiénes son ni la chica ni Masanasa, pero tú sí que lo sabes.

El comisario había gritado, nervioso, ofuscado y

propinó al terminar un bofetón al detenido que resonó como un disparo. Minuesa salió disgustado dando un portazo.

Los dos policías que entraron esposaron de nuevo a Pepe "el Chino" y lo llevaron a pesar de su resistencia al pequeño lavabo. De nuevo sumergieron su cabeza en la pileta. De nuevo propinaron golpes con la defensa de los antidisturbios de caballería.

–Yo creo que dice la verdad –dijo Solsona al comisario.

–Por si acaso. Algún detalle que sepa nos puede llevar a ellos. No tengo claro cómo han funcionado. Empiezan con un grupo que de forma casual es desarticulado, pero quedan dos elementos. Forman otro comando y luego otro o Pepe "el Chino" nos miente.

–No creo, comisario. Si se ha comido lo más grave. No creo que se calle cosas de poca monta.

–Lo que está claro es que el tal Masanasa es el chofer oficial: ha estado en todas sus acciones. Y lo que me preocupa es que el comando todavía está casi íntegro. Al único que tenemos es al "Chino". Nos quedan sueltos: la chica, "el Pelos", "el Largo" y Masanasa. Van a seguir con los atentados. Por eso hay que sacarle todo lo que sabe, hay que emplearse a fondo. Y ya es el momento de tirar del hilo: Detened a todo elemento sospechoso. Me da igual si son cien como si son mil.

Pepe "el Chino" estaba de nuevo sentado en la

silla, con el mentón hendido entre las clavículas, apenas sin fuerzas para responder al comisario:

–La noche del veintidós al veintitrés disparasteis a un marine norteamericano...

–Íbamos los cuatro de siempre en un Simca 1000 blanco. Dábamos vueltas con el coche por el barrio chino del puerto. Estaba atestado de soldados yanquis y de putas. Vimos una patrulla de la policía militar que iba a pie entre el gentío, y los seguimos con el coche, nos pusimos a su altura y disparé a uno de ellos. Al otro, Carlos “el Largo” le tiró un cuchillo pero le rebotó...

–¿Y la recortada?

–No la teníamos, la perdimos en Paterna.

–¿Dónde dejasteis el coche?

–Iba sin gasolina. Se nos paró en el Puente de Trinitarios, en el cruce de la calle Alboraya. Un policía municipal nos ayudó a arrimarlo a la acera y allí lo dejamos. Había un partido de fútbol y mucho tráfico y mucha gente.

–Continúas sin decirnos quiénes eran los que te acompañaban.

–¡Le he dicho todo lo que sé, comisario!

–¡Más te vale! La Guardia Civil ya tiene a Charly “el Pelos”, lo han detenido en el mismo chalet de Montserrat, y nos han pedido que te llevemos al cuartel de Arrancapinos para un careo con tu compañero. Y ellos no se andan con mariconadas como las que te han hecho por aquí. Si te llevamos allí, saldrás con los

pies por delante. En cuanto el inspector tenga tu declaración, la firmas y ¡ojo!, ándate con cuidado y ratifícala ante el juez. Ni se te ocurra caer en esa historia vuestra de negarla y decir que te hemos pegado porque, te volvemos a sacar directo a Arrancapinos.

–A éste no le vamos a sacar nada más –dijo Solsona.

–Es posible que no sepa nada más. Me lo puedo creer, solo hace un par de meses, según todos los indicios, que está en Valencia. Completa su declaración y en un par de días que la firme. Advértele que va a pasar al tribunal militar y que ratifique la declaración ante el juez.

Minuesa hurgó entre los papeles que tenía sobre la mesa, abrió un sobre y hojeó un puñado de ligeros folios.

–¡Ahora llega el informe de la Guardia Civil! Parece que a Cebrián le han sacudido desde arriba para que lo haya mandado tan rápido. Ya es hora de rellenar el mapa de la organización, con lo que hay aquí y lo que tenemos nosotros, creo que vamos a completarlo. Por lo que dice el informe, el Secretario Regional ha cantado de plano, aparato de propaganda incluido.

Al introducir la llave en la cerradura, la puerta se abrió de golpe impulsada desde dentro. Lina sobresaltada huyó escaleras abajo perseguida por los dos policías que la alcanzaron en el segundo rellano. Se

abalanzaron sobre ella y la redujeron por más resistencia que opuso.

Ya en el piso, Rogelio y Marta estaban esposados, sentados en el suelo del pasillo. Lina se sentó a su lado, esposada, las manos en la espalda.

–Hay toneladas de propaganda. Tardaremos días en sacar todo esto de aquí –dijo uno de los policías.

Cuatro policías revolvían por las estanterías, derrumbaban las cajas y esparcían su contenido por los suelos. Acalorados, desprovistos de sus americanas y con las mangas remangadas continuaban su registro mientras los detenidos esperaban sentados en el suelo del pasillo.

–¿Cómo han entrado? –preguntó Lina en un susurro.

–¡Silencio! –ordenó uno de los policías.

Tenían toda la apariencia de policías: pelo corto cortado a navaja, chaqueta, corbata, pantalón de tergal con raya, de treinta y tantos. No engañaban a nadie.

No había otra cosa que propaganda: periódicos, octavillas y libros.

En un par de horas terminaron su trabajo y uno tras otro llevaron a los detenidos. Al salir al rellano una vecina dio a Lina tres pares de calcetines:

–Para que no paséis frío.

Todavía, al subir al zeta de la policía, Lina tenía la misma sensación de irrealidad que en el momento de abrir la puerta y encontrarse de cara con los dos policías. Como en un sueño pesaroso se dejó conducir sin

ser consciente de la realidad. Sentada entre los dos policías en el asiento trasero del vehículo, observaba a la gente en la calle, tan ajena a lo que le estaba ocurriendo a ella.

El zeta entró en el patio de la Jefatura Superior de la Gran Vía y a Lina, asida del brazo por un policía, la bajaron a los calabozos por la escalera que directamente conduce a ellos desde el patio. El calabozo era una pieza minúscula, del ancho de sus brazos extendidos, con un poyo de obra en su fondo, sin colchoneta, sin ajuar ni lavabo. Una lámpara enrejada permanentemente iluminada era todo su mobiliario.

Lina esperó unas horas en completa soledad. No había ningún ruido. No sabía nada de los otros camaradas. Un policía armada, uniformado, abrió la celda, le ordenó que le diera la espalda y la esposó. De su brazo subió las escaleras interiores hasta la segunda planta. Entró en un pequeño despacho provisto de una mesa metálica gris oscuro, un par de sillas y un archivador. La ventana, que supuso que daba a la Gran Vía, tenía la persiana bajada, la luz era de neones blancos y la pared de un blanco gastado.

Esperó de pie, custodiada por el guardia una media hora hasta la entrada de dos de los policías conocidos: eran los mismos que la habían capturado y custodiado en el vehículo policial.

Ambos venían sin americana, con las mangas de la camisa arremangada. Le quitaron las esposas y tirando de su brazo la situaron a un metro de la pared lisa:

–Pon los dedos en la pared. Un dedo de cada mano en la pared.

Lina cerraba el puño. El policía pugnaba por llevar su mano a la pared y trataba de extender sus dedos. El otro empujaba con sus pies las piernas de Lina para mantenerla separada de la pared. Lina revolvía sus brazos impidiendo que tocaran la pared.

El policía del bigote franquista salió del despacho y regresó al instante con una defensa de caballería. Propinó un tremendo zurriagazo en su costado. Lina encogida cayó al suelo.

–¡Ponte en la pared! Apoya el cuerpo con dos dedos y aguanta así. Cada vez que te separes tendrás un correctivo.

Con los pies separados más de un metro de la pared, el peso de su cuerpo se sustentaba en sus dos dedos índices. La falange distal, al torcerse sometida a la carga le provocaba un agudo dolor. Ni siquiera el liviano cuerpo de Lina evitaba el daño.

Las marcas de otros dedos alrededor de los suyos en la pared le confirmaban que no era la primera en pasar por esto.

Uno de los policías se sentó en una silla dando un bostezo descarado. El policía del bigote balanceaba la defensa junto a ella. Al cabo de unos minutos, Lina se separo de la pared. El dolor era insoportable. Recibió un golpe seco en un muslo y luego otro.

Lina volvió a descargar su cuerpo sobre los dedos en la pared.

Volvía a soltarse y volvía a ser golpeada. Pero cada

vez aguantaba más tiempo sujeta con los dedos. Como si de un ejercicio de educación física se tratara. Trataba de evadir su mente. Pensaba una coartada para explicar su entrada en el piso del aparato de propaganda. Una visita casual. Un mandado con un recado. Pronto empezó a pensar en Eusebio, a recordar sus caricias. Por su mente pasó cada momento agradable con él. El banco de la Avenida de José Antonio donde vigilaban el cine Martí. Cada palabra, cada beso. Su sexo en sus manos, su vientre contra su vientre...

El inspector Solsona apareció en la puerta del pequeño despacho donde Lina seguía apoyada contra la pared:

–Venga, el comisario quiere verte.

Los policías esposaron de nuevo a Lina y la condujeron por un largo y estrecho pasillo hasta el despacho de Minuesa. Ella caminaba doliéndose pero aliviada de poder abandonar el castigo.

–Tú debes ser “Juana” –dijo Minuesa en cuanto la tuvo delante de él–. Mira el organigrama de la organización.

El comisario desplegó una cartulina donde, con etiquetas adheridas, formando una jerarquía piramidal que contorneó con la mano hasta llegar al rótulo: aparato de propaganda. Con tres nombres etiquetados: Rogelio, Marta y Juana.

Lina fijó más su atención en la cabeza de la pirámide. De la etiqueta superior salía directamente una rama rotulada “Grupo de Combate” y en ella cinco eti-

quetas. Observó su nombre, “Alfajar”, junto a la etiqueta de Eusebio “Masanasa”. Ambas estaban sin el aspa que, supuso, significaba: detenido. El resto de las etiquetas, en su mayor parte estaban marcadas con un aspa cruzada. Un escalofrío recorrió su cuerpo y su estómago se encogió: haría lo posible por no ser identificada con el grupo armado. Y se hizo una pregunta: ¿Tendrían a Eusebio?

–Es la morenita, comisario –interrumpió Solsona con el documento de Lina en la mano.

Minuesa titubeó un instante y tomó el documento de identidad:

–Vaya, la morenita. Te creíamos en París. ¿Cómo es que apareces en el aparato?

Lina estuvo a punto de inventar un cuento pero en el último instante la intuición le guió a callarse. No contestó nada.

–Mira, tus amigos están a punto de cantar. No te vale para nada hacerte la terca. Vas a contarlo todo de todas formas y como has podido comprobar lo sabemos todo de vosotros.

Se hizo el silencio. Lina aguantó desafiante la mirada. El comisario puso mala cara, contrariado, cansado de tantos interrogatorios y con un gesto despreciativo de su mano la echó fuera del despacho.

Los policías condujeron de nuevo a Lina al despacho. Le quitaron las esposas y en tono calmado, tal como hablaría un enfermero en una consulta médica, le dieron instrucciones para que se tumbara sobre una silla:

–Pon la espalda en el asiento de la silla y mantén el cuerpo tieso, las piernas levantadas y no se te ocurra bajarlas.

Lina obedeció. Trataba de mantener la falda por encima de las rodillas estirándola con las manos. El policía del bigotito franquista le mostró una barra eléctrica, de las utilizadas para dominar ganado. La barra era un gran mango del que sobresalía un rizado metálico a modo de gusanillo flexible terminado en un par de dientes electrodos.

A Lina le pesaban las piernas, no conseguía mantenerlas en tensión horizontal. Al final cayeron, sus pies tocaron el suelo.

El policía clavó la barra eléctrica en su cuello. La descarga de los electrodos le provocó una fuerte convulsión y dio con su cuerpo en el suelo:

–¡Levanta! ¡A la silla! –gritó el policía clavando el pincho en su muslo.

No podía dejarse derrotar. Estaba decidida a aguantar hasta el final. Gritó para sus adentros exhalando un prolongado suspiro. Apretó los dientes y se tendió en la silla. Estiró las piernas y tensó los hombros. Miró con un odio infinito al policía, quiso que supiera que no iba a ceder.

El policía, irritado por su actitud pasó una y otra vez la barra eléctrica por sus piernas, levantando la falda con el extremo del pincho, clavando hasta las nalgas. Lina sufría espasmos y de nuevo cayó al suelo. A patadas, ahora los dos policías trataban de levantarla, pero Lina ya no podía moverse.

Despertó en el suelo del pequeño calabozo. Atur-  
dida, con las piernas insensibles como dos corchos, se  
pudo arrastrar hasta el poyo en su fondo y subir a él.  
Tumbada, sin tener noción del tiempo transcurrido, sin  
saber si era día o noche, trató de entrar en su pensa-  
miento, pensar, recordar. Pero el cerebro no obedecía.  
Anulada su voluntad intuía que sería una presa fácil.  
Quería pensar. Hacía esfuerzos por ordenar su mente,  
saber dónde estaba, qué día era, por qué estaba allí.  
Comenzó a sentir su dolorido cuerpo, sus muslos en  
su cara externa habían tomado un color violáceo, sen-  
tía la piel seca; por el contrario las ingles estaban hú-  
medas. Tocó su sexo, bajó sus bragas y tal como temía  
estaban marcadas. Con esfuerzo bajó del poyo y a  
trompicones llegó a la puerta del calabozo. Golpeó con  
furia hasta que un guardia abrió.

–Necesito ir al servicio –dijo al guardia.

El policía uniformado abrió la puerta y acompañó  
a Lina a una pequeña letrina. Dejó la puerta abierta y  
esperó en un lado. Agachada, con los pies en su repo-  
sadera trató de lavar su vagina con el agua que corrió  
al tirar de la cadena.

–No hay papel –dijo Lina al guardia.

Este le alcanzó un rollo de papel higiénico y Lina  
se las arregló para fabricar una compresa plegándolo  
una y otra vez. Estaba tan dolorida que no sentía el  
dolor que habitualmente le provocaba su regla. Aprove-  
chó un nuevo estirón de la cadena para, venciendo  
la aprensión que le provocaba la suciedad de la le-

trina, mojarse la cara y la nuca. Tenía que pensar. Debía poner en orden su cerebro.

¿Cómo podría superar las punzantes descargas eléctricas? Los golpes no le preocupaban. Los primeros le habían causado un intenso dolor pero no así los siguientes, podría aguantarlos sin ceder en la actividad de su cerebro, pero no las descargas. Estas nublaban su vista y llenaban de un resplandor blanco su actividad cerebral. No podría evadir otro desmayo, otra nebulosidad de su mente.

No podría saber el tiempo transcurrido anterior a la nueva subida al despachito.

Esta vez la sentaron en la silla sin quitarle las esposas:

–Así no te escaparás. No sería la primera vez que alguien se nos escapa corriendo –le dijo el policía del bigotito sin levantar la voz–. El comisario quiere verte.

Tampoco supo el tiempo que estuvo sentada en el despachito, acompañada tan solo por el policía del bigote. Después la acompañó de nuevo al despacho de Minuesa.

–¿Has recapacitado? –le preguntó el comisario.

Lina guardó un silencio desafiante.

–A ver qué tal ahora –el comisario se levantó de su sillón detrás de la mesa y despacio se acercó a ella–. ¡Traed al Rogelio!

El pelirrojo apareció a los pocos minutos, esposado, con cardenales en su cara, despeinado, sujeto por

dos policías que Lina reconoció como los que habían estado en el piso del aparato.

–¡Dile, dile a tu compañera quién es! Que parece que no le funciona la memoria –ordenó Minuesa.

–Es Juana –dijo Rogelio con un hilillo de voz.

–Y, ¿dónde militaba?

–En el aparato de propaganda.

–¡Hale! Ves, éste ya ha terminado –dijo el comisario–. Ya solo nos quedas tú.

Lina guardó silencio. Pero su interior estaba roto. Roto por la traición del camarada. Dudó, estaba confusa. Un bofetón del comisario la sacó de sus dudas. Se levantó de la silla rabiosa y con sus escasas fuerzas se abalanzó contra éste. Minuesa reculó asustado hacia su mesa y los policías cayeron sobre Lina. Su rabia, su inconformismo aclararon sus dudas y la condujeron a la decisión de no decir una sola palabra.

Pensar, pensar, era lo que Lina se repetía. Imaginar, evadir la mente, hacer que su cerebro se mantuviera ajeno a su cuerpo. Pensar, pensar, se repetía una y otra vez mientras mantenía las piernas en vilo, acostada sobre el asiento de la silla. Eusebio, Eusebio, se repetía una y otra vez. Trataba de recuperar las imágenes que antes le habían servido: sus caricias, sus besos, su sexo. Ella montada sobre su vientre con su pene muy dentro. Pero las fuerzas le fallaban. Las piernas se doblaron y el policía del bigote clavó en su muslo la barra eléctrica, esta vez con más saña, durante mucho más tiempo. La descarga le provocó primero contracciones

violentas en su pierna y luego un principio de tetanización muscular: estaba imposibilitada para mover los músculos; agarrotada pegada a la barra. Cayó al suelo y allí el policía le volvió a pinchar en el cuello, con resultados más devastadores, si cabe.

–La zorra ésta no va a hablar, comisario –dijo Solsona–. Vengo de verla y antes la matamos que va a decir nada.

–Bueno tenemos la declaración de sus compañeros en el aparato que la inculpan. Que descanse un día y mañana seguimos. ¿Cómo van las investigaciones con el grupo?

–Se han diluido. Nadie ha declarado nada. Nadie los conoce y ya tenemos el mapa completo, a falta de estos elementos. Tenemos una única pista y esta es una simpatizante comunista, pintora, que ha alojado en alguna ocasión a Pepe “el Chino”. Si esta mujer es un recurso del grupo, igual encontramos a alguno por allí.

–Ponerle ganas y el máximo esfuerzo. Ya estamos a punto de terminar, pero si los terroristas actúan de nuevo, quedaremos en el ridículo más espantoso. Por mucho que tenemos, no será nada sin el grupo terrorista.

–¿Sabemos algo de Madrid? –preguntó Solsona al comisario.

–El Gobierno ya se ha dado por enterado. Queda el indulto del Caudillo. Con el Papa de por medio pidiendo clemencia, seguro que concede indultos, pero conociéndolo va a fusilar, seguro. Tiene que haber un castigo ejemplar para que esto no vuelva a repetirse.

Septiembre de 1975

## *27 de Septiembre*

El Guardia Civil Prudencio Martínez Sánchez acudió a primera hora de la mañana al cuartel de Arrancapinos. El teniente Cebrián le había rogado que acudiera esa mañana del 27 de Septiembre. Conforme avanzaba por el patio acudían a saludarle varios de sus compañeros guardias. Le saludaban efusivamente con apretones de manos, abrazos y palmaditas en la espalda.

El teniente Cebrián le esperaba en la sala de guardia:

—¡Enhorabuena, Prudencio! Te he hecho llamar porque no quiero que te pierdas esto. ¡Venga, acompáñame!

En una sala contigua, un despacho al uso, llena de guardias la mayoría de paisano, se encontraba sentado en su centro Charly “el Pelos”.

—¡Este terrorista es el que intentó matarte, Prudencio!

El Guardia Civil no sabía dónde mirar, abochornado. Charly “el Pelos” no tenía mirada. A pesar de re-

petirle varias veces que mirase quién había venido, no pudo hacerlo. Sus ojos estaban tan hinchados que no veía apenas. Las cejas partidas y los parpados tumefactos le impedían la visión.

–Bueno ¡sacad el champagne! Qué en cuanto nos den el parte vamos a brindar por estos hijos de puta.

Por la emisora de cuartel comunicaron el último fusilamiento, a las diez de la mañana y corrió el champagne. Los Guardias Civiles celebraban los fusilamientos de los cinco condenados a muerte.

Lina se despertó con los golpes en la puerta del calabozo, golpes frenéticos, continuados con los gritos de los policías:

–¡Los han fusilado! ¡Los próximos seréis vosotros!

–¡La próxima vas a ser tú, puta!

Lina apenas se movía. Un hilillo de sangre menstrual le corría por el muslo. Se encontraba sucia.

–¡No! –Se dijo en un susurro–. Los sucios son ellos, los policías. Son la basura, la escoria de la humanidad.

Se encontraba feliz de haberlos superado. Satisfecha de sí misma. Iba a seguir hasta el final.

Septiembre de 1975

### *Eusebio*

— ¡Se ha escapado comisario! —Irrumpió Solsona en el despacho sin llamar—. Ha huido por los tejados. Cuando subimos al piso ya no estaba. Había puesto una silla en el hueco de la escalera y se ha escurrido por una trampilla que da a la cubierta. No hemos podido localizarle. En el registro de la vivienda hemos encontrado esto.

—¿De quién hablas? —preguntó Minuesa.

—Del Eusebio “Masanasa”. Se nos ha escapado. Lo teníamos vigilado. Fuimos a la casa de la pintora que nos dijo Pepe “el Chino” y lo vimos entrar en el portal. Establecimos un servicio de vigilancia pero antes de proceder a su detención se nos ha fugado por los tejados.

Solsona entregó al comisario un pequeño bloc de notas. Abanicó sus hojas escritas con una minúscula letra:

—Es un diario —dijo entregándolo al comisario.

*Miércoles 27.*

Carlos “el Largo” ha encontrado un lugar donde

quedarme unos días. Es una pequeña guardilla, próxima a la Plaza del Carmen. Una compañera suya de Bellas Artes, pintora bohemia y simpatizante, me aloja. Estoy en un pequeño apartamento destartalado, con un salón del escaso ancho de la fachada, con una colchoneta en el suelo, cubierta con una tela, donde intentaré dormir algo, una habitación, una cocina y un aseo, todo ello minúsculo. Todavía guardo en el estómago la desazón de los dos días pasados. A pesar de haber escapado y estar en un lugar aparentemente seguro, no consigo huir de la realidad clandestina.

### ***Sábado 30.***

No he salido de la casa. Carla, así se llama mi benefactora, me consigue la prensa. Trae tiras del *Levante* y *Las Provincias*. Hojas sueltas y recortes que debe arrancar de la prensa expuesta en los bares. Ella tiene poco dinero y yo nada. No hay radio ni televisión. Hoy viene la resolución del consejo de guerra de Burgos: pena de muerte para Garmedía y Otaegui. Se suman a las cinco peticiones de muerte de los nuestros.

### ***Domingo 31.***

He salido de la casa para acudir a la cita de seguridad con Carlos. Anduve un buen trecho encogido, cabizbajo pensando que todo el mundo me miraba. Los sentía a todos pendientes de mí. Llegué temblando a la cita. Carlos estaba con otro camarada, Vladi, recién llegado de Madrid. Vladi lleva el pelo teñido con agua oxigenada y tiene así un extraño aspecto. Va a ser nuestro responsable. Llevaba una mariconera en la mano, con una Star del nueve corto, nueva. Nos ha

dicho que la ofensiva de la dictadura ha cesado y que vamos a formar un nuevo grupo los tres. Hay que seguir golpeando. A Carla no le ha gustado nada que saliera de casa. Me ha hecho preguntas de si me había visto alguien salir o entrar.

*Septiembre. Martes 2.*

Hoy trae la prensa nuevas detenciones en Madrid, con sus fotos. Los camaradas aparecen demacrados, sucios y despeinados. Dan la impresión de ser mala gente, y tan sólo son jóvenes universitarios con ideales revolucionarios. Es el efecto que pretende causar la dictadura con todos nosotros. Les acusan de dar muerte al teniente de la Guardia Civil. Van a pedir más penas de muerte, estoy seguro. Si a Blanco Chivite, Pablo, Baena, Vladimiro y Sierra les han pedido pena de muerte, a éstos, seguro que será lo mismo. Si han publicado hoy la noticia, quiere decir que llevan varios días detenidos. No quiero pensar lo que deben haber pasado.

*Miércoles 3.* Carla parece más tranquila, a pesar de las alarmantes noticias. Hemos charlado un buen rato esta noche. He tratado de explicarle la razón de nuestras acciones, los porqués de unos jóvenes estudiantes universitarios –creo que la mayoría lo somos– implicados en la lucha armada revolucionaria. A esta sangrienta dictadura hay que derribarla con sus mismas armas.

*Viernes 5.*

Hoy, 36 detenciones en Madrid. Más fotos de camaradas desangrados, tres mujeres esta vez. Hay una

foto con el material del aparato de propaganda que ha caído, con un retrato de Marx presidiendo el escape que montan. Para que quede claro que los detenidos eran marxistas y que no merecen otra cosa que la muerte. Debajo de sus fotos hay una escopeta recortada, con sus correspondientes cartuchos. No sé cómo decirle a Carla que tengo que salir esta tarde. A las nueve tengo cita de seguridad con Carlos. Él está tranquilo, no he conocido a nadie más tranquilo.

### *Lunes 8.*

Han detenido a mis hermanos. Y a muchos más en Valencia, cuento hasta catorce en la nota de prensa. Al pequeño le acusan de pertenecer al grupo armado y participar en las acciones, al menos en cinco. Al otro le acusan de ser el responsable de la FUDE en la Facultad de Medicina y dan los nombres, también detenidos, de compañeros y compañeras que conozco, de la Facultad. Y dos células en Burjassot, y a Enrique mi amigo de la infancia. Ya nada ni nadie está seguro. Cierro las ventanas cuando no está Carla –la mayor parte del tiempo– y me paso las horas escudriñando la calle, un agradable rincón que forma la calle de la Cruz, atento al paso de los transeúntes, a sus provisionales paradas. He encontrado una huida por los tejados, en el hueco de la escalera, una claraboya a la que accedo fácilmente subido a una silla.

### *Jueves 11.*

Hoy comienza el consejo de guerra en El Goloso. Lo preside un coronel y el fiscal militar pide pena de muerte para los cinco. He leído las conclusiones de

éste, publicadas en prensa. Es como retroceder en el tiempo, al año 1940, a los consejos de guerra impuestos a los derrotados republicanos. A Blanco Chivite lo quieren fusilar por ser “secretario provincial” del Partido, a Vladimiro por ser “el responsable” del grupo, aunque el mismo militar acusador reconoce que no estuvo en la acción, a Fernando Sierra por robar el coche, a Baena lo acusan de ser el ejecutor y a Mayoral de “esgrimir” una navaja. Sin más pruebas que las declaraciones de la policía. Con la sinrazón procesal de un consejo de guerra militar.

### ***Viernes 12.***

Tres penas de muerte. Para Blanco, Baena y Vladimiro. Se salvan, Mayoral, treinta años, y Sierra, 25 años. En menos de 24 horas, el tribunal ha sentenciado. Una farsa sin posible defensa. Blanco tiene 30 años, es licenciado en periodismo; Baena, 25 años, estudiante de Filosofía; Vladimiro 23 años, es agricultor; Mayoral, 24 años, técnico profesional; Sierra, 19 años, estudiante de Historia.

### ***Sábado 13.***

A Rafa lo han pasado a la jurisdicción militar. Consejo de Guerra en Valencia para él, Garés y Panisello. Y para mí, si me cogen. Hoy he tenido cita con el grupo. Han decidido pararlo todo. No vamos a hacer nada. Carlos va a militar en la organización regular, para tratar de agrupar lo que haya quedado. Yo debo permanecer oculto. Me están buscando un lugar más seguro. Carla se ha habituado a mi presencia y se la ve tranquila. Hemos hablado sobre mi estancia y decidido

que yo salga un poco, a hacer compras. Dará una sensación más natural a los vecinos, que saben que estoy en su casa.

### *Miércoles 17.*

Consejo de Guerra sumarísimo en El Goloso. Piden cinco penas de muerte. Han aplicado la ley de “prevención del terrorismo” que conduce a los reos a un consejo de guerra inmediato, sin garantías procesales, que debe resolver la sentencia de forma inmediata. El fiscal cuenta con cuatro horas para presentar sus conclusiones, el abogado defensor de otras cuatro para preparar la defensa. Seguidamente se celebra la vista de forma inmediata y se dicta la sentencia, tras la cual, el defensor cuenta con dos horas para presentar alegaciones. En menos de un día lo tienen resuelto. Para las ejecuciones, el Gobierno debe darse por enterado.

### *Jueves 18.*

Otras cinco penas de muerte en el Consejo de Guerra de El Goloso. Leo del *Informaciones*. Para empezar son expulsados de la sala la primera tanda de abogados defensores. Son sustituidos por suplentes, que de forma inmediata son también expulsados. Nombran defensores de oficio a comandantes militares. En 15 minutos se leyó el apuntamiento. Los camaradas negaron los hechos y se reconocieron militantes del FRAP. El juicio comenzó a las cuatro y media de la tarde y terminó a las nueve de la noche, contando las expulsiones de los abogados y dos horas y media de descanso. ¿Dos horas para juzgar la vida de cinco personas? Sin testigos ni pruebas periciales. Otra farsa de

juicio. Al momento dictaron las sentencias: pena de muerte para Sánchez-Bravo, Cañaveras, Ramón García, Concha y María Jesús. Suman ya diez las penas de muerte.

***Sábado 20.***

Ayer se celebró el Consejo de Guerra en Barcelona contra Juan Paredes, "Txiqui". Otra pena de muerte más. Suman once. La preocupación, el debate de la prensa fascista, es si van a ser ejecutados por garrote o fusilados. Los militares deciden. Debe darse por enterado el Consejo de Ministros.

***Jueves 25.***

Hoy es mi última noche en esta casa. He esperado en vano a Carla. Siento marcharme, le he tomado aprecio y con la rutina, las mismas cosas siempre, he apaciguado la zozobra. Otra vez empezar de nuevo acrecienta mi ansiedad.

***Viernes 26.***

Han fallado a la cita. No ha aparecido nadie. He esperado lo justo y me he marchado. Estoy otra vez en casa de Carla. He roto la nota que le había dejado y estoy confuso. Tengo una cita de paso, una antigua cita que conoce alguna gente, pero he decidido no acudir. Es imposible que Carlos haya caído, tiene ese algo afortunado por donde todo resbala a su favor. Esperaré lo que sea aquí, que nunca será peor que lo que les espera a los camaradas. Franco va a fusilar a cinco. Ha indultado al resto.

Dejo pasar las horas, sin apenas pensar en nada.

No consigo ponerme en su lugar, ni siquiera imaginar lo que pasa por sus cabezas en este momento, sabiendo que van a encontrar la muerte en breves horas. No es a mí a quien van a matar al alba y el deseo de vivir se antepone absolutamente a cualquier consideración.

Carla me despierta al mediodía. Lleva el *Informaciones* desplegado sobre su pecho: **“FUSILADOS ESTA MAÑANA”**.

–¡Será imbécil! –Exclamó en voz alta Minuesa al terminar de leer el manuscrito–. No lo puedo entender, tanto ocultarse, tanto misterio sobre su persona y se delata él mismo. ¿Qué le llevaría a escribir su propia declaración culpable? Su propio egoísmo, su afán por destacar o la soledad desesperada. Ya lo tenemos Solsona, ya sabemos quién es Eusebio “Masanasa”. Tarde o temprano caerá, es una cuestión de tiempo.







